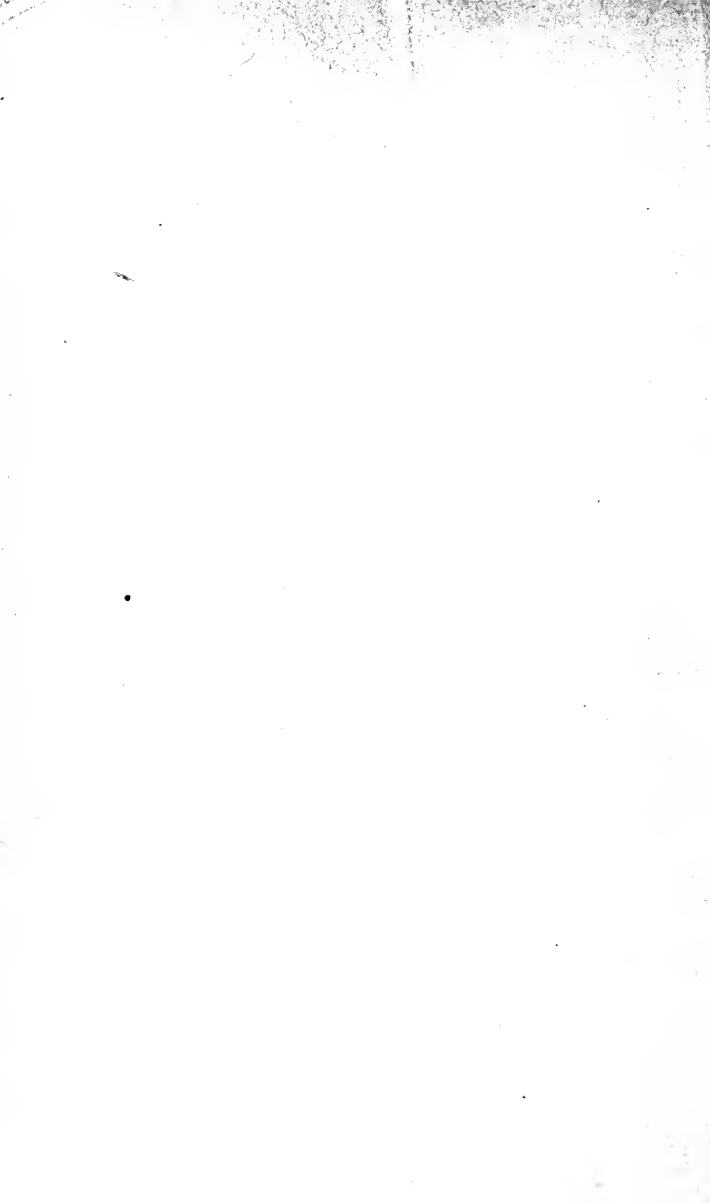
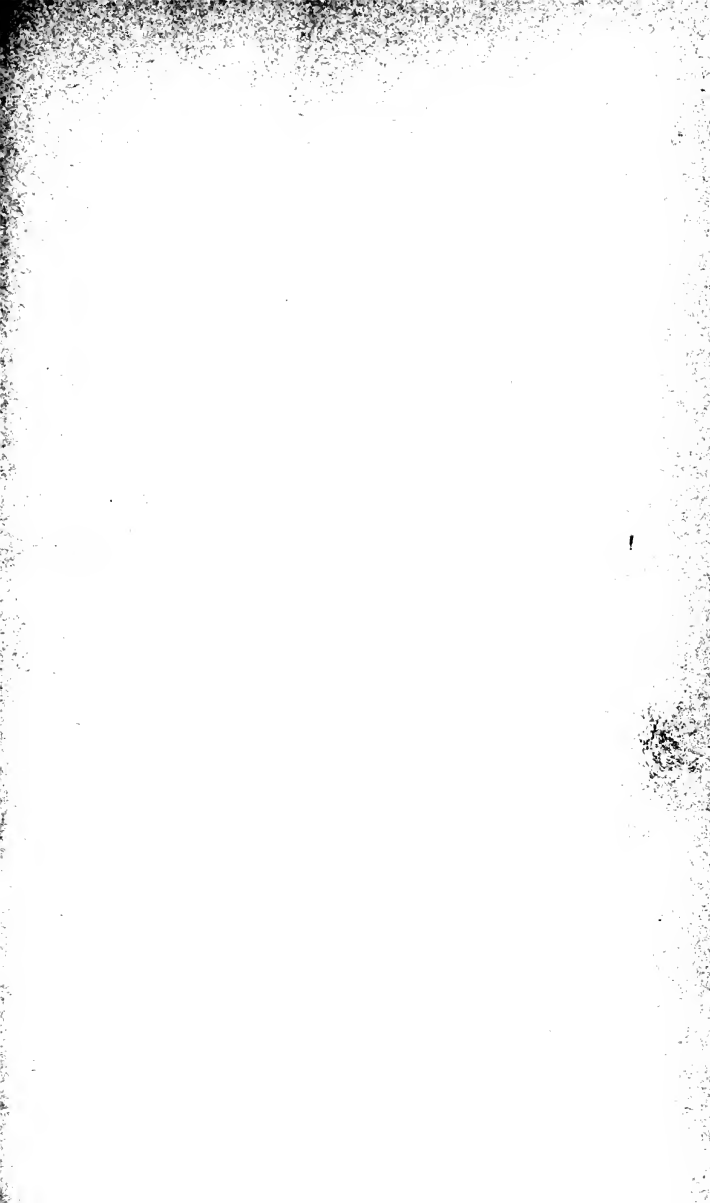


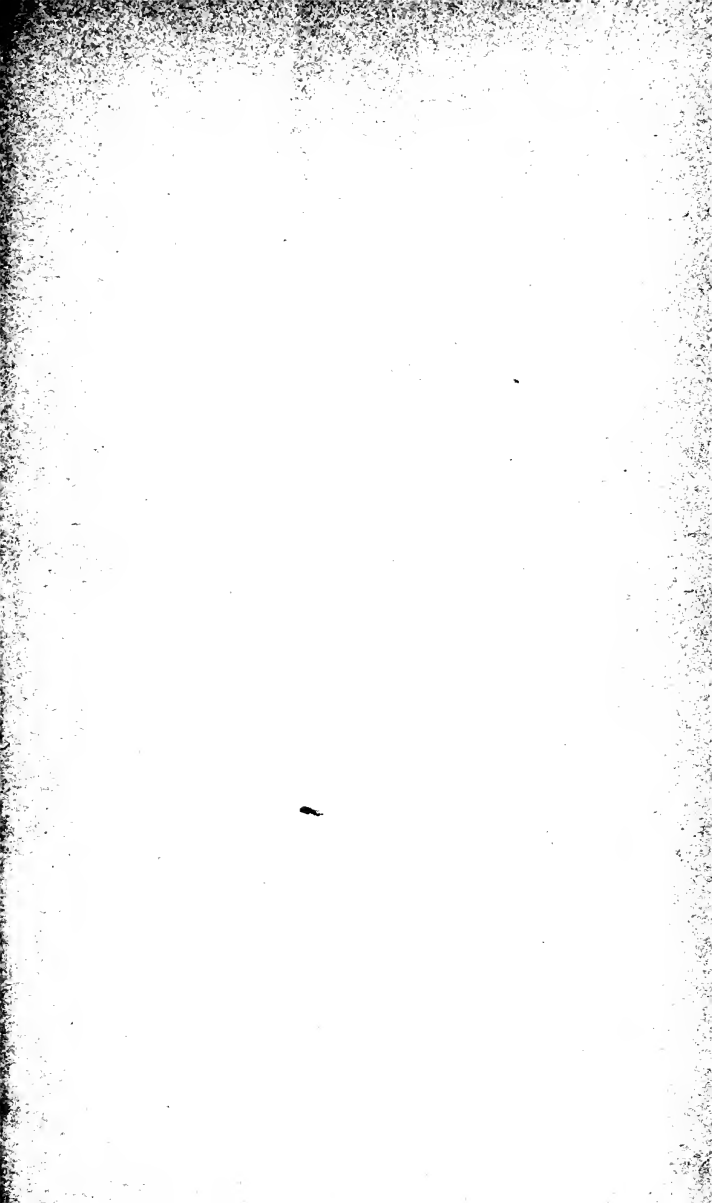
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

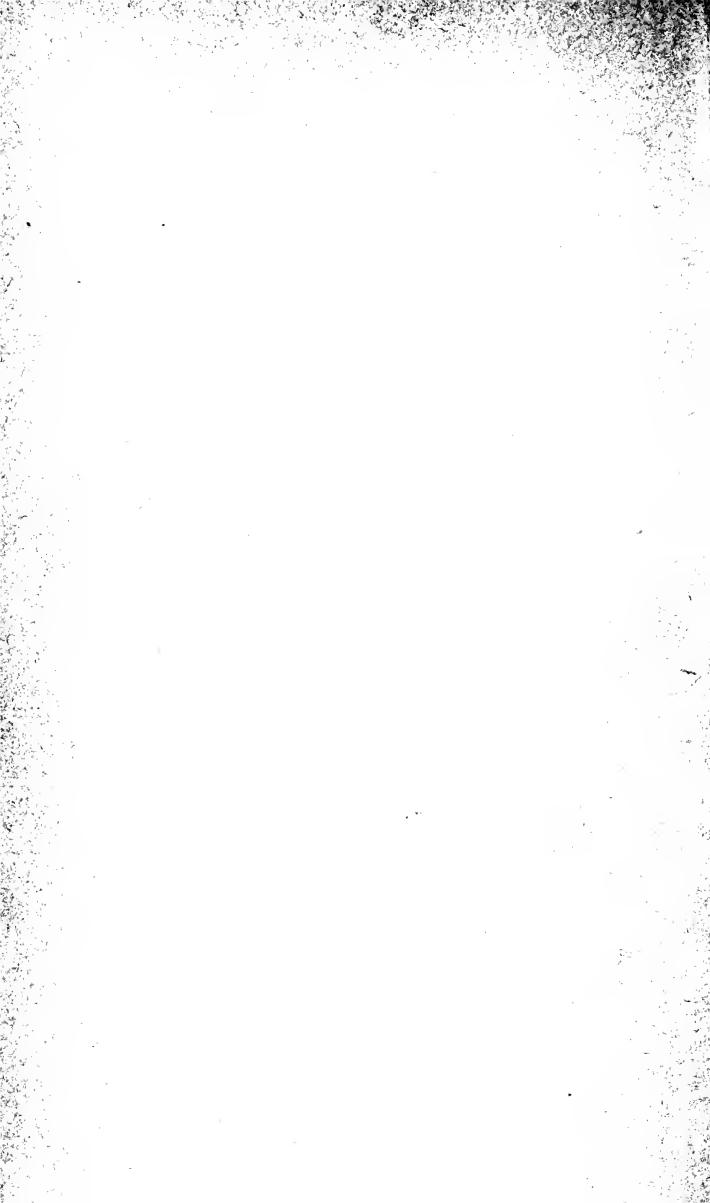












POESÍAS.

100

Esta obra es propiedad del
autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

3217p

POESÍAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

NUEVA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1878



21184
23/1/92

6

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

Tal vez no se hubiera dado á la estampa en mucho tiempo esta coleccion de poesías, si yo, á fuerza de ruegos, no hubiera logrado vencer la desidia del autor. Alego aquí este servicio literario para justificar lo que de otra suerte pasaria por audacia: este Prólogo mio.

Aunque el poeta, tan conocido ya y tan estimado del público, no há menester que yo ni nadie le patrocine, no estará de más decir algo sobre la índole y el mérito de sus composiciones.

Claro está que no voy á buscar argumentos para persuadir al público á que guste de ellas, sino á exponer algunas de las razones en que el gusto y el ya alcanzado aplauso se fundan.

En muchos escritos míos he dicho repetidas veces, y he procurado demostrar, que la edad presente es más favorable á la poesía lírica y más fecunda en buenos poetas líricos que ninguna de las pasadas. Sólo quizás en los mejores tiempos de Grecia, cuando el sol de la libertad iluminaba todas sus gloriosas repúblicas, verdes y frescos aún los laureles de Maraton, Platea y Salamina, hubo poetas líricos como los que en nuestra edad han cantado las maravillas de la civilización, las tempestades sublimes de las revoluciones y la virtud progresiva y bienhechora de la libertad moderna. Sólo Simónides, Arquíloco, Píndaro y Corina, celebrando á los héroes y á los vencedores en la arena olímpica, en presencia de la Grecia toda congregada, pueden ser comparables á los poetas líricos de nuestro siglo.

La libertad misma, el favor del pueblo, el aplauso inteligente de una ilustrada democracia fueron y son los Augustos y los Mecénas de aquellos y de estos griegos cantores. No nacieron ni se criaron, como plantas exóticas y parásitas, en los invernáculos y cercados jardines de los Reyes y de los Grandes, sino al aire libre,

donde no se apoca
el númen en el pecho
y el aliento fatídico en la boca.

No vinieron á cantar sólo los dulces y fáciles amores, las delicias de los festines, la pompa cortesana y los sentimientos y dogmas religiosos sujetos á una pauta oficial é invariable, sino á cantar libre y espontáneamente de Dios y de la naturaleza, y á vaticinar los altos destinos de la humanidad, con acento valiente, enérgico y digno de ella.

Esta nueva época de gran poesía lírica no es fácil marcar en qué momento empezó. En unos países hubo de adelantarse, y hubo de retardarse en otros. Pero no es lo interesante el comienzo, sino el fin de esta época. ¿Acabará la poesía, como pretenden algunos, ó tendrá una vida y una fecundidad inmortales, como otros aseguran? Yo soy de los más firmes creyentes en la constante y activa duración de la poesía, y ya he dado, en otros escritos también, las razones que tengo para creerlo así. La ciencia y la experiencia, por grandes que sean sus progresos, no invaden todo el campo de la fantasía. Este campo es infinito, y cuanto el saber humano explora, averigua ó explica, es

nada en comparacion de la inmensidad adonde no penetra, del universo invisible que se sustrae á todo su estudio, de la region misteriosa donde sólo entran, se exhiben y logran crear mil prodigios la fantasía, el sentimiento y la fe.

De tales argumentos, que no es esta la ocasion de ampliar, me valgo yo para convencerme á mí mismo y para convencer á los otros de la perpetuidad de la poesía; y hasta me inclino á veces á creer, no ya en su perpetuidad y florecimiento inmarcesible, sino en un constante crecimiento y mayor auge; porque, léjos de suponer, como suponen otros, que la ciencia, al descubrir, aminora lo descubierto y lo no descubierto, presumo lo contrario, que lo magnifica y lo ensalza todo. Lo que descubre lo hace mayor y más bello que lo que había fingido la fantasía; y calculando luego la mente lo no explorado por la grandeza de lo explorado, tambien lo no explorado se agranda y se sublima.

Siendo esto así, como lo es, no cabe duda para mí en que la poesía lírica ensancha sus dominios y aumenta su energía con el andar de los tiempos. No hablo de la poesía dramática ni de la épica;

porque exigen otras condiciones que hoy no se dan, por donde son hoy inferiores, y no dejarán de serlo mientras no se trasfiguren, lo cual no es de mi incumbencia decir aquí si podrá ser, y cuándo y cómo podrá ser, dado que sea.

Lo que importa explicar, á fin de que no se entienda que me contradigo, es que dentro de esta época, altamente favorable á la poesía lírica, época que podemos calcular que empezó á fines del siglo próximo pasado, hay un período de terrible prosaismo, en el cual vive hoy ó vegeta toda Europa y singularmente España.

Causa principal de este prosaismo momentáneo ha sido (considerando en conjunto toda la civilización europea) el cansancio natural, el desmayo y el desaliento que suceden á las hondas especulaciones metafísicas, en que nuestra edad ha sido tan rica.

Por reacción de aquel grande movimiento filosófico, y en esta postración actual, han brotado y medran, como los espinos y abrojos, donde ya se agostaron las flores, los más descarnados sistemas materialistas; la negación de Dios, del espíritu y de todo lo que no es materia; el aborrecimiento de toda metafísica y de toda teología.

España, que no desplegó la mayor actividad en el movimiento metafísico anterior, tampoco se halla hoy tan infestada del materialismo y del llamado positivismo que han surgido por reacción posteriormente; pero tales doctrinas, por estar más al alcance del vulgo, han penetrado más y se han difundido lo bastante para destruir y secar en las almas las inspiraciones y los pensamientos poéticos.

Hay en España asimismo otro motivo antipoético poderoso. El conocimiento de nuestro malestar material, apenas sentido ántes, se ha divulgado, naciendo de él un vehemente deseo de vivir mejor materialmente. De aquí lo prosaico y ruin de este período de la vida social de nuestro pueblo; de aquí la poca afición que muestran á la poesía las clases más adelantadas. La poesía, el término de la aspiración, la meta en la carrera del deseo en pos de lo ideal, suele ponerse ahora en comer bien, en vestir con elegancia, en vivir en una casa *confortable*. El que no ha logrado esto, corre desalado para lograrlo: el que ya lo consiguió, se llena de orgullo y se considera como el poeta verdadero.

En este período prosaico ha venido al mundo, como poeta, el Sr. Alarcon.

-31 Cruel destino ha sido el suyo; pero, hasta donde es posible, ha logrado vencerle, dando con tan difícil triunfo una prueba irrefragable de su valor.

-32 De la situación momentánea del mundo y en particular de la de nuestro país, indicada aquí en breves palabras, han dimanado varios vicios en casi toda la poesía novísima, vicios de que la poesía del señor Alarcon se halla exenta.

07 El principal de estos vicios se puede llamar (valiéndonos de un vocablo muy usado hoy por los naturalistas) *atavismo exagerado*. No parece sino que las Musas, aunque vengan traídas de la mano por un poeta progresista, ó racionalista, ó filósofo, partidario en prosa de las últimas revoluciones, admirador en prosa de todo lo que constituye el carácter de nuestro siglo, é impregnado de su espíritu hasta los tuétanos, retroceden espantadas hácia los siglos bárbaros y se llevan al poeta que las traía, obligándole á decir en verso lo contrario de lo que en prosa siente, piensa, afirma y sostiene; trastrocándole en detractor de la época presente y encomiador de las pasadas; obligándole á imitar, aunque en sentido inverso, al falso profeta Balaam, que por encargo de los

Moabitas fué á maldecir al pueblo de Israel, y contra su voluntad, y sin caer en lo que hacía, le colmó de bendiciones.

Es otro vicio el incesante sermonear, acudiendo á todos los lugares comunes del Lárraga; y otro, la afectacion de un espiritualismo severo, que condena todo lo que no es mortificacion de los sentidos, conversacion interior y retraimiento del mundo y de sus pompas; de todo lo cual dista el poeta muchísimo en la práctica de la vida.

El Sr. Alarcon no peca por ninguno de estos lados. Es un poeta natural. En prosa y en verso es siempre el mismo. El escritor y el hombre son, lo que deben ser, enteramente idénticos.

Nace de esta naturalidad y candidez, y de las varias y áun opuestas tendencias del dia, lo inseguro y vacilante que suele encontrarse el corazon áun en los instantes de más fervoroso entusiasmo y de más arrebató poético. Solicitada el alma por diversas esferas de atraccion, viendo á las claras el pro y el contra de lo que sostiene, acostumbra refugiarse en la ironía, y cae en un estado que, con palabra tomada de la lengua inglesa, llamamos *humorístico*. Las mejores poesías del Sr. Alar-

con son las que expresan dicho estado del alma.

Nada hay nuevo en el mundo, y dicho estado, y la poesía que de él nace, no son nuevos tampoco. Apenas hay poeta lírico, ni aún en los tiempos más remotos, que no deje en ocasiones traslucir la ironía; que no tenga su punta de humorístico, á veces en las composiciones más graves. No pocos críticos han creído descubrir sobre los labios del divino Homero una delicada y burlona sonrisa, hasta al pintar al hijo de Saturno, cuando enarcadas las negras cejas, y movidos sobre su cabeza inmortal los rizos perfumados de ambrosía, estremece la cumbre del Olimpo. Dechado más evidente del género humorístico é irónico es la famosa y tan repetida oda de Horacio en alabanza de la soledad, de la vida del campo, de las costumbres puras, sencillas y santas en los tiempos patriarcales. ¿Quién, al leer aquella oda, no aborrece por un instante los suntuosos banquetes, el lujo y las luchas de la ambición? ¿Quién no promete evitar los palacios de los príncipes, el foro ruidoso y la inquieta é inconstante plebe? ¿Quién no desea irse á vivir á un cortijo con su inocente esposa, que hará allí el papel de

una sabina, ordeñando las vacas, aprestando los no comprados manjares, y todas las otras suavísimas rustiquezas que el poeta nos describe y que están oliendo á madreSelva, á tomillo y á la flor del nemoroso brezo? El mismo Horacio sentía este deseo, este amor, este entusiasmo de la esquividad campesina, y este desengaño de las vanidades y las glorias de la tierra, al escribir su oda. La oda, sin embargo, es el discurso que hace el usurero Alfio cuando recoge el dinero que tenía dado á premio; pero, aunque ya casi se cree retirado en el campo,

Jam, jam futurus rusticus,

no bien acaba de recoger el dinero, busca á quien ha de prestarle con mayor ganancia en el mes siguiente.

Omnem relegit idibus pecuniam;
Quærit kalendis ponere.

No se entienda que esto es una travesura de Horacio: es un acto de modestia y de pudor, una prueba más de su gusto exquisito. Aquel poeta cortesano, alegre, amigo de la sociedad elegante y de los más refinados placeres, aunque en un momento sintiese con sinceridad lo con-

trario, no podia aconsejarlo sin el correctivo de la ironía, sin la esfumacion de lo humorístico, so pena de hacer que lo que es sincero y sentido apareciese como una declamacion vana, falsa y amanerada. No en otra cosa reside el hechizo arcano de la poesía humorística. Sin duda que, siendo héroe, ángel, santo ó semi-dios el poeta, no há menester del *humor*; pero, no siéndolo, vale más que, al mostrarnos sus pensamientos angélicos ó divinos, descubra la flaqueza y miseria de su condicion humana, que no que truene, fulmine y hasta excomulgue, cuando se ve poseido del númen y agitado interiormente por el estro, sin acordarse de que era un mortal pecador como nosotros momentos ántes de tomar el tirso ó la lira en la mano, y de subir á la trípode inspiradora.

Sirva esto de justificacion al género humorístico. Las poesías del Sr. Alarcon en este género son, á mi ver, las más lindas del tomo. Están llenas de gracia, de espontaneidad y de ternura.

El Sr. Alarcon ha atinado además con el estilo propio de dicho género de poesías, poco cultivado ántes por los españoles. Teníamos el estilo jocosó, el satírico,

el grave, el sentimental, pero no el humorístico, que es como una mezcla armónica y suave de todos ellos, donde no deben parecer duras y violentas las transiciones.

Viene en auxilio del buen ingenio del Sr. Alarcon, y de sus cualidades adecuadas á semejante modo de poetizar, la maestría dichosa con que maneja el lenguaje, empleando á veces con primor y acierto algunas frases vulgares, algunos idiotismos que prestan un candor chistoso y una ligereza delicada á lo que escribe.

Como el lector no ha de pararse en el Prólogo, sino que ha de leer y releer las poesías que vienen en pos, no quiero abultarle citando trozos de lo que más adelante verá entero. Sólo enumeraré los títulos de las más bellas é importantes de estas composiciones humorísticas. Son *Sueños de sueños*, *Una flor ménos*, *A la luna*, *Historia inverosímil*, *El dia de año viejo* y *Ayer y hoy*.

En algunas otras composiciones, de las más sentidas, sérias y graves, aparecen de vez en cuando rasgos felices del mismo *humor*, los cuales están tan bien traídos y tan hábilmente ajustados al cuerpo y al espíritu de toda la composicion, que no la desentonan ni empañan su limpieza y

hermosura, ántes imprimen en ella un sello indeleble de sencilla verdad y de espontáneo afecto. Esto se nota principalmente en la *Dedicatoria* del tomo á la mujer del poeta, en el *Adios al campo*, en la alegoría *El cigarro* y en otras obrillas del mismo orden.

Lo más selecto del tomo es de lo que ahora se llama *sujetivo*: es poesía autobiográfica, si bien no tanto de los accidentes externos de la vida, cuanto de lo íntimo y profundo del corazón y de la mente, y de sus pasiones é ideas. Más que á la casta ó linaje de poetas doctrinales y que se dirigen al pueblo, como Píndaro, Solon, Tirteo, Schiller, Manzoni y Quintana, pertenece el Sr. Alarcon á aquella otra casta, cuyos versos no se asemejan á una homilía sino á un monólogo, donde el poeta se da razón de sus impresiones y hace, por decirlo así, exámen de conciencia, deteniéndose un rato á considerarse, interrogarse y juzgarse á sí propio, en medio de una vida azarosa, agitada y aventurera. Bajo este aspecto, el Sr. Alarcon es como los antiguos trovadores y *minnesinger*, ó más bien como nuestros poetas mahometanos de la Edad Media, que corrian las aventuras;

que eran soldados y peregrinos; y ya cantaban de una cita de amor, ya describían una orgía y otros deportes y devaneos, ya una batalla en que se habían hallado, como Ibn-Handis, y ya palacios y jardines; y ora hablaban de sus amores y de sus celos por culpas de alguna principal señora, como Ibn-Zeidun por la princesa Walada, ó como el célebre Tannhäuser por la misma Vénus, trasformada en *diabla* merced al cristianismo; ya se convertían á mejores costumbres, se arrepentían y hasta hacían penitencia, componiendo versos místicos y áun ascéticos. Algo semejante, salvo la diferencia de los tiempos, hay en las composiciones del señor Alarcon. Como viajero, describe el *Océano*, el *Monte Blanco*, el *Acueducto de Segovia*, la ciudad de *Venecia*; como soldado, ensalza la *Bandera de Ciudad-Rodrigo*; y como amante, produce gran abundancia de sonetos, y ya celebra los favores, ya lamenta los desdenes, ó ya zahiere la coquetería y pícara condicion de alguna dama, como la de aquella, más que tierna vanidosa, á quien alude en las quintillas tituladas *Por via de epitalámio*. Por bajo de todos estos versos palpita la vida misma del poeta y se escon-

den todos sus lances de amor y fortuna.

Recogido ahora á buen vivir y hecho un excelente padre de familia, muestra su ternura hácia los niños en versos tan dulces como los del soneto *A mi hija, en sus dias*, y los *Á Asuncion, El secreto y Camino del cielo*.

No es esto decir que el Sr. Alarcon sea siempre subjetivo y humorístico. Toca todas las teclas y registros, y ensaya, casi siempre con felicidad, todos los tonos. Tal vez es sentencioso, doctrinal ó gnómico, pero sin pecar en cansado ó prolijo. A vuelta de sus bromas, se advierte que sueña en un amor inmortal, y frisa á menudo en el misticismo.

Á pesar de que la legítima trompa épica está abollada hace siglos y suena poco, el Sr. Alarcon soltó una vez el plectro para empuñarla y hacerla sonar, y lo consiguió en cuanto cabe en este género de poesía, ahora artificial y anacrónico.

Su canto *El suspiro del moro* da testimonio de esta verdad, que el Liceo de Granada reconoció al premiarle con la Medalla de oro.

Aunque el Sr. Alarcon no se jacta de purista, y detesta lo rebuscado, y hasta

parece que huye de todo atildamiento en la frase y de todo artificio en las palabras, su versificación es robusta y correcta, y su lenguaje castizo, elegante y propio.

Posee, por último, el Sr. Alarcon el dón misterioso de la gracia y de la simpatía. Sus versos atraen al lector, y, después de atraído, le retienen y le embelesan. Este atractivo, esta virtud magnética, se siente mejor que se comprende; pero debe de consistir en la sinceridad. Es tan hermosa, tan rica, tan noble, considerada en sí, no ya sólo el alma del señor Alarcon, sino casi toda alma humana, que si acierta á mostrarse sinceramente, sin aliños y sin mentidos afeites, en su desnudez limpia y pura, tienen por fuerza que interesarse en su favor y hasta que adorarla las demas almas. El toque magistral de la poesía lírica subjetiva está, pues, á no dudarlo, en arrancar al alma el velo con que se encubre y en mostrarla desnuda. Bienaventurado quien acierta á hacer esto con el decoro y la destreza que se requieren.

Desnudar un alma no es negocio tan hacedero. Algunas andan tan embozadas, vestidas y arropadas en la materia, que, segun expresion del vulgo, tienen más

conchas que un galápago y no se despojan ni á tirones.

Rarísimas, y estas son las de los poetas, visten un cendal leve y vaporoso, que al menor soplo de una pasión ondea, vuela y deja patente la belleza recóndita. No proviene de otra cosa la poesía, y tal es la que encierra este tomo.

JUAN VALERA.

BIOGRAFÍA

DE

DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

El autor del *Diario de un testigo de la guerra de Africa* nació en la ciudad de Guadix, provincia de Granada, el día 10 de Marzo de 1833, de una noble familia que perdió casi toda su fortuna en la guerra de la Independencia. Hijos nosotros de aquella misma provincia, contemporáneos y amigos de Alarcon, relacionados con muchas de las personas que han figurado en su vida, quizás conoceremos como nadie su larga y turbulenta historia. Sin embargo, le dejaremos contar á él mismo las primeras emociones de su infancia.

«Guadix, dice, fué una de las más importantes colonias de los Romanos; despues, en poder de los Moros, llegó á ser hasta capital de un reino; verificada su conquista por los Reyes Católicos, aún conservó durante tres siglos algunos aires señoriles; y allá por el año de 8, cuando la invasion francesa, los graves señores que eran Regidores Perpétuos vestían sendas capas de grana, ceñían espadin y se cubrían con sombrero de tres picos.—Yo he alcanzado á conocer esta vestimenta de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de *despreocupados*, dedicamos á mil profanaciones en nuestros juegos infantiles.

»Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era ya una pobre ciudad agrícola, ó por mejor decir, una ciudad de colonos.—Los duques y marqueses á quienes se repartió su territorio despues de la conquista (y cuyas grandes y ruinosas casas, coronadas de torres, se ven todavía en las principales calles de Guadix), se habian ido á vivir á Granada ó á la corte de las Españas: los otros *pobladores* empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculacion, que habia fraccionado sus caudales: las Órdenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habian sido suprimidas, vendiéndose su bienes; el Provincial, su ilustre batallon provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña peleando contra el Pretendiente: el Ayuntamiento veia limitadas sus atribuciones: los antiguos Corregimjentos no existian: todo el mundo vestía ya de paisano, sin capa de grana ni espadin: los tradicionales Gremios pertenecian á la historia: ¡la *Alcazaba* era un monton de ruinas!—De la antigua grandeza sólo quedaba en pié un monumento, y ese era la Catedral. La Catedral, bella, artística, rica, gobernada por insignes prelados y sabios cabildos, descollaba sola entre escombros romanos, árabes y semi-feudales. ¡La Catedral era el único palacio habitado; el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia; el alma y la vida de Guadix!

»En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura; allí oí la primera música; allí admiré los primeros cuadros. Allí tambien, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas de lujo, el tisú, el brocado, el oro, la pedrería, ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al són del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos, conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginacion como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas cual si un sér misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba de la manera

que los fulgores de la Gloria brillan á los ojos de los estáticos.

»Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes, el *Sursum corda* de la poesía se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción; y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad nacieron unidas en mi alma como raudales de una sola fuente.»

De esta manera describe Alarcon su ciudad natal (en el libro *De Madrid á Nápoles*), para dar una idea de la emoción con que cruzaba las calles de Roma el 26 de Diciembre de 1860 al dirigirse á la basílica de San Pedro, donde el Padre Santo celebraba de pontifical. Nosotros hemos transcrito aquí esos párrafos, porque revelan también las primeras impresiones de la vida del poeta y sirven de fondo al cuadro de su vida literaria.

Alarcon estudió filosofía con un sabio Lector exclaustro de la Órden de San Francisco, en el Seminario de Guadix. Graduóse de bachiller en Granada á los catorce años, y emprendió la carrera de leyes en aquella Universidad. Pero el caudal paterno era escaso y tenía que subvenir á las necesidades de diez hijos, de los cuales nuestro escritor es el cuarto. Vióse, pues, éste obligado á permutar la jurisprudencia por la teología; regresó á la solitaria ciudad de su cuna, y volvió á ingresar en el Seminario, donde cursó las ciencias eclesiásticas.

Desde la edad de once años, solo y sin maestros, impulsado por una vocación innata de las más instintivas que pueden darse, habíase dedicado el joven seminarista al estudio de las bellas letras. Las bibliotecas de los extinguidos conventos, malbaratadas ó abandonadas, pusieron en sus manos millares de volúmenes de todos géneros, entre los que figuraban desde los más vedados frutos de los enciclopedistas hasta las obras de los Santos Padres; los poetas clásicos; infinidad de

libros llenos de errores en materias científicas; la astrología; la alquimia; obras de intrincada polémica escolástica; la defectuosa geografía de los antiguos, y otras lecturas, ya estrafalarias, ya peligrosas, ora ascéticas, ora demasiado mundanas, que engendraron un verdadero caos en la imaginación del solitario teólogo.

Y aquí tenemos que hacer notar una circunstancia que revela la porfiada voluntad de Alarcon. Una gran parte de aquellos libros estaban en francés y en italiano, idiomas para él desconocidos y de los que no habia profesor en Guadix. El seminarista clavó los ojos en aquellas obras, empeñado tenazmente en entenderlas. Ni tenía á la mano gramáticas ni diccionarios: su único auxiliar era el latin. Pues bien: al cabo de algunos meses de mirar y remirar aquellas páginas, negras y mudas para él como las tinieblas de la noche, notó que empezaban á aclararse, á hablar, á comunicarle los secretos que encerraban... Poco despues las leía como el español. Habia aprendido, habia adivinado, por mejor decir, el francés y el italiano. Esto, que á primera vista parece imposible, no lo es si se considera que el jóven tenía en su poder una *Jerusalem libertada* en francés y otra en castellano, y una *Eneida* en italiano y otra en latin. Su trabajo, pues, consistió principalmente en un ímprobo y continuado cotejo. De cualquier modo, la empresa es digna de admiracion.

Conocidos estos antecedentes, se comprenderá sin esfuerzo que Alarcon, á los diez y ocho años, pensaria en todo menos en abrazar el estado eclesiástico, á que le destinaban resueltamente sus padres. La vocacion literaria y el deseo de venir á Madrid eran en él cada dia más poderosos. El estudio de la teología podia ya considerarse como un insignificante accidente de su febril y atormentada existencia. De dia y de

noche, á todas horas, separado de su familia y de los jóvenes de su edad, escondido en las torres de la casa paterna, ó perdido por la soledad de los campos, se nutria de aquella lectura heterogénea y malsana, ó emborronaba resmas y resmas en verso y en prosa, produciendo novelas, artículos, poesías, dramas, historias, que quemaba con igual facilidad que las escribía.

Sólo dos veces, á los quince años, dió muestras *al público de Guadix* de sus constantes tareas, haciendo representar dos dramas suyos en una especie de Liceo que habia allí á la sazón. Á aquella edad vióse coronado de flores en la escena; pero (son palabras que ha escrito el poeta) «las espinas de aquellas flores se clavaron en mi corazón: desde el día en que fui una *singularidad* en mi pueblo, principié á ser desgraciado: pues me quedé solo con mi diminuta gloria, bloqueado por la envidia y encastillado en mi soberbia.»

Decíamos que su afán, como el de todos los que se hallan en su caso, que son muchos, era venir á la corte; y excusado es añadir que sus padres se oponían á este proyecto, creyéndolo descabellado. Para ellos la literatura era sencillamente el camino del hospital, ó un sinónimo de mendicidad y vagancia. Ahora bien: Alarcon resolvió marcharse por su propia cuenta, huir, romper los lazos de la familia y venirse á la entónces coronada villa en busca de la humanidad y de la gloria... Pero ¿cómo? ¿cuando? ¿con qué recursos?

«Adivina, amigo mio (nos dice el poeta en la carta en que nos suministra algunos datos de esta biografía); adivina tú, que te habrás visto en mi mismo caso, lo que los dos últimos años de mi permanencia en Guadix (de los 18 á los 20), en semejantes circunstancias, suponen de luchas en mi corazón y en mi cabeza, sumido como estaba en la tétrica soledad de

un pueblo rutinario, silencioso, incomunicado con el resto del mundo, mientras que mi ambicion combatia desesperada con los cielos y la tierra... Aquellas ignoradas agonías de mi adolescencia son indudablemente lo único grande é interesante de mi vida, así como el origen de mi carácter y de todas mis ideas.»

El plan concebido y llevado á cabo por Alarcon para romper el círculo de hierro de su vida y realizar sus deseos, merece ser conocido por lo original, ingenioso y esforzado. Para nosotros revela completamente al hombre.

El jóven teólogo se carteaba hacía algun tiempo con un escritor de la culta Cádiz, amigo del novelista D. Torcuato Tárrego, hijo tambien de Guadix. En Cádiz habia imprentas, público, vida literaria, todos los elementos de que nuestro poeta carecia en su ciudad natal: las alas que necesitaba para tender el vuelo!—Concibió, pues, la idea de fundar desde Guadix una Revista literaria en Cádiz. es decir, Tárrego y él se comprometian á enviar á la ciudad de Hércules todos los escritos en prosa y verso necesarios para alimentar la publicacion, con tal de que otros se comprometiesen en Cádiz á contribuir con los elementos materiales necesarios para la empresa. De esta combinacion nació *El Eco de Occidente*, semanario de literatura, ciencias y artes, que durante tres años vió la luz pública, primero en Cádiz y luégo en Granada, y en el cual se encuentran, como en boceto ó apenas delineadas, muchas de las obras que Alarcon publicó despues en Madrid aumentadas y corregidas.

El Eco de Occidente hizo fortuna entre los suscritores. Los socios capitalistas empezaron á ganar, y cedieron á los escritores de Guadix todos los productos de cuantas suscripciones hicieran en la provincia de Granada. De resultas de esto, al cabo de un año, Alarcon era rico.—Disimuladamente,

y sin que lo notasen sus padres, habia reunido con su trabajo los recursos que le negaban para volar.

Huyó, pues, de la casa paterna el 18 de Enero de 1853. Del primer salto se plantó en Cádiz. Allí permaneció un mes, organizando más á su gusto *El Eco*, y al cabo de este tiempo hizo su primera entrada en Madrid, en la tierra de promision de sus esperanzas.

Aquella estancia de Alarcon en la corte pertenecè todavía á su vida privada, y la desconoce hasta la generalidad de sus amigos. Traia en cartera unos dos mil versos que constituian la continuacion del *Diablo Mundo*; pero, ¡oh desgracia! precisamente aquellos mismos dias se publicó otra continuacion del poema de Espronceda, escrita por el eminente poeta Don Miguel de los Santos Alvarez. Nuestro jóven comprendió en seguida lo desventajoso de las circunstancias; encontró sus octavas inferiores á las del autor de *Maria*, y con la tranquilidad del justo rompió los dos mil versos que constituian su capital.

Pero aún le esperaba otro nuevo golpe. Miétras que el poeta gastaba alegremente en Madrid su escaso peculio, entregándose en cuerpo y alma á la gran aficion de toda su vida, que consiste en oír buenas óperas á buenos cantantes (aquel año se estrenó *Roberto il diavolo* en el teatro Real): miétras que el mundo todo le parecia estrecho campo en que ejercitar la libertad que tan penosamente habia conquistado; cuando ménos se acordaba ni queria acordarse de su remoto pueblo, en su pueblo se acordaban de él, tanto que un dia el pregonero pronunció á gritos su nombre desde los balcones de las Casas Consistoriales de Guadix... declarándole soldado.—¡Al grande hombre le habia tocado la quinta!

Alarcon volvió, pues, á su ciudad natal con ménos dinero y

ménos ilusiones que sacara pocos meses ántes, y *quinto* por añadidura. Libráronle sus padres del servicio de las armas (que él debía abrazar voluntariamente seis años despues), y, firmada la paz con su familia, establecióse en Granada, adonde trasladó *El Eco de Occidente*, que en esta segunda época tuvo aún más éxito que cuando se publicaba en Cádiz.

Allí permaneció un año el ex-colegial, y durante este tiempo formóse en la ciudad de Boabdil aquel núcleo de escritores y de artistas adolescentes, llamado entónces *La Cuerda*, que en el Liceo, en la Academia y en sus reuniones privadas (que eran por cierto las más útiles y deliciosas), cultivaron las letras, la música, la pintura, la oratoria, hasta que la revolucion de 1854 los dispersó, ó más bien los arrojó casi en masa sobre Madrid, donde, bajo la denominacion general de *Colonia granadina*, diéronse á conocer á España en un mismo dia los nombres, hoy ya célebres, de Castro y Serrano, Moreno Nieto, Fernandez Jimenez (Ivon), Manuël del Palacio, Soler, Salvador de Salvador, Leandro Perez Cossío, Vazquez, el gran músico, y Vazquez el malogrado pintor escenógrafo, y el del poeta que retratamos.

Pero no adelantemos los sucesos.

Cuando estalló la revolucion de 1854, Alarcon tenía veintium años, y se lanzó á ella con todo el entusiasmo de su independenciam y de su carácter. Él acaudilló el movimiento insurreccional de Granada; sorprendió un depósito de armas que habiam en la Alhambra; las puso en manos del pueblo; ocupó el Ayuntamiento; invadió tumultuariamente la Capitanía general, y fundó un periódico, *La Redencion*, que predicó desde el primer dia la incompatibilidad del Ejército con la Milicia Nacional, y exhortaba al Clero á la pobreza. Atrájose, pues, la oposicion

de ejército, milicia y clero; pero opuso á todos una firmeza incontrastable: contestó á las hojas volantes con artículos furibundos; á los ataques personales con guantes de desafío; á las calumnias con los tribunales; á la persecucion material con su presencia en medio de sus enemigos, hasta que al fin, triunfante de aquella temeraria lucha, pero amargado en ella, decidió trasladarse á Madrid, donde esperaba encontrar más preparados los ánimos á recoger y realizar sus teorías.

Ya estaban aquí algunos socios de *La Cuerda*: detrás de Alarcon llegaron otros, y todos juntos, bajo un mismo techo, ó sea bajo un mismo tejado, constituyeron la ya citada *Colonia granadina*, de donde empezaron á llover sobre la metrópoli versos, artículos, chistes, melodías, dibujos, cuentos, anécdotas, mil novedades á que iban asociados nombres desconocidos..., que pronto fueron familiares en los círculos literarios.

Alarcon *debutó* en *El Látigo*, periódico satírico-democrático, fundado principalmente para destronar á Doña Isabel II, y sostenido por importantísimos personajes. Acontecia con aquel periódico, cuando nuestro jóven entró en él, que ya nadie se atrevia á escribirlo en el sentido que querian sus fundadores, por haberse constituido un comité de adalides moderados, resueltos á defender á todo trance á la reina, y á sofocar violentamente la terrible voz de *El Látigo*. Las retractaciones diarias de este periódico, sus frecuentes cambios de director y redactores, y las actas firmadas por algunos de éstos, bajo la presion del comité moderado, comprometiéndose á no repetir sus ataques á la reina, habian hecho perder su interes y su eficacia á aquel inolvidable libelo. En estas circunstancias, y sabedores de lo que Alarcon habia hecho en Granada, le ofrecieron la direccion de *El Látigo* sus in-

cógnitos fundadores, no sin advertirle ántes los riesgos de la empresa.

Quien conozca á Alarcon, comprenderá en seguida que precisamente aquellos riesgos tan decantados le harian grata y aceptable la propuesta. Escribió, pues, nuestro jóven contra Doña Isabel II con espantosa violencia, y rechazó las amenazas de los campeones moderados, diciéndose libre de los compromisos contraidos con ellos por los anteriores directores de *El Látigo*, y dueño de escribir como escribia. Originóse de aquí un ruidoso lance personal, en que Alarcon no desmintió la entereza con que habia hablado en el periódico; pero, abandonado en la hora crítica del desafío por la empresa incógnita; tal vez intranquilo él mismo en el fuero de su conciencia sobre la forma de aquellos escritos suyos que defendió á pistoletazos; al otro lado ya de los peligros que habian poetizado á sus ojos aquella mision penosa, lo cierto es que al dia siguiente del memorable encuentro, en que debió la vida á la generosidad de su adversario, quien disparó al aire cuando le tocó tirar á diez pasos de distancia, diciendo: «*no conocia á Alarcon, y ahora, que lo conozco, no quiero matarlo,*» dejó éste la direccion de *El Látigo*, dejó la política, dejó á su partido, y dedicóse de nuevo al cultivo de las bellas letras.

Oigamos al mismo Alarcon, que ha definido severamente estos actos de su vida en el siguiente trozo de un artículo suyo:

«A los veintiun años, caballero andante de la revolucion y soldado del escándalo, luché cara á cara con el poder más fuerte de mi patria, para venir á verme una mañana de Febrero, solo, en un campo desierto, á merced de mis enemigos, no sabiendo mi imperita mano defender mi vida, y debiéndosela á una noble genialidad de mi contrario, miéntras

que mis cómplices de redaccion se lavaban las manos, ó *hacian todo lo contrario de lavárselas*.

»Pero si mi desengaño y mi pena fueron horribles, el escándalo habia sido igual, y cáteme usted ya *célebre* en la villa y corte, cuando apénas me apuntaba el bozo, y consagrado *demagogo* por las mil trompetas de la fama, el mismo día que dejaba de serlo. Tan cierto es que aquel día acaeció algo muy grave en mi corazon y en mi inteligencia, que desde entónces hasta que volví á publicar una idea política, ¡dejé pasar nueve años!... toda mi juventud.»

De vuelta Alarcon en el palenque literario, escribió (Marzo de 1855) su novela *El final de Norma* en la vetusta ciudad de Segovia, adonde se habia retirado á descansar de tantas agitaciones. Dos meses despues marchó á París á visitar la Exposicion de la Industria, cuya reseña hizo en una coleccion de artículos que publicó *El Occidente* y que dieron á conocer á nuestro jóven como crítico y literato. Aquel mismo año puso el sello á su reputacion un artículo titulado *La Noche Buena del poeta*, que publicó *Las Novedades*, y del cual se han hecho más de cien reimpresiones y los elogios correspondientes á su extraordinario mérito.

Por entónces empezó á ejercer la critica de teatros con ágría severidad y mucho éxito, viniendo á ser su personalidad el escollo en que se estrellaba la marejada literaria y el centro de encontradas afecciones. Del folletin de *El Occidente* pasó al de *La Discusion*, y de éste al de *El Criterio*, y, alternando con sus revistas de teatros y de Madrid, publicó durante dos años centenares de novelas cortas y de artículos de costumbres y de viajes, que aparecieron en *La América*, *El Museo Universal*, *El Semanario Pintoresco*. *La Ilustracion*, *El Eco Hispano-Americano*. *El Mundo Pintoresco*, *El Correo de Ultramar* y los folletines de muchos periódicos políticos, sobre todo en *La Epoca*.—*El Almanaque Omnibus* y

Mañanas de Abril y Mayo, libros publicados bajo sus auspicios, y *El Miguelete*, semanario que fundó y redactó en una larga temporada que vivió en Valencia, contienen también numerosos escritos suyos, cuyo catálogo sería interminable. Durante los años á que nos referimos, era raro coger un periódico ó una revista que no llevara estampado en cada número el nombre de nuestro poeta. Con el título de *Novelas* y de *Más novelas*, ha publicado el editor Durán dos tomos de cuentos de Alarcon. Un tomo de *Artículos* (1) y otro de *Poesías serias y humorísticas*, que el autor tiene coleccionadas y prontas á publicarse, completarán la coleccion de sus obras sueltas.

A fin de 1857 se representó en el teatro del Circo un drama en tres actos y en verso, original de Alarcon, titulado *El hijo pródigo*. Todos los *criticados* por el autor, es decir, la mayor parte de los poetas, artistas y actores de la corte, cayeron sobre esta obra como sobre una presa que se arrojaba á su vengativo encono. El drama se salvó, sin embargo; fué muy aplaudido, y proporcionó al autor, llamado repetidas veces al palco escénico, un legítimo triunfo. Mas ni aún así retrocedió el odio. Algunos periódicos, no contentos con criticar apasionadamente el drama, dedicáronse á mentir con cínico descaro; y miéntras el público lloraba y aplaudia una noche y otra en el teatro del Circo, la gacetilla contaba que *El hijo pródigo* habia sido silbado y que nadie acudía á sus representaciones, ó que los aplausos que se le tributaban eran comprados, cuando no aconsejaba ¡cosa inaudita! **QUE SE DEJASE DE IR AL CIRCO...**, creándose de aquí en el concepto público, acerca del éxito de la obra, una confusa idea que el

(1) El que se publicó con el título de *Cosas que fueron*.

tiempo no ha logrado aclarar, ni podrá aclararse enteramente mientras el autor no desista de su empeño de impedir que vuelva á representarse *El hijo pródigo*.

Doce años van pasados desde estos sucesos, y Alarcon no ha vuelto á escribir para el teatro. ¡Tanto le repugnó aquella inicua confabulacion de la venganza, de la injusticia y de la impotencia!—Que *El hijo pródigo* tiene defectos, es indudable; pero ¿son perfectas las obras que aplaudían en aquel entónces los detractores del drama de Alarcon?—Afortunadamente, una nueva generacion de escritores desprovistos de aquellos ódios, ejerce hoy el magisterio de la crítica y *administra* la *publicidad*, y esta generacion, al leer *El hijo pródigo*, ha vuelto ya muchas veces por los fueros de las justicia.—En cuanto á nosotros, somos demasiado amigos de Alarcon para emitir nuestra opinion en el asunto.

Si el desden hácia la indignidad lo alejó del teatro, esta indignidad no consiguió abatir al poeta ni robarlo á la literatura.

Nuevas novelas, nuevos artículos, nuevas poesías brotan de su pluma, y, entre tanto, como poeta subjetivo, como poeta en accion que lo hizo la naturaleza, viaja, recorre todas las clases de la sociedad, pisa los salones más aristocráticos, rinde culto á la moda, es actor y cronista juntamente en el gran escenario madrileño, llegando á revestir su vida los caracteres de la novela,—novela que no pertenece al público, pero en la cual podemos decir que las aventuras y lances de todo género llevan y traen al poeta á merced de diversas apreciaciones, manteniendo su nombre en constante actualidad.

De este tiempo data su íntima amistad con dos vates ilustres, Pastor Diaz y Ros de Olano, quienes, á pesar de lo que

la edad y la posición los separaba de nuestro joven, se identificaron con él de tal manera, que desde entonces se le consideró como el *alter ergo* de uno y otro personaje.—Pastor Diaz debía cerrar los ojos á esta vida en los brazos de Alarcon, como en los del hijo más cariñoso.

Pero volvamos á 1859, al año de la guerra de Africa.

Alarcon la ha predicado toda su vida: de sus sueños políticos de la adolescencia, sólo queda ya en su corazón un españolismo acendrado: de las cosas públicas, sólo le afectan las que hieren directamente á la patria. En sus folletines más ligeros y humorísticos hay siempre un estribillo que dice: *¡Africa!... ¡Méjico!... ¡Gibraltar!... ¡Portugal!...*

Méjico, Gibraltar, la clausura impía
que, afrentando la sombra de Cisneros,
con júbilo soez nos desafía,
¿será que siempre nos aguarden fieros
sin que falten ¡oh Dios! á la venganza
trémulos de la vaina los aceros?

Así cantaba en 1858. Al año siguiente sienta plaza de soldado voluntario en el ejército de Africa; deja la brillante y disipada vida de los salones; viste el burdo capote del soldado, y pasa el Estrecho á las órdenes del general Ros de Olano, del inspirado amigo de Espronceda.

Africa ve á Alarcon escribir y pelear al modo de los Ercillas y Garcilasos. Su *Diario de un testigo de la guerra de Africa* es la obra que mayor aceptación y mayor publicidad ha alcanzado en España. Este libro, un balazo, la cruz pensionada de María Isabel Luisa y la de San Fernando, que el general O'Donnel le concedió sobre el campo de batalla, fueron los trofeos que recogió nuestro amigo en sus cinco meses de vida militar.

De vuelta de la guerra, parte á Italia y la cruza desde los Alpes hasta el Vesubio. En Paris, habla con Rosini; en Turin, con Cavour; en Roma, con el Padre Santo. En Nápoles, asiste al sitio de Gaeta y al destronamiento del penúltimo Borbon de Europa.

Su renombrado libro *De Madrid á Nápoles*, suma y compendio de todos los géneros de literatura que ha cultivado Alarcon, dejó ver de nuevo al hombre político; pero aleccionado ya por la experiencia, liberal en la teoría, reaccionario en materias de sentimiento, desconfiado y prudente como quien conoce el mundo y la vida.

En Africa había contraído hácia el general O'Donnell aquel respetuoso afecto que tanto liga á los soldados con el caudillo que los lleva á la gloria entre peligros de muerte. A su vuelta de Italia la union liberal seguía en el poder. El antiguo demócrata se sentía arrastrado hácia aquél ilustre hombre político; pero una exquisita delicadeza le hizo permanecer todavía durante dos años alejado de él, y negar su pluma y su palabra á la defensa del unionismo en tanto que el unionismo imperaba en las esferas del Gobierno.

En 1863 cayó el Duque de Tetuan, y desde aquel mismo instante Alarcon militó en las filas de la union liberal. La desgracia, que principiaba para este partido, dignificaba á los ojos de la más escéptica malicia la evolucion política del soldado de Africa.

Desde las columnas de *La Epoca*, él fué de los primeros que dieron la voz de alarma contra las tendencias del ministerio Miraflores, hostiles á la union liberal, suscitando una grave cuestion política, y enajenándose por ende el apoyo ministerial en las elecciones que iban á verificarse; pero estimulado Alarcon por sus paisanos para que representase su

ciudad natal (desmintiéndose el adagio vulgar de que nadie es profeta en su tierra), dirigióse á ella, y el seminarista prófugo de 1853 fué recibido en Guadix con música y campanas en medio del mayor entusiasmo.—¡Iba de África! ¡Iba de Roma!

Una vez en Guadix, presentóle una indigna y desigual batalla aquel Gobierno desatentado, tanto que Alarcon tuvo que retirar su candidatura, por ahorrar á sus amigos las persecuciones del poder, y seguir por sí solo la lucha con el Agente ministerial en más desembarazado terreno. Denunció á la opinion pública las malas artes de que se valía el Gobernador para ganar las elecciones; contestó éste llevando á Alarcon al tribunal de imprenta, y de aquí se originó el primer timbre político del jóven literato, puesto que á los pocos dias, ante un gentío inmenso que inundaba la Audiencia de Granada, compareció Alarcon en el banquillo de los acusados, y pronunció en propia defensa un discurso tan ardiente y tan terrible, que su voz fué ahogada por los aplausos. El tribunal lo absolvió, el público le acompañó hasta su casa, y el Gobernador abandonó á Granada aquella misma noche, refugiándose en Loja, donde recibió su traslacion á otra provincia.—Guadix estaba vengado.

De vuelta en Madrid, Alarcon, con quien se había contado al fundar *La Política*, periódico que apareció á la sazón, y en el que figuraban además hombres tan distinguidos como los Sres. Mantilla, Navarro Rodrigo y Nuñez de Arce, llevó á sus columnas su cólera y sus agravios. Pocos periódicos han hecho una campaña tan ruda y tan brillante como *La Política* en aquel año. Todos convienen en que fué el arma más poderosa que se esgrimió contra el Ministerio Miraflores.

Al año siguiente, ocupando el poder el Gabinete Narvaez, Guadix dió una prueba de gratitud á Alarcon y de extraordi-

nario valor cívico, eligiéndole Diputado á pesar de la violentísima oposicion que le hizo el Gobierno, y muy particularmente el mismo Duque de Valencia, contra quien levantara bandera negra el año anterior en la Audiencia de Granada. Breves fueron aquellas Córtes; pero en ellas pudo el novel Diputado lucir en varias ocasiones su elocuente y enérgica palabra, que más de una vez exaltó la bilis del Gabinete y que lo puso en grave aprieto la noche en que se discutió la dotacion de nuestros representantes en la nueva Italia, cuyo reconocimiento fué Alarcon el primero en pedir desde las filas unionistas del Congreso.

En 1865, bajo el último Ministerio O'Donnell, el soldado de África fué elegido segunda vez Diputado por Guadix. Durante aquella administracion, tan favorable á nuestro amigo, no renunció éste á su propósito de no admitir puesto oficial alguno de la señora que ocupaba el trono, de quien le alejaban sus constantes sentimientos antidinásticos y el recuerdo de la campaña de *El látigo*; alejamiento tan extremado, que no puso los piés en su alcázar ni siquiera cuando le correspondió hacerlo por formar parte de comisiones del Congreso.

Firmante de la célebre protesta contra la inconstitucionalidad de la situacion Narvaez-Gonzalez Brabo (1866), protesta que bien puede decirse inició la Revolucion de Setiembre, Alarcon fué desterrado á Búrgos, y de allí pasó á París.

De regreso á la patria retiróse á Granada con propósito de no volver á la corte miéntras ocupase el trono Doña Isabel de Borbon, y allí escribió el *Suspiro del Moro*, célebre canto épico que el Liceo de aquella capital premió con la Medalla de oro en el certámen para que fué escrito.

Apénas se habían manifestado los primeros síntomas de la Revolución que estalló en las aguas de Cádiz, ya Alarcon estaba en el teatro de los sucesos junto al General Duque de la Torre. Presenció la batalla de Alcolea, acompañó al señor Ayala al campo enemigo cuando fué éste á pactar con los vencidos al siguiente dia de la derrota del Marqués de Novales, y de todas estas grandes escenas algun dia tendremos un interesante bosquejo histórico, titulado *Canarias, Cádiz y Alcolea*, que guarda escrito nuestro amigo.

Constituido el Gobierno Provisional, fué nombrado Alarcon Ministro Plenipotenciario de España en la corte de Suecia y de Noruega; pero, elegido Diputado Constituyente en la circunscripcion de Guadix, ha renunciado, con el desinterés de siempre, á su elevado cargo en el extranjero, para ocupar su asiento en la Asamblea.

Terminaremos estos apuntes diciendo que Alarcon condujo al altar en 1855 á una bella y distinguida señorita de Granada, union que ha bendecido el cielo con un ángel de hermosura, que ha cambiado á nuestro turbulento y querido poeta en el más tierno y bonachon de los padres.

.....

.....

Aquí terminaba la biografía de D. Pedro Antonio de Alarcon, escrita en 1869 por D. José Calvo, y publicada al frente de la primera edicion de las *Poesias serias y humorísticas*.— Nosotros vamos á completarla apuntando ligeramente los hechos más notables de la vida de nuestro autor, posteriores á aquella fecha.

Durante las Córtes Constituyentes de 1869, Alarcon defendió la candidatura régia del Sr. Duque de Montpensier, acordada, como todo el mundo sabe, por el partido unionista

desde mucho ántes de la Revolucion de Setiembre, y en nombre de la cual se libró y ganó la batalla de Alcolea; pues ni por asomos imaginaron los que en aquella jornada tristísima militaban á las órdenes del Sr. Duque de la Torre dejar el trono vacante, ni mucho ménos cambiar la forma de gobierno, sustituyendo la Monarquía con la República, sino pura y simplemente ceñir la corona á la segunda hija de don Fernando VII, representada en su esposo.—Por lo que toca á D. Alfonso de Borbon, hoy Rey de España, sólo tenía entonces once años; Doña Isabel II no había abdicado ni se prestaba á abdicar; eran un problema todavía las condiciones de carácter y las ideas políticas que el tierno Príncipe pudiera desplegar con el tiempo, y, además, todos los hombres pensadores temblaban á la idea de una larga Regencia.

En tal sentido habló Alarcon en aquellas Córtes y publicó muchos artículos en *La Política*, al combatir sucesivamente la interinidad, la regencia del general Serrano y las candidaturas extranjeras. Suyo fué tambien un célebre folleto titulado *El Prusiano no es España*, en que se impugnaba la especie vertida por el general Prim, de que los españoles debían empuñar las armas al lado de los prusianos para defender, contra el veto de Napoleon III, la candidatura del Príncipe de Hoherzollenn.

Llegada, en fin, la votacion de Rey, y aunque ya era indudable el triunfo de D. Amadeo de Saboya, Alarcon fué uno de los que votaron en contra suya y en pro del Duque de Montpensier, mostrándose así consecuente hasta última hora con el pensamiento de Alcolea, para vivir luégo apartado de la dinastía italiana, por considerar (segun frase que estampó en *La Política* y llegó á ser famosa) que los montpensieristas debían *ceñir crespones de duelo* por su derrota, en lugar de

apresurarse á saludar al Monarca que había triunfado en la urna.

Fuera de la cuestion de Rey, Alarcon estuvo al lado del Gobierno en todas las cuestiones políticas durante el período constituyente, y llevó su lealtad con los progresistas y radicales (aliados entónces á la union liberal) hasta pronunciar un discurso, que fué muy aplaudido, equiparando á Prim, á Pierrad y á los demas insurrectos del 22 de Junio de 1866 (excepcion hecha de los sargentos de artillería que asesinaron á sus jefes) con los unionistas que llevaron á cabo la Revolucion de Setiembre, diciendo que la única diferencia entre unos y otros sublevados contra la reina Doña Isabel II había sido cuestion de paciencia, de tiempo y de éxito: y despues, al tratarse de la unidad ó de la libertad religiosa, votó en favor de aquella tolerancia que estableció el art. 21 de la Constitucion de 1869.

En el trascurso de todas estas controversias, Alarcon fué invitado varias veces á ocupar altas posiciones oficiales. El general Prim, con quien desde la guerra de África mantenía estrecha amistad particular, ofrecióle el cargo de Consejero y una Gran cruz, y el Sr. D. Manuel Silvela la Direccion de Política del Ministerio de Estado, sonando tambien su nombre para el puesto de Ministro de Ultramar, cuando pronunció el mencionado discurso relativo á los insurrectos del 22 de Junio; pero el intransigente montpensierista subordinó siempre su actitud política á la cuestion de eleccion de Monarca, y no aceptó ni el cargo de Consejero de Estado, ni la Gran cruz, ni la Direccion, apresurándose al propio tiempo á desmentir en los periódicos la especie de que él pudiera formar parte de aquel Ministerio, ni de ningun otro que no realizase el pensamiento de Alcolea.

A fines de 1870 dejó de escribir en *La Política*, y desde entónces no ha vuelto á tomar parte en la redaccion de ningun periódico.

En 1871 volvió á ser elegido diputado por su país natal, no obstante la cruda guerra que se le hizo por haber votado en contra del que ya era rey de España, D. Amadeo I de Saboya.

En las elecciones de 1872, fué tambien combatido por el Gobierno; pero con tales armas, que la indignacion general producida por los desmanes cometidos en Guadix é Iznalloz, donde se prendió á un Juez de primera instancia, se apaleó á los secretarios escrutadores, arrancándoles las actas favorables al Sr. Alarcon, y se falseó descaradamente el escrutinio, contribuyó en primer término, segun confesion que han hecho despues los propios Ministros, á la caida de aquel Gabinete y á la inmediata disolucion de unas Córtes elegidas por tales medios.

Despues de esta campaña, en que el Sr. Alarcon sublevó la opinion pública, dando á luz unos terribles comunicados en que ponia de manifiesto hasta qué punto los falseadores de la Revolucion de Setiembre y las gentes turbulentas, que eran ya su único apoyo, habian llegado á escarnecer las leyes y la libertad, publicó un famoso artículo titulado *La Union liberal debe ser alfonsina*, en el cual demostraba que, habiendo fracasado la única candidatura nacional de la Revolucion para el trono de España (ó sea la de los Duques de Montpensier); no siendo posible que subsistiese el rey extranjero D. Amadeo de Saboya, y habiendo llegado ya D. Alfonso de Borbon (hoy D. Alfonso XII) á la edad de 15 años, debian concertarse los unionistas y los moderados liberales para proclamarlo Rey bajo la direccion ó curatela del Sr. Duque de Montpen-

sier, á cuyo cuidado habia puesto ya Doña Isabel II la causa del jóven Príncipe, despues de abdicar en éste la corona.

Lo más notable del artículo, como dato de la vida política del Sr. Alarcon, consiste en que hasta entónces ningun revolucionario de Setiembre se habia atrevido á proclamar la candidatura de D. Alfonso XII; y así fué que todos los periódicos moderados acogieron con entusiasmo aquel escrito, á cuyo exámen dedicaron innumerables artículos laudatorios, miéntras que los periódicos republicanos y de D. Amadeo lo combatian acérrimamente. En cuanto á los diarios unionistas no identificados con aquella situacion, mostráronse muy conformes con él, y desde tal dia y hora dató su pública profesion de alfonsismo.

Realizado aquel importante acto (que varias veces, se ha conmemorado en la prensa despues de la proclamacion de D. Alfonso, y por el que amigos y adversarios han hecho cumplida justicia al tino político del Sr. Alarcon), alejóse éste completamente de la vida política y (Julio de 1872) volvió á dedicarse á las bellas letras.

En 1873 escribió *La Alpujarra*, historia y descripcion de aquel célebre teatro de la rebelion de Aben-Humeya, y la publicó al año siguiente.

En 1874 escribió y dió á luz su novela *El Sombrero de tres picos*, de la cual van ya agotadas cuatro ediciones, y que ha merecido los honores de ser traducida á varias lenguas extranjeras.

Cuando en Diciembre de aquel año, fué proclamado don Alfonso XII Rey de España, el Sr. Alarcon estaba escribiendo su renombrada novela *El Escándalo*, que terminó y publicó en Junio de 1875, y que indudablemente ha sido la obra suya que mayor éxito ha alcanzado.

Finalmente, el otoño del mismo año dió á la estampa una coleccion de escritos sueltos, en verso y prosa, titulada *Amores y amoríos*, en que compiló el resto de sus trabajos durante el segundo período de su vida literaria, y con esto tornó á dejar el campo de las bellas letras para volver á los negocios públicos.

En Enero de 1875, á la raíz de la Restauracion, habia sido nombrado Consejero de Estado, en cuyo puesto sigue todavía.

En Octubre del mismo año se le concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica, á propuesta del Ministro de la Guerra, señor Jovellar, quien refrendó una Real orden indicando al señor Alarcon para aquella alta distincion honorífica por su libro titulado *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, y por su campaña de soldado durante la misma.

En 1876 fué elegido Senador por la provincia de Granada, y en 1877 ha sido reelegido para el mismo cargo.

Pero de otra eleccion puede estar más ufano el amante de las letras, y es de la que recayó en su favor el 15 de Diciembre de 1875 para individuo de número de la Real Academia Española, casi por unanimidad de votos. El nuevo Académico tomó posesion de su cargo en Febrero de 1877, leyendo un discurso sobre *La moral en el Arte*, acerca del cual han estado escribiendo artículos y pronunciando discursos en pro ó en contra, durante el resto del año último, todos los periódicos y todos los oradores filosóficos y literarios de Madrid y de provincias y muchos de Francia, Italia, Alemania é Inglaterra.

Confundiendo, por error ó por mala fe, las tendencias espiritualistas y religiosas en abstracto de este discurso y de la novela *El Escándalo* con la predicaciones de una determi-

nada escuela religioso-política, han tachado algunos materialistas al Sr. Alarcon de haberse hecho ultramontano y partidario del oscurantismo, sin reparar en que, mientras publicaba aquellos trabajos, votaba de nuevo en el Senado la tolerancia religiosa.

Hace algun tiempo que los periódicos anuncian una novela titulada *El Niño de la bola*, en que, segun parece, fijará el señor Alarcon de un modo terminante, y no sujeto á interpretaciones interesadas, el verdadero sentido de sus últimas producciones. Lo necesario es que el Consejo y el Senado y las demas incumbencias políticas que han vuelto á alejar del campo de las letras al autor de *El Escándalo*, le permitan escribir su nueva obra, no comenzada todavía, segun nuestros informes.

Echando ahora una mirada (para acabar esta biografía del propio modo que la terminaba el Sr. Calvo) á la vida íntima del Sr. Alarcon, diremos que ha tenido siete hijos, de los cuales le viven cuatro; que el amor de la familia es su único solaz y recreo, y que, á la edad de cuarenta y cinco años no cumplidos, sus ideas, sus aficiones, sus costumbres y su conducta en los palenques literario y político, son ya más las de un veterano que colgó sus armas, que las de un joven entusiasta y ambicioso.

Enero de 1878.

DEDICATORIA.

A MI MUJER.

I.

Entre fugaces, improvisas fiestas,
¡cuán presto pasa el suspirado día
que bulliciosa turba en las florestas
consagrara al amor y la alegría!
¡Cuán presto!... Ved.—La tarde moribunda
los párpados entorna en Occidente,
é inadvertida oscuridad profunda
sobrecoge al tropel indiferente...
Melancólico al fin léjos resuena
el toque de Oracion, eco de un mundo
que á Dios acude en su constante pena,
y, tétrica y medrosa,
la antes alegre turba bulliciosa
regresa á sus hogares
y al cotidiano afan de sus pesares.

¡Pasó, y no volverá! ¡Pasó aquel día
 de vano aturdimiento y de locura
 que les dispuso en la floresta umbría
 el genio del amor y la hermosura!
 —Hélos tornar entre la sombra oscura...
 ¡Feliz aquel que vuelve aprisionado
 en las redes de amor, y enamorada
 ve á la prenda querida que á su lado
 suspira por la luz de una mirada!
 Pero de tantas descuidadas risas,
 de la danza frenética y del canto,
 de los besos fiados á las brisas,
 ¿qué más le resta que mortal quebranto
 al que en su triste corazón vacío
 tan sólo escucha el gotear del llanto
 que lento infiltra el implacable hastío?

II.

Así tornaba yo de los pensiles
 de mis años floridos, contemplando
 cómo aquellos quiméricos abriles
 vinieron y se fueron tan callando.
 Soñando entré en mis años juveniles;
 soñando los pasé; salí soñando...
 y al despertar entónces me veía
 solo, en la noche de un soñado día.

Detrás de mí, cerrada y misteriosa
 quedaba, ya distante, una arboleda,
 cuyas ramas mil veces cariñosa

meció para arrullarme el aura leda...
 ¡Era mi juventud!— Triste y oscura,
 como negra alameda
 plantada entre una y otra sepultura,
 ya al léjos la enramada aparecía...
 ¡Allí quedaba la corriente pura
 que bullir entre céspedes veía;
 allí la senda abierta entre las flores;
 allí la sombra que gustar solía,
 y el trino de los tiernos ruisñores,
 que nunca más ¡ay triste! escucharía...

La edad crüel en tanto me empujaba
 por áridos senderos.

—¿A dónde caminaba?—

¡Sólo el recuerdo inútil me quedaba
 de mis años primeros!

¡El recuerdo no más!... ¡Oh vil memoria,
 cómplice fiera del ajeno olvido!

¿Qué me valía la pasada historia,
 si era ya el corazón desierto nido?

¿Quién habla de las aves pasajeras,
 que huyeron hácia nuevas primaveras,
 al árbol en que ayer su amor cantaron?

¡Qué valen á las áridas praderas
 las flores que sin fruto se secaron?

¡Fueron ¡ay! mis estériles venturas
 leves nubes del cielo,
 cuyas mudables tintas y figuras
 arrastra el aire en su callado vuelo!

Y mis ídolos fueron sueños míos,

que yo, insensato, apellidé querubes;
y, á merced de mis propios desvaríos,
mudaron nombre y forma y atavíos,
como á merced del sol cambian las nubes.

Muerto en mi cielo el luminar del día,
borrados de mis sueños los antojos,
huérfano el corazón, solo y sin guía,
breñas y abismos viendo ante mis ojos,
¿cómo arrostrar la pedregosa vía,
cubierta de malezas y de abrojos?
¿A qué existir? ¿A qué tan cruda guerra,
si era un desierto para mí la tierra?

En la dorada copa de la vida,
de grato néctar por el cielo henchida,
no quedaba ya más que la hez amarga
y el veneno fatal de la experiencia...
¿Qué hacer de mi existencia?—
¿Vivir... para morir? ¡Inútil carga!
¿Padecer sin amor? ¡Atroz violencia!
¡Cáncer cuyos dolores nunca embarga
el bálsamo eficaz de la paciencia!

III.

Imagínate agora, esposa mía,
—tú, á quien mi alma reverente canto
en estos versos tímidos envía,—
que, en tanta soledad y duelo tanto,
cuando más tenebroso mi camino
era, y más triste mi ignorado llanto,

hubiese visto en el confín del cielo
 alzarse blanca, pura, misteriosa,
 la bienhechora luna tras un monte,
 esclareciendo con su faz radiosa
 la densa lobreguez de mi horizonte.

Imagínate el gozo con que viera
 inundarse de luz la ingente esfera,
 reaparecer el mundo ante mis ojos,
 y en medio de los ásperos abrojos
 serpentear la senda ya perdida...,
 así como del alma agradecida
 la emoción y contento
 al verse acompañada y asistida
 de la casta deidad del firmamento...

Idólatra ó amante,
 fijos mis ojos en aquel semblante
 que una paz inmortal me prometía,
 hubiérale sin duda abierto el alma,
 diciéndole: «¡Pon fin á aquesta guerra,
 »y apártame por siempre de la tierra,
 »tú que del cielo vives en la calma!
 »¡Llévame de este mundo y de esta vida
 »á otro mundo mejor donde las flores
 »no desaparezcan en veloz huida
 »al soplo de los vientos bramadores!
 »¡Háblame de delicias inmortales;
 »cuéntame las grandezas de esa altura;
 »que vivos en mi alma los raudales
 »aún están de la fe y de la ternura!»

Tal hubiérale dicho yo á la Diosa,

al verla aparecer...—Mas no era ella:
 no fué la luna la deidad radiosa
 que allí me apareció...—¡Cuánto más bella,
 y cándida, y piadosa,
 á mis ojos lució gentil doncella!...
 —Pero mis labios sella
 ese rubor que en tu mejilla casta
 me ruega que no siga...
 —No temas.—Yo tambien ¡oh dulce amiga!
 tiemblo y bendigo y enmudezco...—Basta.

IV.

Ni ¿á qué más?—¿Por ventura, al dedicarte
 estas desaliñadas poesías,
 faltas de inspiracion, mofa del arte,
 cosecha ingrata de los tristes dias
 que viví sin amarte,
 fuera noble que gárrulas excusas
 te diese, como suelen los conversos,
 sobre la vária multitud de Musas
 que verás invocadas en mis versos?

No: ni fuera cortés (y lo pasado
 merece cuando ménos cortesía)
 renegar á la postre de ese coro,
 ayer tan celebrado,
 que vaga entre una y otra poesía,
 ¡ni tu propio decoro
 semejante hecatombe aceptaría!

!Baste decir que para tí he reunido

estas que llamaré *marchitas flores*
dispersas por el viento del olvido,
y que en todas cantara tus amores...
si primero te hubiera conocido!

1870

ALPHABETICALLY

JOHN W. BOWMAN

LIBRO PRIMERO.

CANTOS Y CUENTOS.

1950

de la
del
de
de

de
de
de

EL SUSPIRO DEL MORO. *

CANTO ÉPICO.

Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro y el caballo y caballero.

(HERRERA.)

No la grandeza del empeño santo
que eternizó en Granada la memoria
de la ínclita Isabel: el duelo canto
del Rey sin trono, sin hogar ni gloria,
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto
vertió á la postre de su infanda historia:
¡llanto inmortal que los anales cierra
de siete siglos de implacable guerra!

* Este Canto obtuvo la *Medalla de oro*, primer premio del Certámen celebrado por el Liceo de Granada en 1867; y el Autor dedicó el Canto y el premio á su hija Paulina.

Madre Afligida del Amor cristiano:
 sé Tú la Musa que piedad me inspire
 para que enfrente del procaz pagano
 ni los de Dios ni mis agravios mire.
 Está vencido, llora, y es mi hermano...
 ¡haz que á su vez mi corazon suspire
 cuando él dirija su postrer mirada
 de eterno adios á la gentil Granada!

Y tú que, errante, la infinita arena
 de los desiertos cruzas, los tesoros
 sin olvidar de esta region amena:
 ¡triste progénie de los reyes moros!
 deja que tu apenada cantilena
 salve del mar los ámbitos sonoros
 y preste al canto que mi voz te envia
 su lánguida, oriental melancolía.

Principiaba una fúlgida mañana,
 de esas que alegran el adusto invierno
 cual bellas hijas que en edad temprana
 la hiel endulzan del dolor paterno:
 del monte excelso la cabeza cana
 reflejaba del sol el rayo eterno,
 y en la atmósfera azul, diáfana y pura
 destacaba la nieve su blancura.

Por los barrancos de la ingente Sierra
 mil arroyuelos nítidos corrian,
 buscando el llano, en cuya arada tierra
 su caudal fecundante repartian:
 tranquilos ya, tras la finada guerra,

los labradores á su afan volvian,
y en medio de los densos olivares
humeaban los rústicos hogares.

Tambien las aves á sus dulces nidos
y á la paz que perdieron retornaban;
los rebaños, ayer despavoridos,
otra vez por las cumbres asomaban;
y cantos y rumores y balidos
el aire placidísimo poblaban,
cual si el pasado sanguinoso empeño
hubiera sido imaginario sueño.

Esa mañana refulgente y grata,
miéntras el sol del aterido Enero
rizados hilos de escarchada plata
trocaba en perlas con su ardor primero,
de Moros una espesa cabalgata,
que el blanco lino y el bruñido acero
igualaban á un bando de palomas,
subia del Padul las mansas lomas.

Aquel cortejo, triste y misterioso
de noche á Santafé dejado habia,
y cruzado la vega silencioso
ántes que el alba despertase al dia;
pero al salvar el punto montuoso
á que llegaban cuando el sol salia,
los Moros sus corceles refrenaron,
y atrás la vista con afan tornaron.

Iba al frente de aquella comitiva

un jóven de gallarda gentileza,
cuyo boato y majestad esquivaba
indicios daban de imperial grandeza:
su noble palidez, su frente altiva,
sus negros ojos de oriental belleza,
sus blancas tocas y su barba oscura
completaban tan clásica figura.

Siempre á su lado, como fiel esposa,
fijos en él los hechiceros ojos,
cabalgaba una jóven tan hermosa
que á la cándida luna diera enojos:
de su semblante angelical la rosa
y de sus labios los claveles rojos
trocado habia pertinaz la pena
en lírio mústio y pálida azucena.

Tras ella, blanco cual nevado armiño;
hermoso, aunque tristísimo y doliente;
único bien del paternal cariño;
severo ya como leon naciente,
sobre negro corcel marchaba un niño,
no llegado á la edad adolescente,
pero que ya maldijo su hado insano,
cautivo y solo en el Real cristiano.

Torvo el aspecto de su faz sombría,
parda la tez y la cabeza cana,
más léjos impertérrita venía
una lujosa, gigantesca anciana:
su viril ademan y la energía
de su mirada fiera y soberana

descubrían en ella á la matrona
digna del cetro y la imperial corona.

Dos príncipes, que el pálido semblante
en su idéntico rostro reflejaban
del Moro esquivo que subió delante,
á la austera mujer acompañaban;
y, en fin, tras estos, en tropel brillante,
hasta cien caballeros galopaban,
entre los cuales víanse mezclados
palaciegos, visires y criados.

Desde el lugar en que parado habian,
á la vez abarcaba la mirada
los rudos montes en que entrar debian
y la extendida vega matizada.
¡Un paso más... y nunca ya verian
el mágico horizonte de Granada!
¡Un paso más... y de su vista ansiosa
desparecía la ciudad hermosa!

El Moro más altivo y arrogante
se apartó de la inquieta muchedumbre,
y silencioso, tétrico, anhelante,
quedó como clavado en la alta cumbre.
La horrible contraccion de su semblante
retrataba su negra pesadumbre;
pero en su seno, comprimido el llanto,
negaba alivio á su mortal quebranto.

Fijos los ojos, cual queriendo en ellos
dejar grabados y por siempre vivos

de aquel paisaje los matices bellos;
 mudo, inmóvil, alzado en los estribos,
 el infeliz, del sol á los destellos,
 vió pasar los instantes fugitivos,
 sin poder separar la vista un punto
 de aquel sublime, sin igual conjunto.

¿Quién era? ¿Iba á morir? ¿Por qué tal duelo?
 ¿Por qué á su alrededor no resonaba
 ni una voz de esperanza ó de consuelo?
 ¿Por qué su esposa con rubor echaba
 sobre la casta faz el blanco velo?
 ¿Quién era el triste que tan solo estaba?
 ¿Qué maldicion cayó sobre aquel hombre?
 ¿Cuál era su infortunio? ¿Cuál su nombre?

¡Era Boabdil!... Boabdil, el fruto airado
 de Muley desdeñoso y de Aixa fiera;
 el hijo por la madre aleccionado
 contra su padre y rey á alzar bandera;
 el ambicioso vil y desalmado,
 ladron del sόlio á cuyo pié naciera,
 que al eco santo del paterno grito
 fué por su raza y por su Dios maldito!

¡Era Boabdil, cuya ominosa estrella
 costó á sus padres sempiterno lloro,
 rompió el encanto de la Alhambra bella
 y el fin atrajo del Imperio moro!...
 ¡Miseroy rey, tras cuya infausta huella
 se hundió la tierra siempre, y llanto y oro
 y sangre y honras devoró el abismo,

hasta que al cabo sumergi6se 6l mismo!

¡Era Boabdil, que con indigna mano
dado las llaves de la Alhambra habia
y su trono y su pueblo al rey cristiano!...

¡Era Boabdil, que desde all6 veia
tremolar en la Vela al castellano
la Santa Cruz del Hijo de Mar6a!

¡Era Boabdil, que la postrer mirada
dirigia por siempre 6 su Granada!

6rase la Ciudad cuyas r6inas,
festoneadas de perp6tuas rosas,
a6n alegran las aguas cristalinas
que en sus c6rmenes entran bulliciosas:
la Ciudad que las fieles golondrinas,
como en tiempo mejor, buscan ansiosas,
pidiendo 6 los palacios derruidos
grata quietud para sus caros nidos.

6rase la Ciudad que despoblada
hoy parece tal vez al que la mira
de hierba y rotos m6rmoles sembrada,
como Pæsthum, It6lica 6 Palmira:
la Ciudad que, entre flores sepultada,
a6n al viajero admiracion inspira,
mi6ntas sus muros de labrada piedra
disputa el tiempo 6 la viciosa hiedra

¡Era Granada..., rica y prepotente,
tal como fu6... cuando Granada era!
Llam6banla *Damasco de Occidente*,

de la grey de Ismael *Roma* altanera,
 de sus sabios *Aténas* floreciente,
 de las artes lujosa primavera,
 hija del Cielo, patria de las flores,
 eden de la hermosura y los amores.

Boabdil la contemplaba adormecida
 en los cárdenos montes del Oriente,
 de un alquicel blanquísimo vestida,
 y de bermejas torres la alta frente,
 cual de corona señorial, ceñida...
 ¡Allá quedaba lánguida, indolente,
 adúltera sultana, infiel esposa,
 mostrando al vencedor su risa hermosa!...

Y allá quedaban los amantes rios
 que plata y oro le tributan fieles;
 el Dáuro con sus cármenes umbríos,
 y el Genil con sus cálidos verjeles;
 del Albaicin los blancos caseríos,
 la Antequeruela oculta entre laureles,
 de la Alcazaba el recio baluarte,
 y la Alhambra gentil, sueño del arte!

¡La Alhambra! ¡régio eden, huerto florido,
 mágico alcázar, que su planta moja
 del hondo Dáuro en el raudal temido,
 y cuyas torres de argamasa roja
 de las copas del bosque entretejido
 salir se ven entre la verde hoja
 y luégo alzarse á la region del viento,
 como ideal, aéreo monumento!...

¡Oh! ¡con cuánto pesar, con cuánta pena
 Boabdil aquel recinto miraría
 donde su infancia trascurrió serena
 y entró aclamado, victorioso un día!
 Entónces ¡ay! desde su fuerte almena
 reinaba en la mitad de Andalucía...
 Ya... sólo le ofrecía el hado cierto
 un caballo... y la arena del desierto!

Luégo miró la anchísima llanura...
 tapiz que bordan con vistosas tintas,
 ora las huertas de eternal verdura,
 ora las blancas y graciosas quintas,
 ya de extenso olivar la mancha oscura,
 ya de las aguas las fulgentes cintas,
 aquí las torres de apiñada aldea,
 allí el camino que tenaz serpea...

¡Cuadro grandioso, que mostraba unidos
 de tierra y cielo todos los favores!...
 —nieves eternas, árboles floridos,
 verdes campiñas, nubes de colores,
 un aire que arrobaba los sentidos,
 un firmamento azul y un sol de amores...—
 ¡cuadro cuya magnífica hermosura
 de Boabdil puso el colmo á la amargura!

¡Triste Boabdil! ¡Cuanto á sus piés veía
 fué suyo, fué su vida, fué su encanto...
 ¡y nunca más á verlo tornaría!...
 ¡Nunca más!!—Al pensarlo, fué ya tanto
 su dolor, y tan fiera su agonía,

que de sus ojos desbordóse el llanto,
y, con acento fúnebre y rugiente,
lanzó un suspiro que aterró á su gente...

¡SUSPIRO amargo, lúgubre, espantoso,
que aún en Granada sin cesar resuena,
turbando de los siglos el reposo
y de la muerte la quietud serena!
¡Y repítelo el viento caloroso
que ráudo agita la africana arena!...
¡Y sonará implacable, tremebundo,
miéntrase acuerde de la Alhambra el mundo!

Aixa, entre tanto, la sublime altura
de *Mulhacen* miraba con recelo...
—Allí..., al amparo de la nieve pura,
en la sagrada vecindad del cielo,
yacía en misteriosa sepultura
Muley, su esposo, presenciando el duelo
de la airada consorte y del mal hijo
á quienes fiero al espirar maldijo!.....

Pero al ver la Sultana el triste llanto
del Rey, que entre suspiros repetía:
«¡*Allah-Akbar!*!...», tan íntimo quebranto,
léjos de conmover su faz sombría,
inflamóla de un fuego que dió espanto,
y, mujer insensible, madre impía,
cuanto patricia indómita y severa,
dijo al débil Boabdil de esta manera:

«¡*Llora como mujer, desventurado,*

*la pérdida del reino que has debido
cual hombre defender!... ¡Llora, menguado!»*

Y, con brusco desden mal comprimido
(¡tal vez con hondo amor desesperado!),
apartóse del príncipe afligido,
y, mirando colérica á Granada,
huyó vencida, pero no domada.

Como el reo de muerte que á la vida
y al sol y al cielo con afan profundo
da el adios de suprema despedida...
así Boabdil, lanzado de aquel mundo
en que dejaba su ilusion querida,
«¡Adios!!...» dijo con aye moribundo,
é inclinando la frente sobre el pecho,
huyó tambien, en lágrimas deshecho...

Y, tras él, en confuso torbellino
partieron todos; y del sol la lumbre
vió, de polvo entre un ancho remolino,
desbocada correr de cumbre en cumbre,
huyendo de su lóbrego destino,
á aquella fastuosa muchedumbre,
á quien la desventura daba en arras
un rincon en las ágrías Alpujarras.

Pronto, como blanquísima paloma,
mirábase á lo léjos de la Sierra
á un jinete salvar la última loma...
Era el fantasma triste de la guerra...
Era el poder inícuo de Mahoma
que abandonaba la española tierra...

¡Era Boabdil, herido por el rayo
que allá en Astúrias fulminó Pelayo!

Otro día... del mar sobre la espuma,
sola cruzó desde Adra hasta Melilla
rápida nave cual ligera pluma.
Ganada, al cabo, la africana orilla,
vióse á un Moro gentil, entre la bruma,
doblar, al pisar tierra, la rodilla...
¡Era Boabdil, á quien su negro síno
negó una tumba en suelo granadino!

Un día, en fin, que el Déspota africano
luchaba por salvar su poderío
contra los dos Jarifes,—un anciano
lidió por él con temerario brío,
hasta que, herido y sin aliento humano,
se hundió en las olas de opulento río...
¡Era Boabdil, á quien su suerte dura
le negaba en la tierra sepultura!

AL OCÉANO ATLÁNTICO.

ODA.

¡Tú eres el mar sin término ni calma
que en sus delirios concibió la mente!
¡tú eres el viejo Atlante poderoso,
á cuya voz rugiente
tiemblan los hemisferios!
¡tú eres el mar incógnito y profundo
que dilata sus líquidos imperios
de Norte á Sur, de un mundo al otro mundo!

Tú eres el mar de inmensa lontananza,
patria sin fin del pensamiento solo;
guardador de la América fragante
y de los blancos témpanos del Polo.
Tú, encadenado, intrépido gigante,
sacudes en tu cárcel con fiereza
de la tierra los ejes de diamante,
y ardiendo escupes tu rabiosa baba
en las rocas inmóviles y solas
que la que ayer gimió tu humilde esclava

opone al tumbo de tus recias olas...

—O, rendido del áspero combate,
 en la arenosa playa te reclinas,
 y con desden y majestad te duermes
 del mundo que asolaste en las ruinas.

Yo contemplé aquel lago de esmeraldas,
 aquel mar perezoso y cristalino
 que del Veleta las azules faldas
 plácido copia en éxtasis continuo :

ó al pié del Apenino
 sus olas ví tenderse lisonjeras,
 retratando en su espejo diamantino
 blancas ciudades, fértiles riberas.

—Desde el agua tranquila
 do la gentil Parthénope reposa,
 de Cariddis y Scila
 sentí á lo léjos la sañuda queja,
 y allá donde la aurora
 su nueva luz al despertar refleja,
 soñé las playas que el cristiano adora.

—La clara linfa en que Anfitrite baña
 su breve pié de nacarada espuma
 crucé tambien en mi ilusion divina,
 y acaso entre la niebla vespertina
 pensé mirar las islas de la Grecia
 cual bandada de cisnes adormidos,
 ó ví alzarse á Venecia
 de en medio las fatídicas lagunas,
 y más allá á la reina del Oriente,
 coronada la sien de Medias-lunas...

Mas ¡ay! aquel espejo trasparente
 de recuerdos de amor y de poesía ;
 estanque aprisionado, que el tridente
 de Sidon y Cartago prepotente
 puerto de sus empresas hizo un día ;
 del imperio latino en la porfía
 charco de sangre, que bastaba apenas
 á soportar las naves
 de oro y cautivos y soldados llenas ;
 aquel golfo, palenque de la historia,
 estrecho circo de la humana gloria,
 cerrado panteon, fosa colmada,
 no mitigó del alma arrebatada
 la devorante sed : no era el grandioso
 mar inconmensurable
 que prometía, con lejanos gritos,
 al afan del espíritu insaciable,
 páramos infinitos!...
 Opreso el corazon, yo lo veía ;
 y ver más anhelaba ;
 y agotarlo temía...
 ¡Del Africa feroz la costa brava
 imaginaba allá mi fantasía,
 y ¡ay! en la costa aquella,
 si no la vista, la ilusion se estrella!

¡Aquí nó! Melancólico y desierto,
 al horizonte llega tu oleaje,
 que sin recuerdos y sin nombre lanza
 su ronco aliento ó su clamor salvaje.
 Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
 y desde Ocaso á Oriente :

¡en tí se mira el sol desde que ardiente
de tu puro zafir trémulo nace ,
hasta que mústio, tras el lento dia ,
vuelve á tus brazos y en tu seno yace!

¡Oh, sí: tú eres el mar... ¡tú solamente!—
Tú eres aquel Titan, pavor del Griego,
que el globo trastornara en una hora
cuando, selvas y cúspides talando,
cruzó los valles con arrojo ciego
de Calpe la corriente mugidora.
Tú eres la inundacion y tú el diluvio;
tú el corazon del Orbe...
Torrentes van á tí de cielo y tierra,
y cielo y tierra tu ambicion absorbe.
Son tus artérias los cansados rios,
tu vida el huracan, tu voz el trueno,
y la luna tu amor...—Tus fieros bríos
calmas con verla, y al dormir sereno
de la alta noche en la quietud tranquila,
palpitante por ella el ancho seno,
aún, como tigre que durmiendo acecha,
revuelves en la sombra la pupila...
Mas si ausente la lloras, ó, de nubes
su faz velando, te la roba el cielo...
¡al cielo en busca de tu amada subes,
gritos lanzando de furor y duelo!
Tiembra espantado el suelo;
rebrama el viento y resplandece el rayo
en la noche sin fin; de tu hondo seno,
hinchado de sollozos, se levanta
ébria y sañuda la pujante ola,

asordando el estrépito del trueno,
 hasta que al fin... en los espacios, sola,
 reaparece la luna,
 y vuelves á dormir dulce y sereno
 como apacible, diáfana laguna.

—¡Ay de la nave en tanto!
 ¡ay del orgullo y de la altiva ciencia
 del mísero mortal!... ¡Como eco vano,
 se perderá en tu atroz omnipotencia,
 todo el arrojo y el poder humano!

¡Infinito Oceano! ¡Aniquilada
 cae mi lira en tu arena, y temblorosa
 tu inmensidad magnífica saluda!
 ¡Cuánto soñó mi alma la hora hermosa
 de contemplarte así, con pompa muda,
 adormido leon, cansado atleta,
 grande cual nunca en tu imperial reposo,
 estrecha con tus brazos de coloso
 la redondez ingente del planeta!

Hora es la tarde... Soñoliento y triste
 recuesta el sol en tu apacible seno
 la enrojecida frente fatigada...
 ¡Cuán amante y sereno
 bebes ¡oh mar! su lumbre regalada
 y en tus plácidas olas reverberas
 del Poniente las luces postrimeras!
 ¡Ay! tu augusto desierto sin medida
 infunde al alma mística ternura
 y vuelve al corazón la fe perdida!
 ¡De Dios... del sumo Dios eres hechura!...

y el espíritu audaz que me da vida,
inmenso como tú, cual tú sin calma,
ve á ese Dios en tu líquida llanura...;
que eres tú, melancólico elemento,
tal vez la imágen colosal del alma!

Cádiz.

Á LA BANDERA

DEL BATALLON DE CIUDAD-RODRIGO. *

SONETO.

¡Sombra y honor bajo tus pliegues dame,
noble enseña de Cristo y de Castilla!
Tu ley, que juro, hincada la rodilla,
en generoso ardor mi pecho inflame.

No más estérilmente se derrame
mi vida en torpe amor y vil mancilla...

¡Roja está de la patria la mejilla!...

¡Despierte el corazon de su ocio infame!

De un naufragio entre lágrimas y errores
salva mi fe, que combatida muere
por enemigo viento y mar contrario...

Sé tú el manto que envuelva mis dolores;
mi tienda en el desierto; y si cayere
en la revuelta lid..., ¡sé mi sudario!

Málaga, 1859.

* El autor escribió este soneto cuando sentó plaza de soldado voluntario de la Guerra de África.

... in die H. u.
... adagio
... in die H. u.
... adagio
... in die H. u.
... adagio
... in die H. u.
... adagio

... bayaki
... eur
... slabnob
... y sseri

LA CITA SOÑADA.

NOVELA EN VERSO.

I.

El año mil y más despues de Cristo,
cruzaba cierto monte un caballero
solo y sin servidumbre, mas provisto
de cuanto há menester un pasajero:
armas, caballo, el equipaje listo,
juventud, buen humor, mucho dinero,
vino para la sed, y para el hambre
queso, pan, salazon y algun fiambre.

II.

Llegado á un chorro de agua cristalina,
que entre adustos peñascos retozaba,
donde la sombra de gigante encina
fresca y verde la hierba conservaba,

sintió el jóven que el aura matutina
 la gana de almorzar le despertaba,
 y, atando allí el caballo de la rienda,
 extendió sobre el césped la merienda.

III.

Sentado tambien él en aquel suelo,
 al almuerzo principio dió en seguida,
 sin más compañía que el callado cielo
 y las propias memorias de su vida:
 ora bebiendo el agua como hielo
 de la pura corriente allí escondida,
 ora de la ámplia bota de camino
 valientes tragos de bermejo vino.

IV.

El sol en tanto por la azul esfera
 su indiferente marcha proseguia,
 trocando la mañana placentera
 en sofocante, caloroso dia.
 A dormir convidaba la pradera,
 y el sueño al caminante acometía...
 Tendióse, pues, sobre la verde alfombra,
 y de la encina se durmió á la sombra.

V.

Dejémosle dormir; y, miéntras duerme,
 y su espíritu vuela hácia otra zona
 (vendido allí dejando el cuerpo inerme,

como quien su bridon suelto abandona),
la Musa de que suelo yo valerme
noticias nos dará de esta persona,
de su carácter, condicion y estado,
y de su calidad, por de contado.

VI.

Muy gallardo era el jóven y arrogante;
pero su juventud ya navegaba
de la santa niñez algo distante:
treinta años contaria: se llamaba
don Luis de Peñafior y de Escalante,
y era marqués de Agron y la Alcazaba,
huérfano, rico, militar, soltero,
pródigo, enamorado y pendenciero.

VII.

Y, pues la Musa todo lo adivina,
digamos además que su viaje
era en busca de Inés la campesina,
hermosa como un sol, Vénus salvaje,
que ovejas guarda en la heredad vecina,
y que, merced á indigno corretaje,
aquella noche, al precio de vil oro,
iba á venderle su mejor tesoro.

VIII.

Admirado el Marqués su rostro habia
cierta mañana que con mucha gente

cruzaba el monte en s6n de cacería:
 madre venal y astuto confidente
 ejercieron la infame tercería:
 pagado estaba el crimen pr6viamente:
 la cita... era de Inés en la cabaña:
 la hora... al ponerse el sol tras la montaña.

IX.

Tiempo al j6ven quedábale sobrado
 para dormir seis horas que quisiera
 y llegar al paraje concertado
 ántes que el sol sus rayos escondiera.
 A pierna suelta, pues, y sin cuidado
 siguió durmiendo la mañana entera,
 del agua esquiva al pertinaz murmullo
 y de aves mil entre el amante arrullo.

X.

Y (cosa natural en casos tales),
 en tanto que el corcel, atado á un leño,
 se comía unos rústicos fresales,
 el alma del Marqués, firme en su empeño,
 perseguía sus propios ideales
 á las crines asida de un ensueño,
 y, al hecho anticipándose, gozaba
 la dulce realidad que codiciaba.

XI.

Soñó, sí, que de Inés, puesta de hinojos,

los pudibundos ruegos desoia,
 y que él, audaz, sonrojos á sonrojos
 con mano y labio ardientes añadia:
 que el puro llanto de hechiceros ojos
 con sed amante y sin piedad bebia,
 y tesoros de rústica inocencia
 eran rico botin de la violencia.

XII.

Que Inés, por el rubor aconsejada,
 luchó hasta el fin, mas resistir no pudo;
 pues del amor, cuando el amante agrada,
 la sencillez es cómplice, no escudo:
 y que, á fuer de sencilla, enamorada
 al cabo Inés de su enemigo rudo,
 pagábale su audacia y sus excesos
 con dulces nombres y sabrosos besos.

XIII.

Y Don Luis, de su sueño en la ventura,
 (que á tanto la ilusion de un sueño lleva)
 pensaba que una cándida hermosura
 tan cabal, tan magnífica y tan nueva,
 sólo Adan, del eden en la espesura,
 pudo encontrar al encontrar á Eva;
 pues Inés era un cielo de delicias,
 hecho para el amor y las caricias.

XIV.

Con esto se volvió del otro lado
y cesaron un punto sus gemidos,
quedando como muerto ó desmayado,
el pulso y la color desfallecidos.
Pero en el golfo de mayor cuidado
ya zozobrantes ánimo y sentidos,
gritos de horror y espanto lanzó al viento,
que no amorosos ayes de contento.

XV.

Sañado habia que de Inés la afrenta
el cielo pregonó dándole un hijo,
y que el padre de Inés pidió á Inés cuenta,
é Inés el nombre del Marqués le dijo.
Y que el viejo, en su cólera violenta,
cien veces al Marqués é Inés maldijo,
y que, al morir de pena, en la agonía
aquellas maldiciones repetia!

XVI.

Tambien soñó que Inés, llevando en brazos
un infante que de él la imágen era,
rogábale por Dios que en santos lazos
los lazos naturales convirtiera:
y que él de su castillo á latigazos
los expulsó á los dos como una fiera,
y ella, feroz tambien con tal ejemplo,

al niño expuso en el compás de un templo.

XVII.

Y que el niño fué hombre, y ¡caso extraño!
siempre el Marqués al léjos lo veía,
sin poder advertirle ningun daño,
ni salvarlo en los riesgos que corria...—
Que dado al juego, al robo y al engaño
el mancebo salió; por lo que un dia
subió al cadalso y á la plebe dijo:
¡Maldito el padre que abandona á un hijo!

XVIII.

Soñó además D. Luis que Inés, en tanto,
por la codicia maternal ganada,
á honrado esposo en matrimonio santo
infel se unió sin revelar nada:
mas que éste un dia con furor y espanto
llegó á saber la liviandad pasada;
ahorcó á Inés y á su madre, y en seguida,
colgado entre ambas, se quitó la vida.

XIX.

Y, en fin, soñó que de estos cuatro ahorcados
oscilaban sobre él los cuerpos muertos,
con los frios cabellos erizados
y los ojos sin luz, turbios y abiertos;
y, cual remordimientos de pecados,
le golpeaban con sus remos yertos,

gritándole, colgados de la encina:
¡Anda á buscar á Inés la campesina!

XX.

Aterrado, convulso, delirante,
 púsose en pié...—Despierto aún no se hallaba;
 pero oía, veía... y, anhelante,
 los siniestros cadáveres buscaba...
 —Y vió un día sereno y rutilante,
 un cielo azul, el agua que jugaba,
 y en la encina inocentes pajarillos
 que entonaban sus cánticos sencillos.

XXI.

El corcel, medio oculto en la espesura,
 al verlo alzarse, relinchó gozoso,
 fiel compañero en más de una aventura,
 de seguir el viaje ya ganoso.
 —Llegó el Marqués; ciñóle la montura;
 lo agasajó con golpe cariñoso;
 cogió la crin, y, alzando la rodilla,
 pisó el estribo y se montó en la silla.

XXII.

Y, fuera que á su alma aquel ensueño
 diese aviso y lección con sus horrores,
 ó que el sopor, cual plácido beleño,
 templara de su sangre los ardores,
 el caso es que Don Luis cejó en su empeño,

y que, á Inés renunciando y sus favores,
en lugar de seguir aquel camino,
retrocedió, y se fué por donde vino.

XXIII.

Se fué, sí: y á la tarde, en su vivienda,
(al ver ponerse el sol tras la montaña,
como rey que encerrábase en su tienda
á descansar de un dia de campaña),
miró á lo léjos la amarilla senda
que llevaba de Inés á la cabaña...
y lágrimas sus ojos derramaron,
que Dios y Lucifer se disputaron.

1876.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

LA CAZA DEL SÁURIO.



SONETO.

Del agrio risco solitaria dueña,
la diestra armada del arpon luciente,
ved á la hermosa indiana adolescente
tendida al borde de tajada breña.

La verdosa cerviz no bien enseña
cauteloso lagarto, diligente
le asesta el golpe, y, trémula, lo siente
forcejear, clavado ya en la peña.

Del monstruo herido, que tenaz porfía,
tiembla entónces la pérfida agresora,
y bárbara acelera su agonía...

Remátalo por fin; pero en mal hora;
que, al ver el cuadro de su hazaña impía,
tiembla de nuevo, se arrepiente... y llora.



de la Alameda
de la Alameda
de la Alameda
de la Alameda

de la Alameda
de la Alameda
de la Alameda
de la Alameda

de la Alameda
de la Alameda
de la Alameda

Á CHORBY,
POETA MARROQUÍ.

I.

Me preguntas quién soy ¡oh Mahometano!
y tú me cuentas que heredero eres
de aquellos Moros que en el suelo hispano
alzaron á su dios y á sus mujerés
de la Alhambra el alcázar sobrehumano.

Me preguntas quién soy... y, en tanto, lloras,
diciéndote extranjero y peregrino
en esta casa, do naciste y moras,
y me anuncias que al suelo granadino
volverán otra vez las gentes moras...

II.

Yo no sé ya quién soy ¡oh Mahometano!...
yo ví la luz donde morir tú quieres;
yo soñé con tu raza en suelo hispano,

y hoy, que piso á mi vez suelo africano,
pienso que soy... el mismo que tú eres!

Extranjero en el África tú lloras...
Yo he llorado en España peregrino;
y hoy, huésped de la casa donde moras,
pienso mirar el suelo granadino
habitado otra vez por gentes moras.

Tetuan—1860.

Á FRAY LUIS DE LEON

AL INAUGURARSE SU ESTATUA EN SALAMANCA.

«¡Gloria!» las arpas, los salterios «¡gloria!»
 resuenen por doquier... ¡Ved al poeta
 surgir triunfante, coronado atleta,
 del seno de la noche mortuoria!
 ¡El es!—Un sueño de dolor han sido
 trescientos años de pasada historia...
 La tumba en pedestal se ha convertido,
 y el pedestal en cátedra... ¡Silencio!
 ¡LEON, libre otra vez, como algun día,
 sube al alzado puesto...
 mira al concurso con afable calma...
 la multitud lo aclama como entónce...
 y, con acento que percibe el alma,
 «Decíamos ayer»... prorumpe el bronce!

¡Él es, que torna á la vital arena,
 no ya del fondo de prision impía,
 mas de los reinos de la muerte oscura,

rota mostrando al mundo su cadena,
 íntegra y salva su doctrina pura!

¡Él es!... el docto, el inspirado, el tierno,
 seráfico agustino...

el poeta divino

que, en coloquios de amor con el Eterno,

cantó la ansiada libertad del alma

y de caducos bienes el olvido,

cual rui señor que en la solemne calma

de la NOCHE SERENA,

de amor enloquecido,

entona apasionada cantilena,

única voz del mundo adormecido!

Jubilosa Natura

ya reconoce á su cantor amado...

á aquel que blandamente recostado

cabe la linfa de *fontana pura*,

las horas descuidado

pasaba, *ni envidioso ni envidiado*.

Y ufano el sol, estática la luna,

las flores de placer ruborizadas,

trémulo el bosque, y locas de alegría

las aves en sus copas anidadas,

saludan á porfía

la noble Efigie del ilustre vate,

cuando en el alto pedestal descuella,

del tiempo á resistir el fiero embate,

como la roca en que la mar se estrella.

Gozoso en tanto el pueblo salmantino
 con aplausos y vítores aclama

el triunfo nuevo y la perpétua fama
 del cristiano David, segundo Aquino.
 Y el raudal cristalino
 del viejo Tórmes, que los patrios lares
 besó de tanto ingenio peregrino,
 «¡Loor al Maestro que cantó á mi orilla!»
 murmura al alejarse hácia los mares.
 «¡Loor á Fray Luis!» resuena por Castilla...
 «¡Vítor!» responden de la mar las olas,
 al recibir el Tórmes con el Duero,
 y «¡vítor!» claman en el mundo entero
 cuantas naciones fueron españolas.

¡Noble ciudad, Aténas castellana,
 Salamanca inmortal, aula del mundo!
 Oye también mis plácemes, y acoge
 en tan dichoso, memorable día,
 (sin ver la ruda mano que las coge)
 las flores que á LEON Granada envía.

Hijas son de sus cármenes frondosos,
 y de mi amor y mi entusiasmo prenda;
 y entre ellas van, como mejor ofrenda,
 y obsequio digno del hispano estro,
 las que rindió al altísimo Maestro
 la musa del Genil (1), cuando, inspirada,
 hízole aparecer jóven y amante
 sobre la corva escena,
 al compás del aplauso resonante,

(1) Alude al drama titulado *Fray Luis de Leon*, escrito por el poeta granadino D. José de Castro y Orozco, marqués de Gerona.

galardon de tan ínclita faena.

Y ellas tambien le llevan, cual rocío,
en sus trémulos cálices guardado,
al par que el llanto mio,
las lágrimas de amor y de contento
del pueblo que debióle tanta gloria (1)
y donde tiene su inmortal memoria
en cada corazon un monumento!

Granada, 1868.

(1) Hasta hace pocos años se ha estado en la creencia, bajo la fe de insignes escritores, de que *Fray Luis de Leon* era hijo de Granada. Hoy se sabe ya de un modo indudable que nació en Belmonte.

CUENTO MORO.

(EN UN ALBUM.)

Hurí de cabellos de oro:
dícenme qué quieres tú
que te cuente un cuento moro...
Uno sé que es un tesoro,
y me lo contó Benzú.

En Africa se lo oí,
de Abbás en el campamento:
óyelo, preciada hurí;
que es un peregrino cuento
el cuento que dice así:

Muy diestro en tañer la lira
ser pudo el esclavo Hassan;
pero no al poner la mira
en la princesa Zelmira,
hija del viejo Sultan.

Del atrevido cantor
ni aún sospechaba el amor
la altiva infanta moruna,
como no sabe la luna
que la adora el ruseñor.

Ni el triste en su loco afan
soñó nunca mejor suerte;
pues, de revelarlo Hassan,
la hija del viejo Sultan
pagárale con la muerte.

Y morir, para el cantor,
era asesinar su amor...
¡era no ver á Zelmira
con el éxtasis que mira
á la luna el ruseñor!

Y así la miraba él,
rebozado en su alquizel,
cuando, las noches de luna,
paseaba en su verjel
la altiva infanta moruna.

Pero al cabo sucedió
lo que suceder debia
(estuviera escrito ó no):
Zelmira se enamoró
y se casó el mejor dia.

Se casó con Aliatar,
tan príncipe como ella,

poderoso en tierra y mar....
y fué cosa singular
la boda de la doncella.

Sabedora allí Zelmira
del ingenio del cantor,
díjole:—«*Tañe la lira,
y canta el ardiente amor
que el fiero Aliatar me inspira.*»

Hassan maldijo su estrella;
sintió mortal agonía
á la voz de la doncella;
y, encarándose con ella,
armado de una gumía:

—«*¡Antes (dijo) que cantar
la ventura de Aliatar,
cúmplase mi negra suerte!...*»—
Y arrojó la lira al mar,
y él mismo se dió la muerte.

Tal fué el caso que Benzú
me contó en Guad-el-Gelú,
y que yo te cuento á tí,
ya que quieres saber tú
lo que pasa por allí.

1877.



UNA FLOR MÉNOS.

Á la orilla de un plácido arroyuelo,
que en sus cristales nítidos retrata
el verde márgen y el tranquilo cielo...
—lengua armoniosa de fulgente plata,
que siempre está contando sin recelo
de aquella soledad la vida grata,—
cierta noche clarísima y serena
nació una melancólica azucena.

Esto pasó en *Abril*.—El sol de *Mayo*
miróla ya, formada y entreabierta,
beber ansiosa el matutino rayo,
cual alma jóven que al amor despierta...
Y ya las brisas, con falaz desmayo,
de su fragancia vírgen, leve, incierta,

los primeros efluvios le robaban...,
que con frias lisonjas le pagaban.

En *Junio*... la magnífica azucena,
sultana favorita entre las flores,
gala y encanto de la orilla amena,
hechizo de los céfiros traidores,
ya prodigaba, de ufanía llena,
al aire... sus balsámicos olores,
su candidez... al sol, su risa... al cielo,
y su imágen... al lúbrico arroyuelo.

Y, en pago, la besaba el sol ardiente;
suspirando halagábala la brisa;
requiebros le decia la corriente
que á sus piés deslizábase sumisa;
las aves la cantaban tiernamente,
y aplaciase el cielo en su sonrisa...:
mas la luna (tal vez por experiencia)
velaba sin sosiego su inocencia.

Una tarde de *Julio*, en que su velo
el crepúsculo al cabo recogia,
sin que por ello levantase el vuelo
el aura que en los árboles dormia;
al extinguirse en el confin del cielo
la postrimera claridad del dia,
dobló la flor su frente nacarada,
pensando... ¿en qué?—Seguramente en nada.

Y no porque era flor:—que una doncella
tampoco suele meditar gran cosa

cuando está enamorada y es muy bella.—
 Dobló, pues, la cerviz la flor hermosa,
 y durmió ó no durmió... ¡Sábelo ella!
 Yo diré que yacia silenciosa,
 cuando, poco despues de media noche,
 se vió á lo léjos asomar un coche.

Era el carro de plata de la Luna,
 que aparecia entónces por Oriente,
 como hermosa duquesa que á la una
 regresa del teatro muellemente.
 —Un trovador (acaso sin fortuna)
 alzó en esto su cántico doliente...
 ¡Era aquel ruseñor que siempre canta
 cuando la tarda luna se levanta!

¡Noche temible!—Suspiraba el viento...
 Hablaba el cielo amor... Besos de llama
 se enviaban allá en el firmamento
 las remotas estrellas... No habia rama,
 ni flor, ni sér, ni piedra, ni elemento,
 madriguera, cubil, nido ni cama
 que amor... eterno amor no respirase,
 amando cada cual segun su clase.

¡Cómo temblaba la azucena pura!
 Su lánguida cabeza reclinaba
 sobre un lirio de espléndida blancura...
 El aura leve apénas les tocaba...
 La luna, deteniéndose en la altura,
 besos de claridad les enviaba,
 y el ruseñor trinando les decia:

«¡Amad... amad... que aún falta mucho al día!»

¡Noche estrellada; bendecida hora;
lágrimas que envidioso el firmamento
sobre esas flores que se abrazan llora;
exhalaciones que cruzais el viento;
espíritus que el céfiro atesora;
calor, perfume, plática ó aliento
que de esos blancos lirios se desprende...
misterios de su amor... ¿quién os comprende?

Al otro día... *Agosto* principiaba!—
Amaneció.—Y el sol (que de las flores
á castigar los vicios empezaba,
fulminando sus rayos destructores
sobre todas aquellas que encontraba
faltas de sueño y pálidas de amores)
vió mística y ojerosa á la azucena,
y de un flechazo la tendió en la arena.

¡Miserable flor! ¡cuán breve fué su historia!
—¡Y cuán pronto olvidada!—Ni la luna,
ni el sol, ni el viento guardan su memoria...
—Pero, en verdad, razón no encuentro alguna
para que guarden tan común historia...—
Si ayer murió una flor, ó más de una,
hoy los prados de flores están llenos...
¿Que importa una flor más ó una flor ménos?

Que fué muy bella... porque Dios la hizo...—
Gloria es esa de Dios; pero no de ella.—
Que amó, y un lirio le robó su hechizo...—

Esto es frecuente en la que nace bella.—

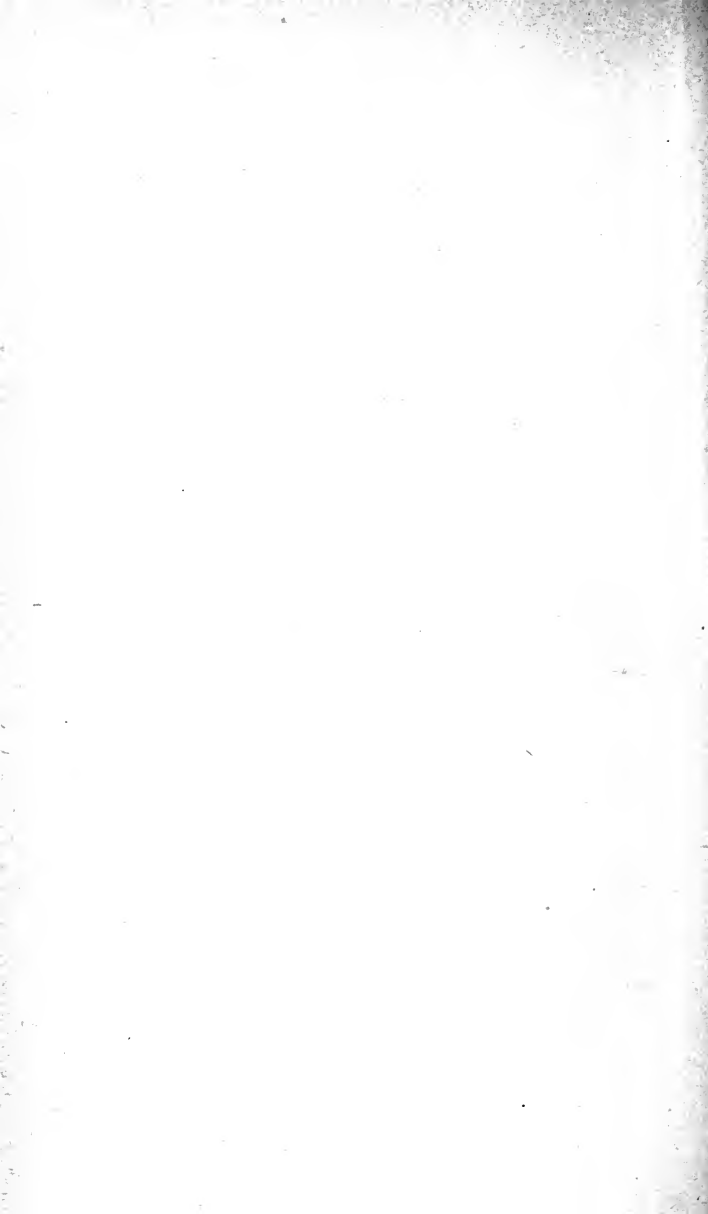
Que el sol, celoso, entónces la deshizo...—

¡Muera así toda impúdica doncella!—

Que el lirio está *por otra* moribundo...—

Y que haya un pillo más ¿qué importa al mundo?





UN MORISCO DE AHORA.

SONETO.

Insomne y soñoliento; con bufanda
(recuerdo del turbante) en el estío;
ajeno su magnánimo desvío
del siglo á la ruidosa propaganda;
adversario pasivo del que manda
y absoluto señor de su albedrío;
Sultan, en fin, sin éxtasis ni hastío
de las mozuelas con que á vueltas anda...

Tal, en Madrid, el último almohade
pasa por el rosario de la vida
horas indiferentes grano á grano...

¿Qué quiere?—Nada quiere. Sólo añade
tinieblas á una crónica perdida,
oculto bajo un nombre castellano.

1864.

EL DIA DE AÑO VIEJO.

«Año nuevo» ¡qué sandez!
 hoy pregona el añalejo,
 sin ver que es un año viejo
 que va á servir otra vez.

(En 1861.)

Año... ¡te vas, y me dejas!
 ¡Y sois treinta los ingratos!—
 Id con Dios, perdidos ratos,
 que no os seguirán mis quejas.—
 ¡Oh, tú, de mis moralejas
 lector! oye lo que digo:
 el tiempo es un mal amigo...
 pero no riñas con él ;
 que manda el Dios de Israel
 perdonar al enemigo.

¡Treinta y uno de Diciembre!...
 ¡Suma equivalente á cero
 para aquel que cada Enero
 locas esperanzas siembre!
 Mas para quien no remembre,

como no remembro yo,
 ni el Enero que pasó,
 ni haber sembrado en tal fecha,
 esa falta de cosecha
 no es una pérdida, nó.

Que al alma ya preve nida,
 al alma experimentada
 no puede importarle nada
 el *déficit* de la vida.
 Si el amor va de corrida,
 también va la juventud:
 la ilusión y la salud
 se pierden á un tiempo mismo,
 y en el final cataclismo
 sobrenada el ataud.

Padres, amigos y amadas...
 ¡cuán aprisa de mí os vais!
 Mas, por mucho que corrais,
 yo sigo vuestras pisadas:
 Dentro de pocas jornadas
 de fijo os alcanzaré...
 ¿A qué, pues, llorar? ¿á qué?—
 ¡Llorara si no supiera
 que en esta mortal carrera
 ninguno se queda á pié!

¡Oh, cuán turbia y funeral
 á mis ojos luciría
 la clara antorcha del día,
 si me volviese inmortal!

¿En dónde una pena igual
á pensar en tanto muerto,
y no ver en el desierto
de la fatigosa vida
ni descanso, ni salida,
ni luz, ni arrimo, ni puerto?

¿Qué hacer, qué creer, qué amar
en otras generaciones?
Las perdidas ilusiones,
¿en quién ni en dónde encontrar?
¿Cómo volver á probar
la juvenil embriaguez,
si sólo queda la hez
en la copa, un tiempo llena,
de una vida... sólo buena
para vivida una vez?

¡Misericordioso Dios!
Nos cupo una suerte amarga...
pero ni fija, ni larga,
en que, velados los dos,
corre el bien del mal en pos,
la flor tapa los abrojos,
la fe endulza los enojos,
la duda engaña al deseo...
y morimos, como reo
á quien le vendan los ojos.

¡Pena cruel! ¡suerte horrenda
fuera desandar lo andado,
después de haber apartado

de nuestros ojos la venda!
 Los abismos de la senda
 viéramos ya por doquier;
 tras el amor... la mujer;
 detrás del amigo... el hombre;
 cada cosa tras su nombre,
 y el tedio tras el placer!

No viéramos, como veo
 al través de *treinta años*
 de felices desengaños,
 purificarse el deseo
 de todo vil devaneo,
 fundirse el torpe metal
 del ídolo terrenal,
 descorrerse el infinito...
 y á Dios mirar de hito en hito
 el espíritu inmortal.

¡Adelante! ¡No temer!—
 Quédense en buen hora atras
 apariencias que jamás
 debimos apetecer.
 ¡Adelante... y no caer
 en tanto que estemos vivos!
 Que, pues los hados esquivos
 no son, por fortuna, eternos,
 lo primero es mantenernos
 derechos en los estribos.

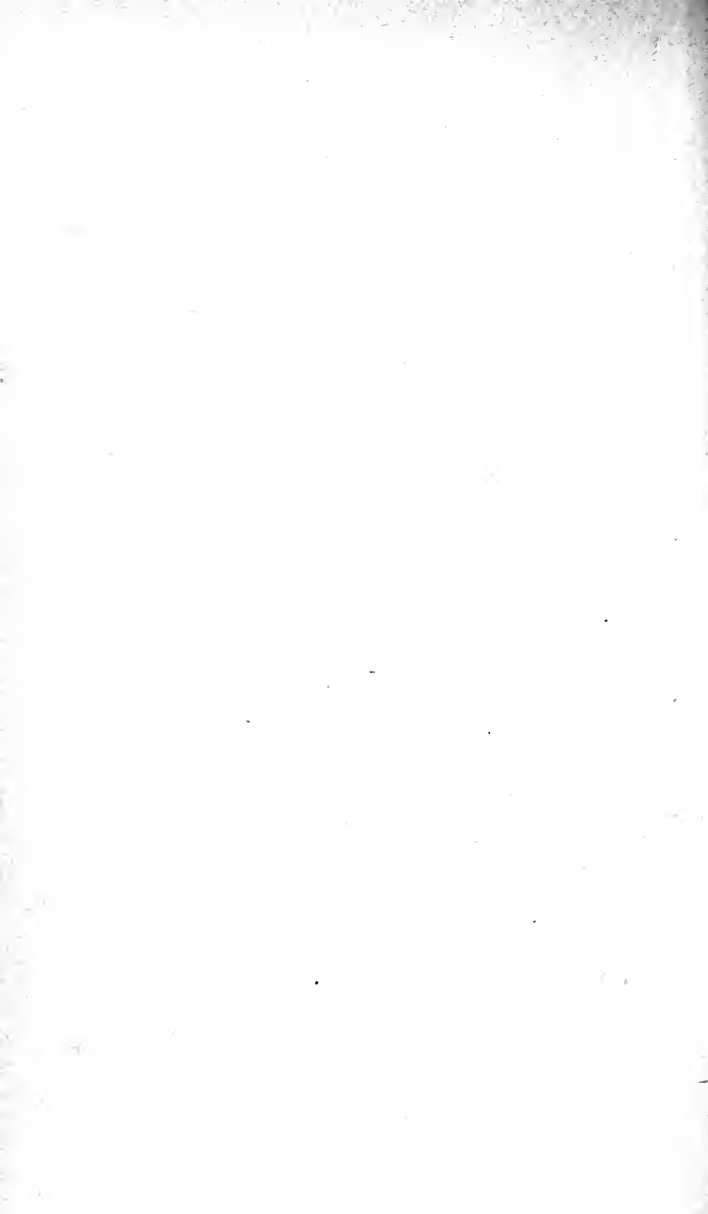
PROMESA DE UNA SANTA.

SONETO.

Estoy, Señor, de mí tan desprendida,
y de toda afición tan apartada,
que, por el dón que os intereso, nada
sacrificar pudiera agradecida.

Voto os hiciera de dejar la vida,
si ántes no fuese vuestra, y tan cuitada,
que, al perderla, creyérame premiada
con no vivir y verme á Vos unida.

Mas, pues no hay meritorio sacrificio
en quien vive sin dichas, yo os ofrezco,
si volveis la salud al moribundo,
ceñirme la existencia cual cilicio,
codiciar una vida que aborrezco,
abrazarme á la cruz de aqueste mundo!



EL SECRETO.

«*¡Yo no quiero morirme!*»
—dice la niña,
tendiendo hácia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca...

Un silencio de muerte
la madre guarda...
¡Ay! si hablara, vertiera
mares de lágrimas!
Besa á su hija;
y aún le fingen sus labios
una sonrisa.

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,

y, pegada á su oído,
 pálida y trémula,
 con sordo acento,
 dícele horrorizada:
 —«*Oye un secreto.*

¿Sabes por qué á morir me
 . . le temo tanto?—
*Porque luego me llevan,
 toda de blanco,
 al cementerio...
 ¡y de verme allí sola
 va á darme miedo!»*

—«*¡Hija de mis entrañas!
 (grita la madre)
 Dios querrá que me vivas...
 y, aunque te mate,
 descuida, hermosa;
 que tú en el cementerio
 no estarás sola.»*

CAMINO DEL CIELO.

La madre está de pechos
á la ventana,
viendo caer la nieve
muda y pausada.

Todo blanquea;
cabañas y rediles,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
del tierno niño
lleve cuajados copos
el viento frio...

—¡Ay, pobre madre!—
Aquella cuna encierra
sólo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos...

Por eso exclama
con doloridos ayes:
—«¡Hijo del alma!»

«¿Por qué no murió un día
de Primavera,
como flor que á los cielos
vuelve su esencia?

¡Ay, cuántos pájaros
fueran con él gozosos
aleteando!»

«¡Oh! ¡pero en esta tarde,
solo y sin guía,
luchando con las nubes
y la ventisca,
mi pobre ángel
irá muerto de frío
por esos aires!»

GLORIA.

—Díme: ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?

Dí: ¿por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
tocan á gloria?

—¡Oh! dejadme que llore...
Dejad que muera...
¡Al hijo de mi vida
ya se lo llevan!

¿No veis mi duelo?
¿No oís que las campanas
tocan á muertô?

—Tu pobre niño enfermo
triste gemía
ayer entre tus brazos,
madre bendita...

Y hoy ya no llora...
¡Hoy por él las campanas
tocan á gloria!

—¡Ah! sí... su alma de ángel
allá me espera...
Pero su cuerpo hermoso
cubren de tierra...

Ya no lo veo...
¡Para él *tocan á gloria!*
¡Para mí *á muerto!*

EL AMANECER.

(*Crescend.*)

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas de fresco rocío...
De la noche el silencio sombrío
algun ave se atreve á turbar.
Las estrellas, cual sueños, se borran...
Sólo brilla magnífica una...
¡Es el astro del alba!—La luna
ya descende, durmiéndose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo
ténue brilla una cinta de plata,
que, deshecha en flotante escarlata,
esclarece la bóveda azul:
y montañas, y selvas, y rios,
y del campo la espléndida alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
visten nieblas de cándido tul.

¡Es de día! Los pájaros todos
lo saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso, lejano arrebol.
El Oriente se incendia en colores...
los colores en vívida lumbre...
y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

Á MI HIJA
EN SUS DÍAS.

SONETO.

Por la primera vez hoy es tu día...
¡Ven á mi corazón, prenda adorada...
orgullo de la esposa más amada,
vida de mis entrañas, hija mía!

¿Qué te dirá de un padre la ufanía?
¿qué te dirá tu madre embelesada,
sino verter del alma enajenada
lágrimas de cariño y de alegría?

Delicia de los dos... ¡bendita seas!
¡Bendita seas de la Virgen pura
que ampara con su manto nuestro nido!—

Y allá en los años *en que no nos veas*,
¡Dios te dé tanto bien, tanta ventura,
como tú con nacer nos has traído!

1868.

AL RECIBIR MI RETRATO.

(Pintado por mi amigo el Sr. D. Ignacio Suarez Llanos.)

Al verte ¡oh grave pintura!
entrar en mis lares hoy
con mi edad y mi figura,
no sé qué vaga tristura
siento al decir:—«*Así soy.*»

Tal vez pienso que mañana,
cuando de mi edad lozana
rastros queden sólo en tí,
dirá mi vejez ufana
á mis hijos: «*¡Así fui!*»

Tal vez pienso que algun día
(cuando Dios llamarme quiera)
buscará tu compañía
esta dulce esposa mía,
para decir: «*¡Así era!*»

Tal vez pienso que quizá,
al cabo de muchos años,
nadie te conocerá,
y un extraño á otros extraños
dirá al verte:—«¿Quién será?»

Y que, al comprarte, atraído
por lo antiguo de tu traje
ó por tu buen colorido,
les dirá:—«¡Este personaje
no debe haber existido!»

1869.

EL MONT-BLANC.

¡Héme al fin en la cumbre soberana!...—
 Nieves... horror... espanto por do quiera...—
 ¡Pavorosa region! ¡Sólo la humana
 temeridad á hollarla se atreviera!

Aquí enmudece hasta la voz del viento...
 Inmenso mar parece el horizonte...
 única playa el alto firmamento...
 anclada nave el solitario monte.

¡Nada en torno de mí!... ¡Todo á mis plantas!—
 Oscuros bosques, relucientes rios,
 lagos, campiñas, páramos, gargantas...
 ¡Europa entera yace á los piés míos!

¡Y cuán pequeña la terrestre vida;
 cuán relegado el humanal imperio
 se ve desde estos hielos donde anida
 el *Monte-Blanco*, el rey del hemisferio!

De aquí tiende su cetro sobre el mundo.—
 El Danubio opulento, el Pó anchuroso,
 el luengo Rhin y el Ródano profundo
 hijos son de los hijos del Coloso.

Debajo de él... los Alpes se eslabonan
 como escabeles de su trono inmenso:
 debajo de él... las nubes se amontonan
 cual humo leve de quemado incienso.

¡Sobre él... los cielos nada más! La tarde
 lo envidia al verlo de fulgor ceñido...—
 Llega la noche, y aún su frente arde
 con reflejos de un sol por siempre hundido.

Allá turnan con raudó movimiento
 una y otra estacion... El permanece
 mudo, inmóvil, estéril.—¡Monumento
 de la implacable eternidad parece!

Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
 huellan jamás su excelsitud nevada...
 Huérfano vive del calor del globo...
 ¡En él principia el reino de la nada!

Por eso, en medio de su horror profundo,
 ufano aquí mi corazón palpita...
 ¡Aquí, solo con Dios..., fuera del mundo!
 ¡solo, bajo la bóveda infinita!

¡Y qué suave, deleitosa calma
 brinda á mi pecho esta region inerte!...

—Así concibe fatigada el alma
el tardo bien de la benigna muerte.

¡Morir aquí! De los poblados valles
no retornar á la angustiosa vida:
no escuchar más los lastimeros ayes
de la cuitada humanidad caída:

desparecer, huyendo de la tierra
desde esta cima que se acerca al cielo:
por siempre desertar de aquella guerra,
de eterna libertad tendiendo el vuelo...

Tal ánsia acude al corazón llagado,
al mirarte ¡oh *Mont-Blanc!* erguir la frente
sobre un mísero mundo atribulado
por el cierzo, y el rayo, y el torrente.

¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
sólo Dios es señor, fuerza y medida:
¡como el ancho Oceano y el Desierto,
tú vives sólo de tu propia vida!

La tierra acaba en tu glacial palacio;
tuya es la azul inmensidad aérea:
tú ves más luz, más astros, más espacio...
¡parte eres ya de la mansion etérea!—

¡Adios! Retorno al mundo...—Acaso un día
ya de la Tierra el corazón no lata,
y sobre su haz inanimada y fría
tiendas tu manto de luciente plata...

Será entónces tu reino silencioso
cuanto hoy circunda y cubre el Oceano...---
;Adios!... Impera en tanto desdeñoso
sobre la insania del orgullo humano!

Chamounix.—1860.

VENECIA.

¡Lloras..., mísera reina destronada!
 ¡Lloras, y, al rayo de la triste luna,
 se desliza tu góndola enlutada,
 como negro ataúd, por la laguna!

¿A dó vas, infeliz? ¿Por qué recorres
 silenciosa los lúgubres canales,
 y al pié te paras de las altas torres
 y de las viejas casas señoriales?

¿Por qué sollozas al pasar al lado
 de la antigua *Piazzetta*, y mayor duelo
 sientes al distinguir el *Leon alado*
 que audaz parece remontarse al cielo?

Del *Palacio Ducal* ¿por qué la vista
 apartas con recóndita tristeza,
 si cada piedra te habla de un artista
 ó te dice de un héroe la grandeza?

¿Por qué, al mirar la cúpula eminente
de la insigne Basílica, suspiras,
si tus empresas por el rico Oriente
en sus contornos reflejadas miras?

¿Por qué ocultas la faz entre las manos
al ver de *I Frari* el templo luctuoso,
dó de tantos ilustres venecianos
vela la Gloria el funeral reposo?—

¡Llora, sí, llora! Tu dolor es justo...
Libre fuiste, y te ves humilde sierva;
fuiste señora, y tu blason augusto
te arrebató la usurpacion proterva.

¡Llora tu agravio y tu dolor extremos,
pues vencida te ves y anciana y sola,
sin que al compas te cante de los remos
el gondolero amante barcarola!

¡Ya no alegran vistosas mascaradas
el *Gran Canal*, bogando en raudos giros,
ni resuenan lascivas carcajadas
bajo el Puente fatal de los *Suspiros!*

¡Ya no es tu Puerto el renombrado emporio
que el mundo entero á enriquecer venía;
ni ya celebra régio desposorio
tu Dux potente con la Mar bravía!

¡Ya no despides desde el yermo *Lido*
la Cruzada que parte en tus galeras,

ni en el átrio del Templo bendecido
su regreso triunfal gozosa esperas!

¡Llora, sí, llora, mísera viuda!...
El mar perdió tu anillo soberano,
y solitaria te quedaste y muda,
á merced del cruelísimo tirano.

¡Llora por tus calados monumentos,
que en las aguas reflejan sus ruinas,
como sombras que bajan de los vientos
á sumirse en las ondas cristalinas!

Llora, evocando la memoria grata
de tanto amor y plácidos festejos
como estas olas de movible plata
miraron de esa luna á los reflejos.

Gloria, riqueza, libertad y trono
perdiste, y extranjeros te desdoran...
¡Haces bien en llorar tanto abandono!...—
Pero tus hijos, reina, ¿por qué lloran?

¿Por qué, cruzadas las inermes manos,
van á gemir á tu materno seno?
Si hombres son y nacieron Venecianos,
¿por qué demandan patrocinio ajeno?

¿Qué libertad es esa que mendigan?
¿Cómo invocarla entre gemidos osan?
—¡Menguados! ¡Morid ántes que os maldigan
los que en las urnas de *San Juan* reposan!

De pueblos cien feroces y aguerridos
 fueron vuestros abuelos opresores...
 ¡y vivireis vosotros oprimidos!
 ¡y pavor os pondrán vuestros señores!

¡Despertad, vive Dios! ¡La dura lanza
 empuñen esas manos suplicantes!
 ¡Id, si no á la victoria, á la matanza!...
 ¿Qué os importa el morir, si matais ántes?

¿Sois pocos?—¡Por el cielo! ¿Cuántas vidas
 tiene cada mortal? ¿Cuántos alientos?—
 ¡Sois pocos! ¡Los Trescientos de Leonidas
 no eran más, y murieron los trescientos!!

¡No hay libertad sin el honor! Un día
 la ley del Auxiliar truécase en yugo,
 y su altiva, forzosa compañía
 mancha más que la mano del verdugo.

Venecia esclava, en el humano seno,
 si no entusiasmo, compasion despierta...
 ¡Venecia libre con auxilio ajeno,
 será la tumba de una raza muerta!

Venecia.—1860.

R O M A .

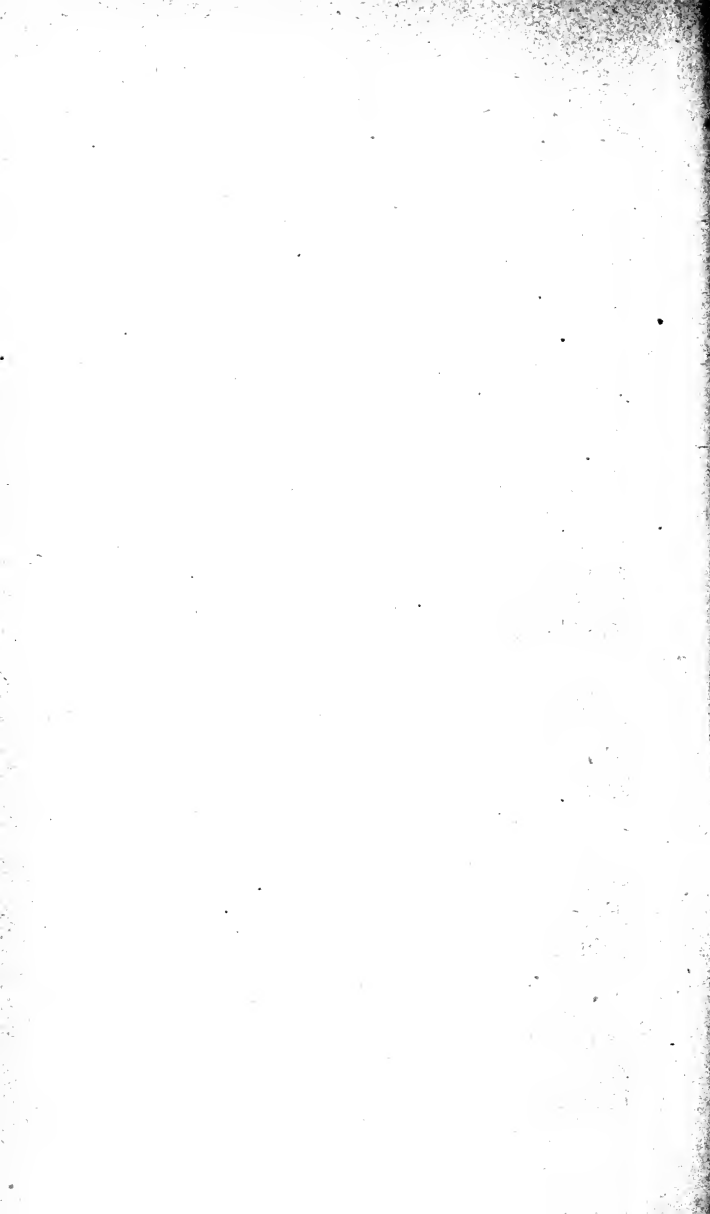
SONETO.

¡Sólo tú por dos veces el imperio,
oh Roma, has ejercido en las edades!
¡Sólo tú de dos ínclitas ciudades
envuelves en la púrpura el misterio!

Dos veces asombrado el hemisferio
contempló tu grandeza ó tus maldades,
segun fueron del orbe potestades
Leon ó Borgia, César ó Tiberio.

De Persépolis, Nínive y Cartago
no queda más que fúnebres ruinas,
cálida arena y solitarias palmas:
y tú, inmortal en medio del estrago,
al perecer las águilas latinas,
conquistaste el imperio de las almas!

Roma.—1860.



DESDE EL VESUBIO.

¡A dónde voy?—¡Ay triste!.. Ya me aterra
aquesta agitacion, a queste anhelo...
¿Qué busco en las entrañas de la tierra?
¿Qué busqué ayer en la region del cielo?

Ayer mis pasos la nevada cumbre
profanaban del cándido *Mont-Blanc*...
¡Hoy huellan de los cráteres la lumbre
sobre la rota frente del volcan!

Ayer... doquiera paz y hielo eterno,
sepulcral inaccion, silencio mudo...
¡Hoy... el fragor y el fuego del infierno
y los bramidos del Titan sañado!

Allí... la muerte con su faz helada,
con su santa quietud y su dulzura...
Aquí... la vida con su voz airada,
la pasion con su horrible calentura!

Y aquí y allí... pavor, misterio ignoto...
la misma pena, igual devastacion!..
Dejé la Nada, y hallo el Terremoto...
¡Allí el no ser; aquí la destruccion!

¿A dónde voy? ¡Ay triste! ¡Ya me aterra
el temerario afan de aqueste anhelo!
¿Por qué febril me alejo de la tierra?
¿Qué busco en los abismos ó en el cielo?

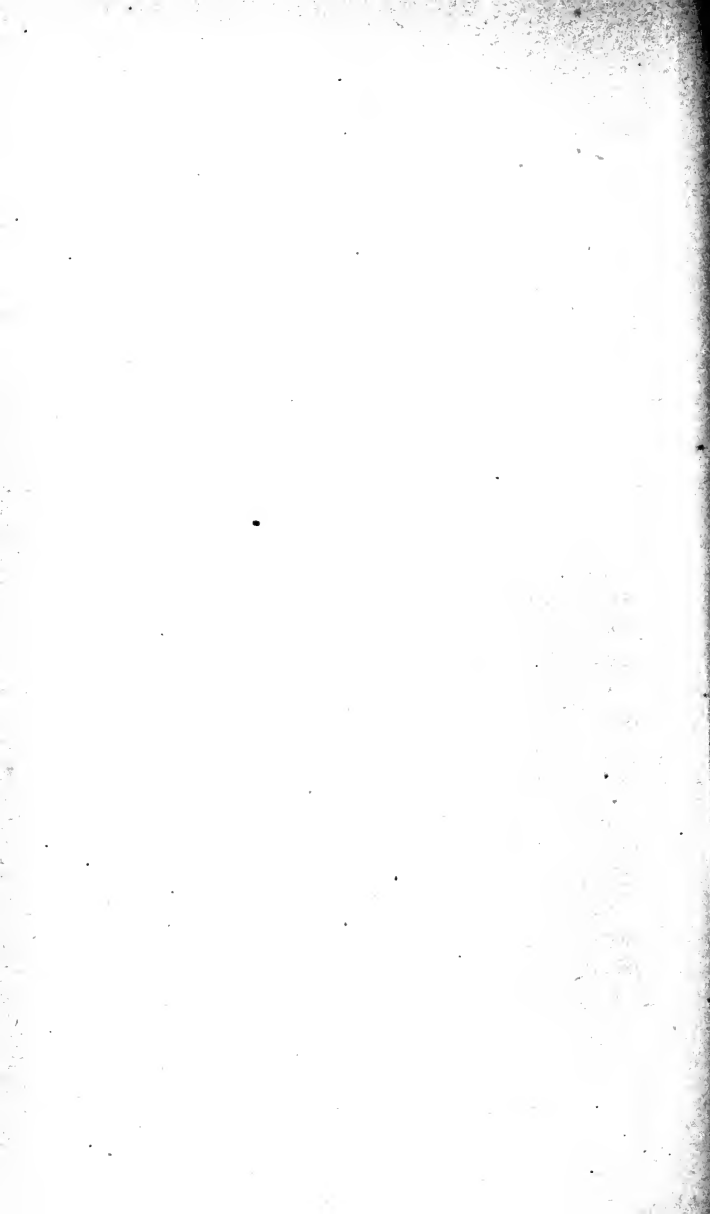
Nápoles.—1861.

Á POMPEYA.

Dies iræ.

Cuando amanezca el iracundo día
que en la mente de Dios leyó el Profeta,
y, al agrio són de la final trompeta,
abandone de Adam la raza impía
ora el sosiego de la huesa fría,
ora los lares de la vida inquieta,
y pase el Juicio extremo, y del planeta
quede la extensa faz muda y vacía,
no será tan horrendo y pavoroso
encontrar por doquier huellas del hombre
y ni un hombre en campiñas ni en ciudades,
como hoy verte, sin vida ni reposo,
desierta y mancillada por tu nombre,
expíar ¡oh Pompeya! tus maldades.

Pompeya.—1861.



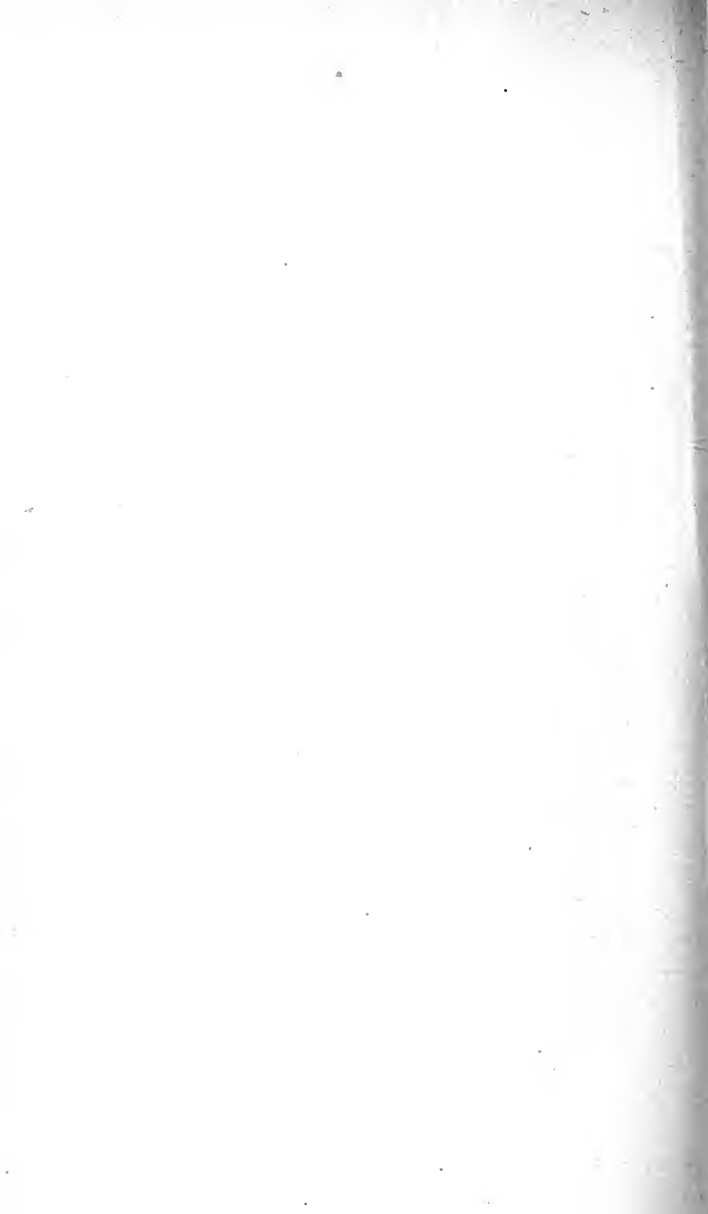
A ALFONSO XII.

¡ALFONSO! ¡Hijo de España! ¡llega! ¡mira!
¡contempla el haz de tu nativo suelo!—
¡Doquier devastacion y sangre y duelo,
frutos de la soberbia y la mentira!

Cundieron los incendios de la ira
de América al Pirene en raudo vuelo,
y, escándalo del mundo, horror del Cielo,
arde la Patria cual inmensa pira.

¡Oh! llega, nuevo ALFONSO, y á tu nombre
cesen los ódios en que hierve España...
¡Sé tú de amor y de justicia prenda;
soldado y rey que al universo asombre;
rayo en la lid contra invasion extraña;
iris de paz en la civil contienda!

Enero de 1875.



EN EL MULADAR.

SONETO.

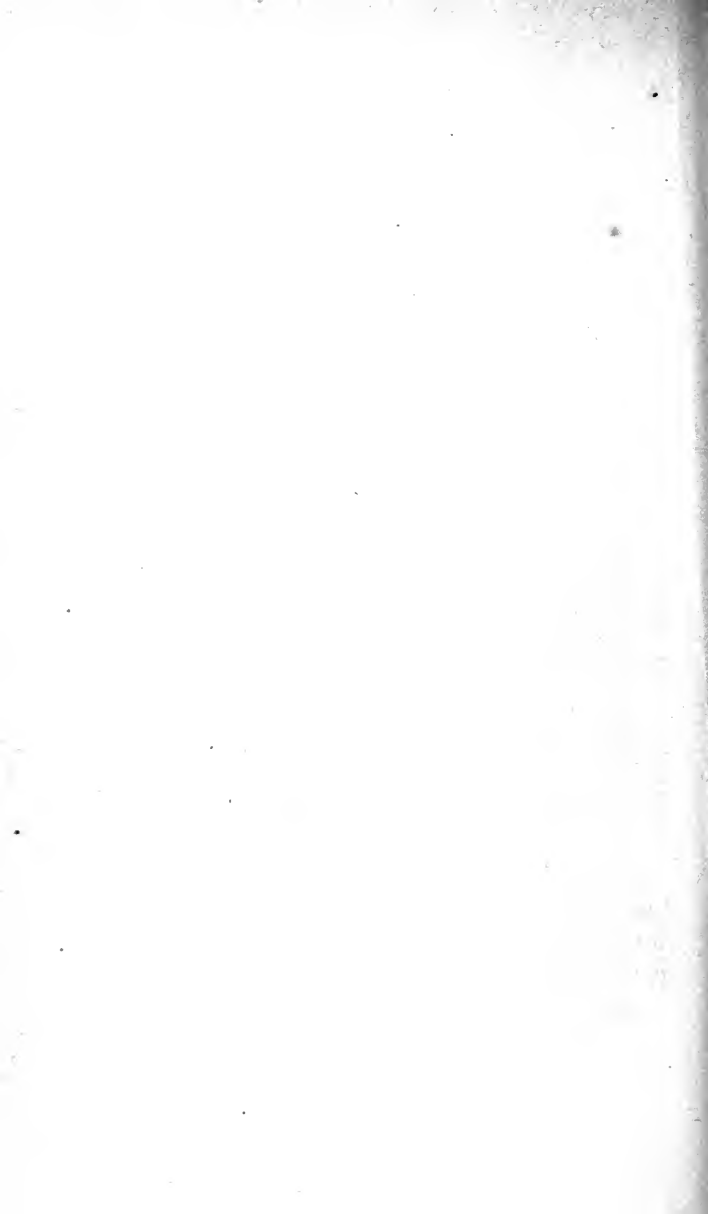
Mendigo: tu blasfemia me estremece...
Deja que olvide á Dios el venturoso;
pero tu labio hambriento y asqueroso
con renovada fe bendiga y rece.

Todo, ménos su Dios, le pertenece
al opulento, sano y poderoso,
y el pobre, miserable y haraposo,
de todo, excepto de su Dios, carece.

Dios es al cabo el único enemigo
del vano, del audaz, del sibarita,
y la sola esperanza, el solo amigo
de quien llora, padece y necesita...

¡Sin Dios, el universo se anonada!

¡Sin Dios, el rico es Dios, y el pobre nada!



DIOS.

¡Dios de los mundos! ¿cómo no cantarte,
si llena está mi alma de tu nombre?—

¡Dios de la eternidad! ¿cómo nombrarte,
cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

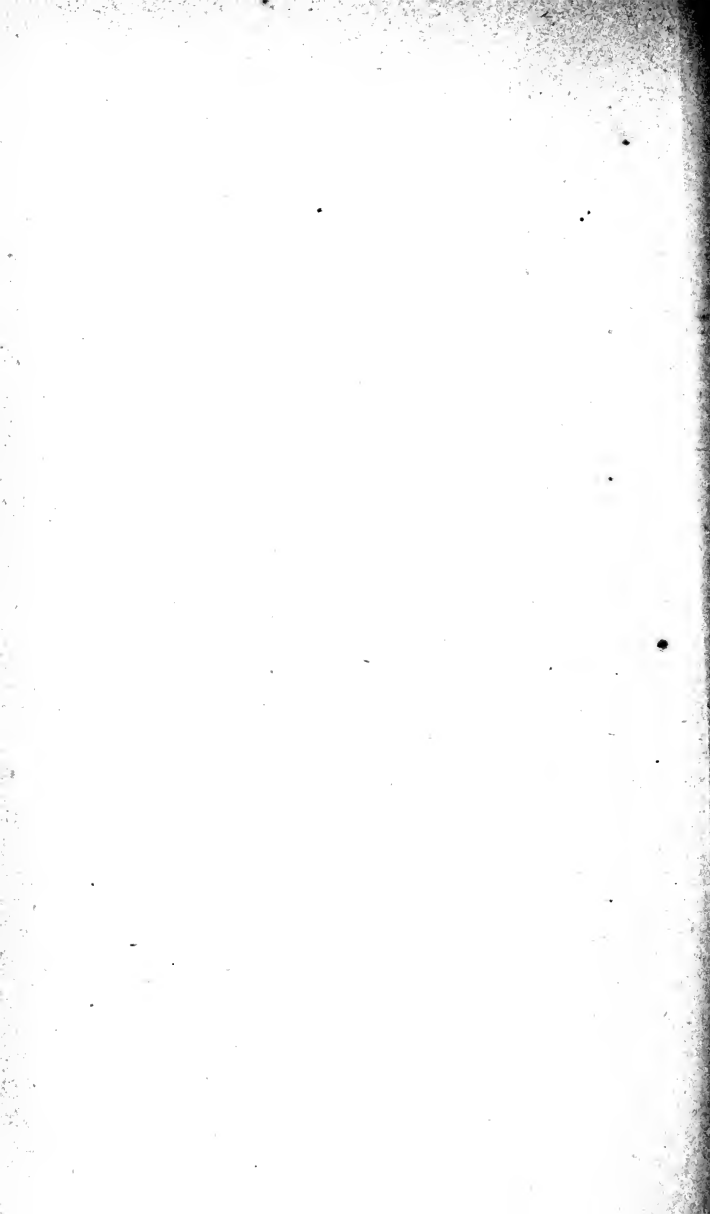
¡Oh sumo Dios! El alma que me diste
ni callar ni cantar tu nombre osa...

¡Sólo sabe ofrecerte el llanto triste
que de este pobre corazón rebosa!

¡Llanto de amor, que en su amargura encierra
á la vez la desdicha y el consuelo!

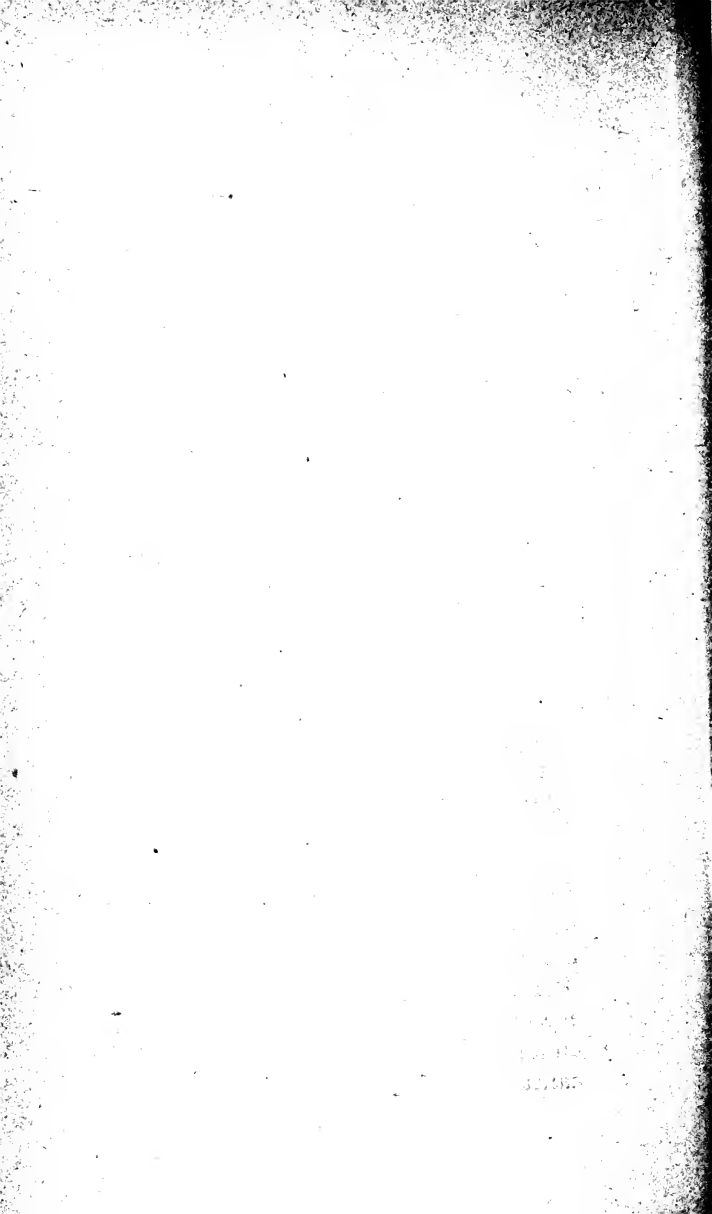
¡Inmenso amor, sin Término en la tierra,
que, ansioso de su Bien, aspira al cielo!

1867.



LIBRO II.

LOS AMORES.



LAS NUBES.

¿Dó están agora aquellos claros ojos

.....

¿Dó está la blanca mano delicada?

.....

En la fria, desierta y dura tierra.

(GARCILASO.)

¡Qué bellas sois, oh nubes
del apacible otoño!

¡Qué leves vuestras alas
de púrpura y de oro!

¡Oh dulces compañeras
del triste que va solo
por los desiertos campos
llorando sus enojos!

¿Por qué cruzais vosotras
espacios luminosos
en tanto que la tierra
cansado yo recorro?

¡Qué gratos son al alma
 los tintes melancólicos
 con que velais del día
 los últimos sollozos!
 ¡Qué amigo es de mis penas
 aquese cielo lóbrego
 cuyos fulgores miro
 borrarse poco á poco!—
 ¡Así ví yo eclipsarse
 la luz de aquellos ojos
 que heló ya para siempre
 la muerte con su soplo!

¡Fugaces viajeras!
 Imágen vuestra somos
 los míseros mortales...
 ¡Así vamos nosotros
 en alas de los vientos
 á un fin seguro y próximo,
 la nada único origen,
 la muerte único polo!...
 ¡Así se desvanecen,
 tras un término corto,
 los fáciles engaños
 de nuestros sueños locos!

¡Morir! ¡dulce esperanza!
 ¡deleite misterioso!...
 ¡Morir! ¡único puerto
 del mar en que zozobro!
 ¡Predestinado instante
 de recobrar el trono

que el alma echa de ménos
entre el humano lodo!
¡De libertad y dicha
hora que espero ansioso
para volar al lado
de la que muerta adoro!

¡Oh plácido consuelo!—
Tal es, tal es el solo
que réstale á mi espíritu
en este valle hondo,
donde mi ausente amiga
dejóme en abandono,
sin más que sus recuerdos,
sin más que mis enojos!
Llevadme ¡oh, sí! llevadme
nubes de fuego y ópalo;
llevadme en vuestras alas
al mundo por que lloro!

De la terrestre atmósfera
desparezcamos pronto,
cual disipada esencia
que huyó del frágil pomo:
crucemos por el éter,
cual raudo meteoro;
dejemos á los astros
girar del mundo en torno:
lleguemos al Empíreo,
y ante el Divino Sólío
postrémonos, deshechos
en lágrimas de gozo!—

Mas ¡ay!... la negra noche
borró vuestros contornos...
¡Tambien me abandonais
á solas con mi lloro!
¡Ya habeis desaparecido
cual sueño vagaroso...
cual aves pasajeras...
cual desaparece todo!—
¡Oh nubes disipadas
del apacible otoño,
llevad mis pensamientos
á la que muerta adoro!

Guadix, 1853.

HISTORIA INVEROSÍMIL.

Leves los años pasarán, Marquesa ..
 ¡Vaya si pasarán!... ¡Pasaron tantos!
 Fria ceniza, pálida pavesa
 pronto serán del alma los encantos:
 las alegrías, llantos;
 los palacios, ruinas;
 fétido polvo los soberbios reyes;
 mómias las madres, tias las sobrinas
 y Licenciados los que estudian Leyes!

Tal es, Marquesa, de la triste vida
 la suerte universal... Tal es, Marquesa,
 la vida del amor...; y convencida
 vas á quedar de que tu suerte es esa.

Para tamaña empresa,
 no haré mencion de históricas verdades.
 llenas de natural filosofía...:
 que, en asuntos de amor y de poesía,
 se prueba mucho más con falsedades.

—Con falsedades probaré la nada
de todo humano afecto; y un apólogo
te diré, inocentísima coqueta,
que Dios es Dios, Mahoma su profeta,
y el amor humo vano.—Fin del prólogo.

Amaba una laguna
á la inocente luna:
el astro aparecía,
y el agua sonreía:
y la luz y la onda se besaban;
y la onda en la luz se embebecía,
y unidas á la orilla caminaban.

Al despuntar la aurora
se iba la luna, y el amante lago,
gimiendo hora tras hora,
alzaba al cielo su sollozo vago,
ó ronco y turbulento
lanzaba gritos de dolor al viento.

En coloquios de amor, plácidamente,
pasó el cuarto *creciente*,
ó la *luna de miel*, que álguien diría;
pero llegó el *menguante*,
y la luna inconstante...
(perdona si la ofendo, prenda mia)
rayaba en el Oriente,
cada vez más hermosa y trasparente...
¡ay, sí; pero más tarde cada día!

Y era que la *paloma del misterio*
(como dijera en tiempo de mis tios
algun poeta melencólico y serio)
se había aficionado á otro hemisferio

rico en lagunas, abundante en rios.
 Y allí, jugueteando,
 sus luces en mil aguas repartia,
 lisonjeros cristales contemplando,
 y á veces perezosa se dormia
 de arroyo adulador al eco blando...
 —*Et c'est pour ça* que el argentado coche
 de la mudable ninfa,
 llegaba al márgen de la inquieta linfa
 más tarde cada noche.—

Cruel he sido acaso,
 cruel y hasta indiscreto,
 dicho sea de paso,
 de una deidad contándote el secreto.
 Pero sabe que yo y la blanca luna
 (*la blanca luna y yo* fuera más culto)
 tenemos muchas cuentas atrasadas,
 pues su luz apacible y amorosa
 me ha jugado también *malas pasadas*,
 como suele decirse... hablando en prosa.
 ¡Tiernas memorias y rencor oculto
 despiertan en mi pecho sus miradas,
 y el recuerdo insepulto
 evocan de venturas malogradas!

¡La luna! ¡Cuántas veces mi deseo
 aduló lisonjera,
 fingiendo al alma en dulce devaneo
 dichas que huyeron cual fugaz quimera.
 ¡Oh, cuántas, cuántas alumbró tranquila
 mi plácida ilusion, rielando ardiente
 de una mujer amante en la pupila,

y despues, con qué muda indiferencia
alumbrió su callada sepultura,
dejándome á la luna de Valencia!—

(Hermosa, ten paciencia,
si por hablar de mí, dejé mi historia;
pero mi pobre y destemplada lira
tan pronto toca á muerto como á gloria;
ora rie, ora canta, ora suspira;
y, como digo en la dedicatoria,
suspiro, risa y canto son mentira.)

Con que vuelvo á mi cuento.—

El astro macilento
aún acudia á sus amantes citas;
¡ay! pero cada noche eran más tarde,
y, por tanto, más cortas sus visitas.—
(¡Aprended, señoritas!)

Ya al sombrío oleaje
no alcanzaban sus cándidos reflejos:
sólo la fimbria de nevado encaje
de su púdica veste
veíase á lo léjos
en el confin de la region celeste.

¡Ay soñados amores!
¡ay cuitada laguna!

Así, flotando en duda y esperanza,
pasó una noche y otra: llegó una
que no vió fulgurar en lontananza
la pura faz de la menguada luna,
y, en noche oscura, lóbregas las olas,
velaron tristes con su pena á solas.—

«Nadie muere de amores...»

—dicen de nuestro siglo los doctores.—

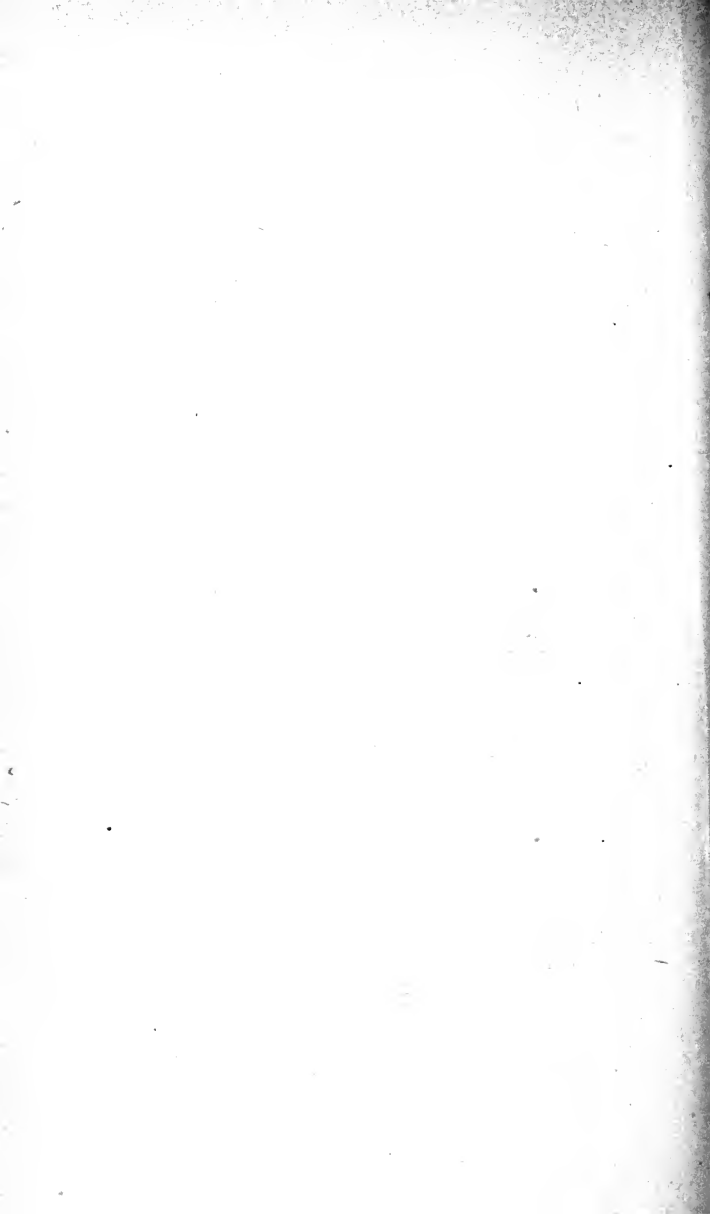
Mas, cuando bien se quiere,
muere el alma de amor, ó el amor muere;
¡y debe ser incómodo, por cierto,
llevar siempre en el alma un amor muerto!—

El tiempo— ave sin nombre,
que huye espantada al respirar el hombre
(tal diria un cantor grandilocuente),—
con su presencia impía
hizo llorar tres veces á la aurora...
(¡oh pájaro inclemente!),
y otras tres apagó la luz del dia.

Era esá dulce, bendecida hora,
que presagia el ocaso de la vida,
en que muere la flor, el cielo llora,
y se queja la selva estremecida...
La hora de los recuerdos inmortales,
de los vagos anhelos infinitos,
en que se alzan, cual ecos funerales,
de las ruinas del alma extraños gritos...

Era la tarde, en fin.—La luna nueva
brilló en el cielo, y los amantes ojos
dirigió á la laguna;
mas sólo un valle de aridez y abrojos
encontró en su lugar la nueva luna...—

El lago abandonado,
á fuerza de llorar... se habia secado!



UNA NIÑA MENOS.

A la vuelta de las viñas,
de las viñas de mi pueblo,
Dolores se quedó atrás,
sola con sus pensamientos.

Delante iban mis hermanas
cantando, hablando, riendo...;
y yo me acerqué á Dolores
y la contemplé en silencio.

No era ya la alegre niña
que me despidió con besos,
y que en mis brazos durmióse,
fatigada de sus juegos...

Triste y muda la encontraba...
bajaba sus ojos negros...
y respeto me infundia
su voluptuoso cuerpo.

Juntos por los olivares
 caminamos mucho tiempo:
 la soledad nos cercaba...
 y la tarde iba cayendo.

—«*Dolores* (le dije entónces):
 ¿*Cuántos años tienes?*»—«*Tengo*
 (me respondió avergonzada)
diez y seis años y medio.»

Y volvimos á callar,
 y salió el primer lucero,
 y el canto de mis hermanas
 sonaba léjos, muy léjos.

Dolores lloró mi ausencia...
 y quiso á otros hombres luégo.—
 Despues estuvo casada...—
 Hoy me aseguran que ha muerto...—
 ¡Recuerdo cuando me dijo:
 —«*Tú me miraste el primero,*
y desde aquella mirada
existió una niña ménos!»

Madrid, 1864.

SUEÑOS DE SUEÑOS.

Vine á verte, y dormias;
y dormias tan muda y mansamente,
que una rosa cerrada parecias.

Era la siesta.—La morisca fuente,
sola en el patio, conturbaba apénas
la quietud de las anchas galerías
de fresca sombra y de silencio llenas.
Las aves en sus jaulas; el ambiente,
embargado entre opacas celosías;
el perro fiel y el gato negligente
reposaban tambien...—Calma y pereza
era todo en redor...—Tan sólo el vuelo
del zumbador insecto recordaba
que el sol, en tanto, vívido lanzaba
mares de lumbre desde el alto cielo!

He dicho que dormias;
y dormias tan muda y mansamente,
que una rosa *cerrada* parecias.

Dormias..., y, aunque amante desdeñado,
próximo alguna vez á aborrecerte,
te admiré en aquel sueño sosegado...
¡sin desear que fuera el de la muerte!
Quizás más bien compadecí tu suerte,
y perdon te pedí de mis antojos...
—«¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?
¿Culpa es acaso de su mansa vida
inspirarme este amor que le da enojos?
¿Obra fué de sus ojos,
ó de los míos mi fatal herida?
—¡Obra mía no más! Yo soy el reo...
Ella bajó la vista por no verme...
Ella torna la faz cuando la veo...
—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita, duerme...
que, diga lo que quiera mi deseo,
obligacion no tienes de quererme!»

En esto un aye leve y fugitivo
lanzaste al modo de suspiro tierno,
y parecióme que tu pecho esquivo,
cándido y frio como helado invierno,
se entreabria al cariñoso rayo
que en tí fijaban mis amantes ojos,
como su cáliz de matices rojos
entreabre una rosa al sol de Mayo.

Lo que quiere decir que, aunque dormias;

dormías tan turbada y tiernamente,
que una rosa *entreabierto* parecías.

¿Qué soñabas?— ¡Lo ví!... De mis pesares
al cabo condolida,
imaginabas de pasión y gloria
la que te ofrezco venturosa vida.
Suspensa, enternecida,
amorosa... (perdóname), soñabas
estar en brazos del amor prendida...
y de temor y gratitud llorabas,
y mi nombre, gimiendo, pronunciabas.
—¡Ay! aquel dulce, generoso llanto
cayó en mi corazón como el rocío
sobre el árida arena del desierto...
¡Nunca te he amado tanto!
¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,
mil veces con placer hubiera muerto!
—Por poco te despierto.

Perdónale este agravio
á tu propia locura,
y perdóname á mí si tal ventura
se atreve á pronunciar trémulo el labio...
Pero lo ví... Mi espíritu sin calma
era ya de tu espíritu un reflejo...
Toda tu alma se asomó á mi alma,
y en ella vióse como en claro espejo.—
¡Oh delicia cruel! Tu pecho ardía
en este amor que siempre desdeñaste...
Me nombrabas... llorabas... eras mía...
¡y á tí sola el ensueño te fingía

las dichas que despierta me negaste!...
 —¡Burla fué del destino
 aquel falso espectáculo halagüeño!..—
 No, pues, se ofenda tu pudor divino...
 ¡Yo sé que todo sueño es desatino,
 y el tuyo no pasó de ser un sueño!..

Pero ello es que dormias;
 y dormias tan dulce y blandamente,
 que ya una rosa *abierta* parecias.

La monótona fuente,
 única voz de la callada siesta,
 murmurando seguía
 su cántiga modesta,
 y, del toldo á la sombra,
 con mil líquidas perlas recamaba
 del verde césped la mullida alfombra.

Retratarte olvidaba.—
 Sobre un sofá dormias: una mano
 suave apoyo á tu cabeza daba,
 y el otro brazo lánguido colgaba,
 envidia siendo del cincel pagano.
 —Vestías una bata de verano.—
 Sobre tu frente pálida y serena
 la aureola de oro
 de un ángel tu cabello parecia:
 tus mejillas de rosa y azucena
 aún ostentaban del reciente lloro
 dos perlas que la aurora envidiaria,
 y el cándido tesoro

de tu inocencia púdica, que, aleve,
 indiscreto cendal diera al olvido,
 como palomas que el amor conmueve,
 palpitaba al compas incierto y breve
 de tu dichoso corazón dormido.

Tus puros labios, de caricias nido;
 tus dientes, gotas límpidas de hielo;
 tu lindo pié, soltando inadvertido
 el árabe chapin de terciopelo;
 todo era bello y tentador..., y todo
 me enajenó de modo...
 que hubiera dado por tu amor la vida,
 aún no siendo mi vida tan cuitada...
 —¡Ay! ¡tú, prenda adorada,
 no te has visto dormida!

¡Nunca tan hechicera
 me pareció tu angélica hermosura!
 ¡nunca tan noble y celestial!.. Y era
 que el amor le prestaba su dulzura...
 ¡era que amabas por la vez primera!

.....

Y ya eran frutos las que fueron flores:
 ó bien de nuestro amor nuevos cariños
 brotaban cual capullos seductores:
 ó, por mejor decir, nuestros amores
 se convertían en alegres niños...

.....

Y á todo esto dormías;
 y dormías tan quieta y hondamente,
 que una rosa *marchita* parecías.—

Tal soñaste..., y, en tanto,
la tarde deslizándose había ido
por la triste pendiente
de la sombra, el silencio y el olvido.
Y su velo tupido
tendía ya la noche; y el ambiente
agitaba sus alas bienhechoras...
mientras que murmuraba más sonoras
sus quejas melancólicas la fuente.

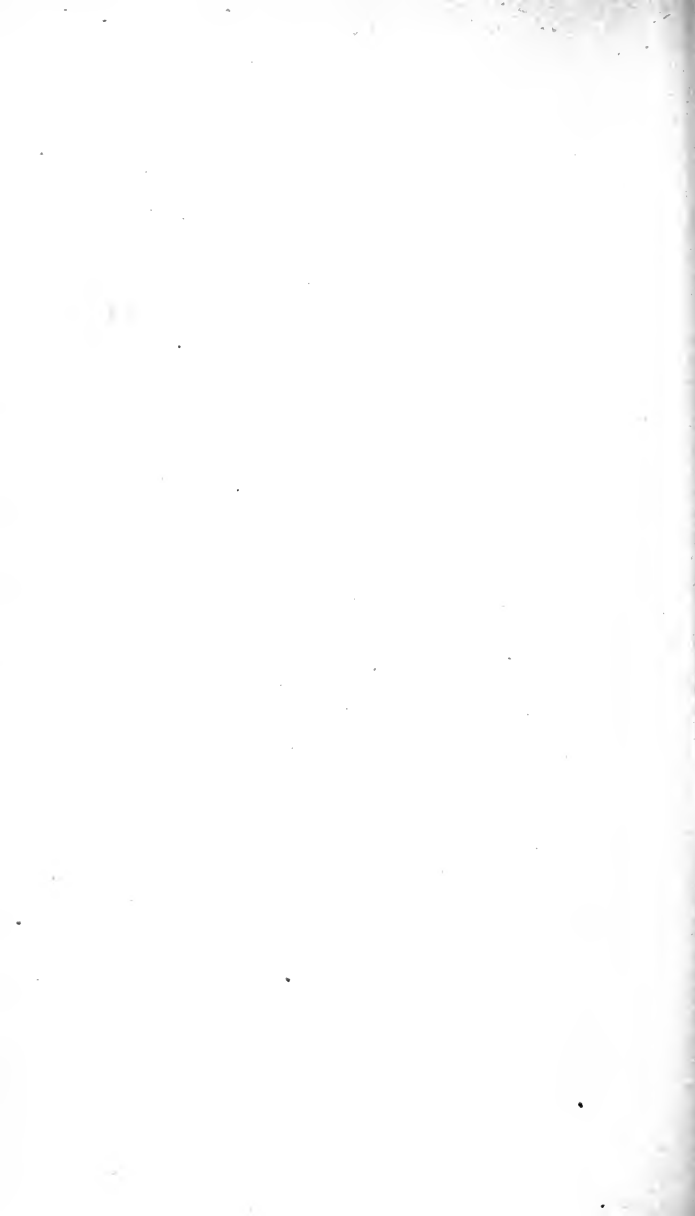
—Entonces *desperté*.— *Ya era de día*.—
Tu sueño recordé... Mas ¿dónde estabas?
¿dónde, mi bien, que ya no te veía?
—¡Ay, desdichado!; *Yo era el que dormía,*
y yo era el que soñaba que soñabas!!

1859.

BALADA.

De rodillas en la tumba,
en la tumba de mi padre,
amor eterno
hoy me juraste...

Si al juramento un día
faltas, cobarde,
—te lo ruego, amor mío,—
¡no pases por la tumba de mi padre!



PROFECÍA.

«Los bellos dias de Aranjuez pasaron.»

(SCHILLER.)

Noches vendrán cuya quietud grandiosa
no turbaremos ya... ¡Noches de olvido!
Sólo la blanca Luna silenciosa
sabr  lo que yo siento y tú has sentido.
Y al ver mi nombre en funeraria losa,
y en otra ¡ay Dios! tu nombre fementido,
nadie sospechar  que *aquel finado*
vivió de *aquella muerta* enamorado.

Pero la luna, al reflejar su rayo
de nuestras tumbas en el mármol frio,
las tardes ¡ay! recordar  de Mayo
en que tu nombre, unido con el mio,

extendieron con plácido desmayo
las brisas por las márgenes de un río...
Y la Luna dirá:—«Jóvenes fueron:
«él la amó demasiado..., y se murieron.»

1862.

POR VIA DE EPITALAMIO.

Por un puñado de oro...,
como á vil esclavo un moro,
cual Júdas al Redentor...
¡oh, tú, la sola que adoro,
me has vendido y á mi amor!

Mi amor y yo—no lo niegues—
éramos tuyos... Más *él*
hará que en oro te anegues
con tal de que nos entregues...
—¡y nos entregas, infiel!

¡Por tan mezquino tesoro
nos das á mi amor y á mí!..
—¡á mí, que tanto te adoro,
que todo un mundo de oro
hubiera dado por tí!—

¡Quiera Dios que rica seas
cual no fué ningun mortal...;
que *oro* por doquiera veas...,
y todo lo que poseas
se trueque en áureo metal!

Y que yo arrastre una vida
miserable y escondida;
que de hambre y dolor suspire...
¡y que, en todo lo que mire,
tu imágen halle esculpida!

Que el pan que de puerta en puerta
logre tras ruegos prolijos,
en tu sombra se convierta...,
y, en cambio, tengan tus hijos
de *oro* el alma.., —dura y yerta!

Que si algun dia los ves
reverentes á tus piés,
comprendas en el momento,
que los llevó el fingimiento
en alas del interés...

Y que, por verlos amantes,
de perlas y de brillantes
les den tus manos un rio...
¡y no resulten bastantes
para vencer su desvío!

Que entónces logres llorar,
y no acudan á tu lloro...

¡y suspires al mirar
que son para tu pesar
insensibles como el oro!

Que, cuanto más tú los quieras,
ménos hagan por pagarte,
y, en tus horas postrimeras,
pidan á Dios que te mueras,
impacientes de heredartè.

Y que, al mirarlos así,
pienses entónces en mí,
que de balde te queria...,
y oigas decir: «¡*Todavía...
todavía piensa en tí!*»

1863.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880

1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890

FRANCESCA E PAOLO.

I.

Vestida de luto, Francesca de Rímini
preside el funesto banquete nupcial.—
¡Amores de Italia!—Vestido de púrpura,
su esposo la mira y halaga el puñal.—

¡Fatídica boda! Francesca está pálida...;
que há tiempo á la guerra partióse un doncel...
y acaso se amaban, y es vírgen y adúltera...
y, más que en su esposo, pensando está en él!

II.

Vestida de gala, Francesca de Rímini
preside otra fiesta dichosa y fatal.—
De plácidas bodas ¿por qué el velo cíñese,
si está allí su esposo, ceñido el puñal?

Su esposo, el deforme Lanciotto de Rávena,
 celebra la vuelta del noble doncel.—
 Paolo se llama, y hermano es del Príncipe...
 ¡Su hermano..., y Francesca suspira por él!

III.

Vestida de blanco, Francesca de Rímini
 de un túmulo ocupa la cama ducal,
 y vese al vislumbre de fúnebres lámparas
 clavada en su pecho la cruz de un puñal.—

¡Amores de Italia!—Al pié de aquel túmulo
 reposa el cadáver del noble doncel,
 sin hierro en la herida...;—que el *Tigre de Rávena*,
 primero que el de ella, pasó el pecho de él!

1864.

DEVOLVIÉNDOLE SU ALBUM,

SIN HABER ESCRITO EN ÉL.

¡Me pones en las manos la dorada
cítara del amor, mujer impía!
¿Por qué, por qué de un alma resignada
buscas la dolorosa melodía?

¿Por qué quieres oír lo que no ignoras,
si yo no te pregunto lo que sé?
¿Por qué la herida hurgar que á todas horas
mana sangre... y que siempre te oculté?

¡Ay! de tu amor la ráfaga postrera
aún en mi muerto corazón fulgura,
como flor que renace en primavera
sobre una abandonada sepultura...

¡Sí! pérfida... te adoro todavía,
y tú misma... tú misma desechar
no habrás podido aquel amor que un día
no supiste en tus lágrimas ahogar.

¡Sí! nos amamos...; que tu acción infame
matar pudo la dicha, no el amor,
y, aunque necio rival suya te llame,
tú no eres más que mía y del dolor!

Deja, pues, deja al corazón herido
que á solas viva con su bien soñado...
¡Así jamás lo llorará perdido,
si bien jamás lo gozará logrado!

1864.

NUEVOS DATOS

PARA LA HISTORIA DE UNOS AMORES CÉLEBRES.

Lucía era tiple,
y Edgardo tenor:
lo cual ignoraba
Sir Walter Scott.

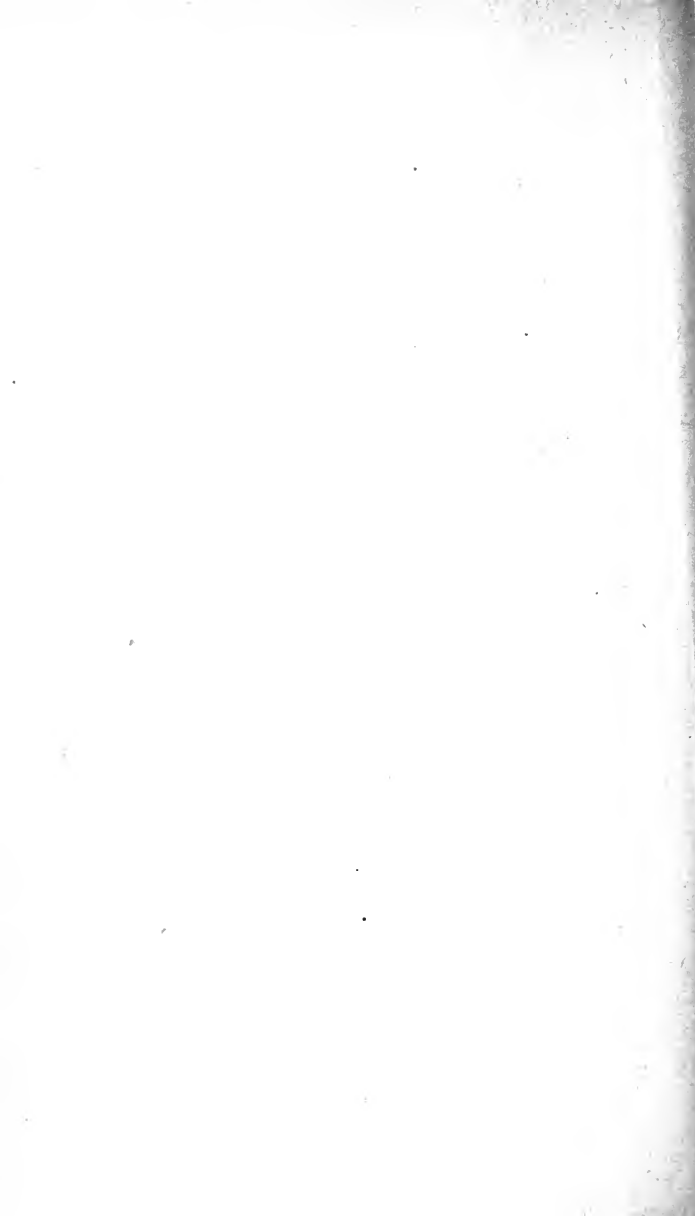
AL VOLVER UNA ESQUINA.

DRAMA EN UN ACTO.

—¿Tienes el alma, niña,
como la cara?

—Yo, señor caballero,
no tengo alma.

(La Policía interrumpe el diálogo.)



ESSE, FUISSE, FORE...

(IMPROVISACION EN UNA ORGÍA.)

Momentos tiene la vida
en que el alma nos ahoga,
y en que la razon, vencida,
por los espacios perdida,
náufraga, demente boga...

Momentos en que sentimos
ánias que no comprendemos,
penas que nunca sufrimos,
recuerdos que no tenemos
de dichas que no tuvimos.

En tan inmensa ilusion,
mundos extraños divisa
la inquieta imaginacion...
¡trípode es el corazon
y el alma la pitonisa!

Y unos séres ignorados,
muertos ó que no han nacido,
nos hablan de hechos soñados,
por la esperanza forjados,
ó envueltos en el olvido.

Y esos hechos singulares
y esos semblantes ignotos
nos parecen familiares,
como recuerdos remotos
de desconocidos lares...

Imágenes son quizá
de un *ayer* que el hombre vió,
ó un *mañana* que verá;
de otra vida que pasó
ú otra vida que vendrá.

Y, de una y otra manera,
son la negacion patente
de esta vida pasajera;
de este soñado *presente*
que al par *recuerda y espera*.

¡La negacion de este sér
que por *lo que fué* se afana
ó por *lo que habrá de ser...*;
triste *hoy*, que anhela el *mañana*
para trocarlo en *ayer!*

¡Dadme vino! ¡dadme sueño!
¡dadme muerte! ¡dadme olvido!

¡Cese ya este loco empeño
en que el hombre nunca es dueño
del *presente* apetecido!

¡O dadme vida mejor,
en que, clavada la rueda
del tiempo devastador,
gozar sin recelo pueda
eternidades de amor!

¡Dadme esa vida que veo
al traves de aquesta vida!...
¡Dadme esa vida en que creo...;
esa vida que deseo
como una gloria perdida!

¡Dadme la vida inmortal!...
y, si esto es mucho pedir,
prosiga la bacanal...
y en este frágil cristal
escanciadme el porvenir!



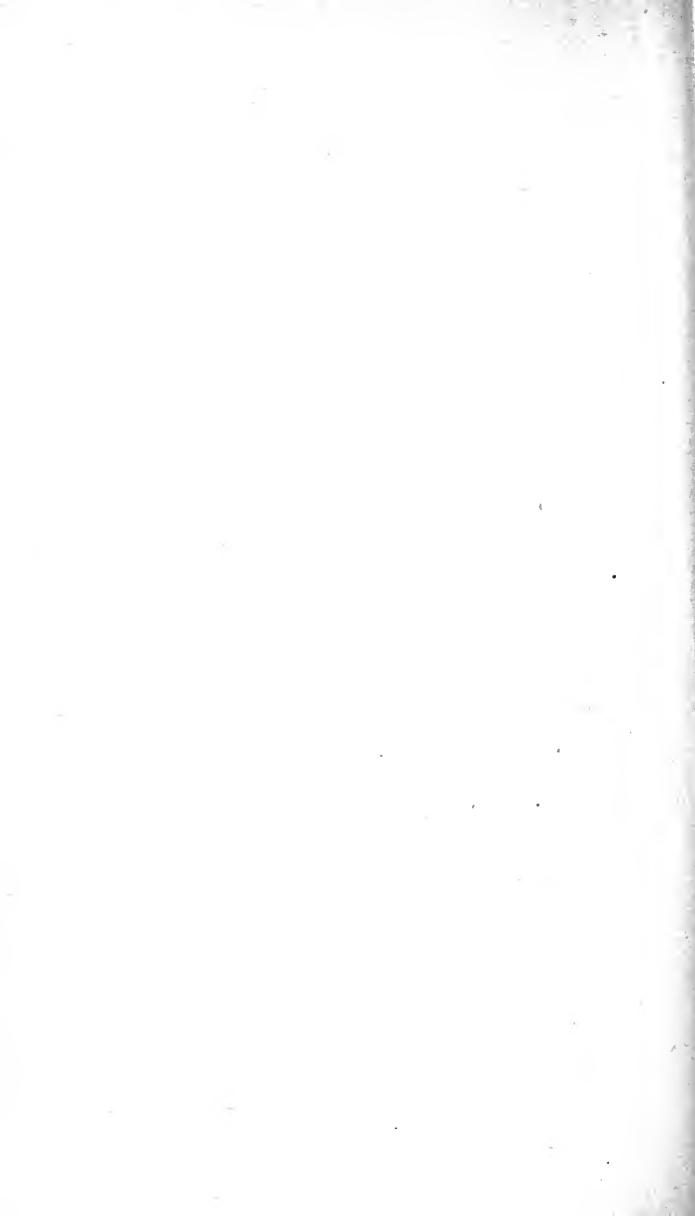
ADIOS AL VINO.

No más, no más en piélagos de vino
sepultaré, insensato, mis dolores,
velando con quiméricos vapores
de la razon el resplandor divino.

No más, hurtando el rostro á mi destino,
pediré á la locura sus favores,
ni, ceñido de pámpanos y flores,
dormiré de la muerte en el camino.

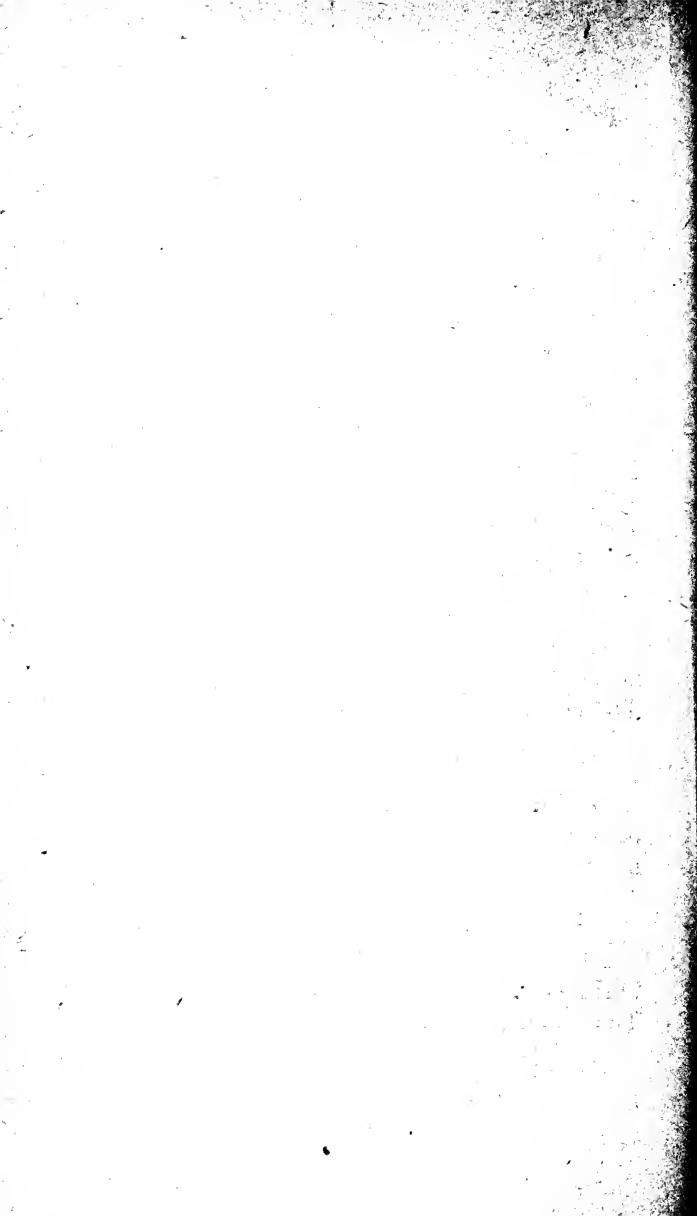
Arrepentido estoy de haber hollado,
vate indigno, con planta entorpecida,
el laurel inmortal y el áurea ropa...

¡Néctar fatal, licor envenenado,
acepta, al recibir mi despedida,
el bríndis postrimer...—¡Llenad mi copa!



SINFONÍA.

Tiene los ojos negros.
ojos de luto...
¡Mi corazón lo lleva
desde que es suyo!



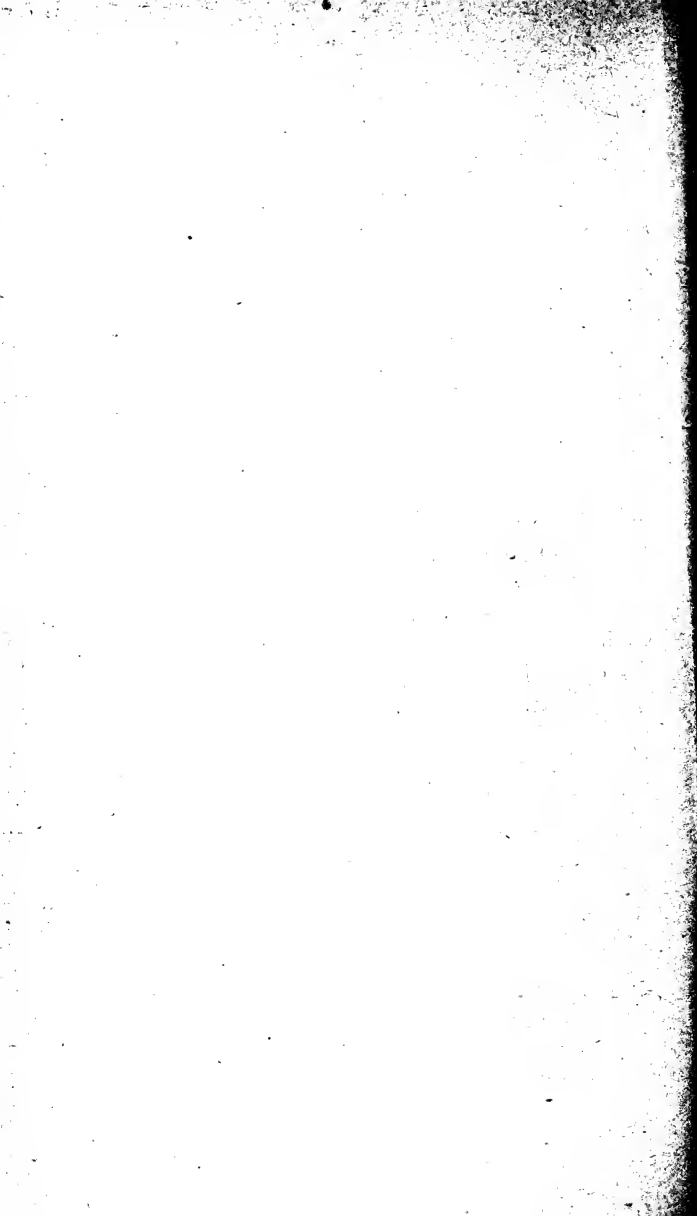
AMOR IMPOSIBLE.

¡Qué gozosa mañana! ¡cuán alegre
el sol triunfante elévase al cenit!
No hay en el ancho espacio ni una nube...
¡y en nuestras almas sí!

Fúndese el hielo, resplandece el aire,
brillan los campos á la luz del sol...
Todo rie en los cielos y en la tierra...
¡y nuestras almas nó!

Vendrá la Primavera, y sus halagos
no negará á los bosques ni al pensil,
ni á las aves, ni al áura, ni á las flores,
¡y á nuestras almas sí!

Todos los séres que el amor inspira,
libres y ufanos gozarán su amor...
Todos colmado mirarán su anhelo...
¡y nuestras almas nó!



¡NUNCA SOLOS!

El y Ella (únicos nombres
que pueden darse *ella* y *él* ·
cuando piensan uno en otro—
lo que á todas horas es)...,

años há que, desde el alba
hasta el tardo oscurecer
(hora mística y solemne
en que saben que se ven),

ajenos de los humanos
al loco y vano tropel,
en ocio mortal sumidos
y desdeñosa mudez,

las lentas horas del dia
cuentan con ánsia cruel,
—«*Vendrá*» meditando *ella*,
y *él* repitiéndose:—«*Iré.*»

Y años há que cada noche
juntos al cabo se ven,
(sentados entre otras gentes,
que, alrededor de un quinqué,

no se aburren..., porque nunca
vieron su vida cual es,
y estorbando ajenas dichas
cumplen su síno tal vez),

sin lograr los dos amantes
contemplarse á su placer,
ni cruzar otra palabra
que algun hipócrita «usted.»

Nadie su secreto sabe...
Nadie lo debe saber...
¡Ellos mismos no han podido
pruebas darse de su fe!

¡Nunca están solos! Sus almas
jamás templaron la sed
que sienten de confundirse
en un beso de embriaguez.

Siempre se ven rodeados
por aquel mundo cruel,
que los separa, y envuelve
de la rutina en la red,

frustrando todas sus dichas,
y malogrando su bien,

cual triste viento de otoño
seca el florido verjel.

Siempre se vieron así,
y siempre así se han de ver,
sin probar de sus amores
otra cosa que la hiel;

sin exhalar un suspiro,
ni una lágrima verter;
tristes, mudos, aterrados,
como reos ante un juez.

Hora tras hora así pasan
tan sólo en verlas correr,
y en escuchar los latidos
de sus pechos, á los que

responde una vieja péndola
colgada en una pared,
diciendo: «*Se irá la noche
como el día ya se fué;*

*y hoy sois tan desventurados
como lo fuisteis ayer,
como lo sereis mañana,
y siempre, siempre tal vez!*

Y llega la media noche;
y termina la *soirée*;
y «¡adios!» le dice él á ella,
«¡adios!» le dice ella á él...

Y ya no vuelven á verse
hasta que, el dia despues,
reemplaza á la luz del sol
la triste luz del quinqué.

TÁNTALO.

¡Cuándo, mi dulce bien, podremos vernos
en mis pupilas tú, yo en tus pupilas,
y ahogar suspiros con suspiros tiernos,
y en amorosas pláticas tranquilas
pasar instantes de ilusion eternos!

¡Cuándo seremos libres cual las aves,
libres como los céfiros süaves,
como las amapolas en los trigos,
sin que tutores ni parientes graves
nos acechen cual fieros enemigos!

¡Cuándo vendrán los bonancibles dias
y las de amor y paz noches serenas,
en que, unidas tus manos y las mias,
para colmo de *halladas* alegrías,
conmemoremos las *antiguas* penas!

¡Ah! ¡nunca! que el destino en sus rigores
me condenó de Tántalo al tormento,
y he de ver de tus ojos los favores,
sin que jamás mi corazón sediento
goce el vedado bien de tus amores.

COPLAS.

Sale el sol, y no te veo...
Ocúltase, y no te he visto...
—Si á esto remedio le llamas,
yo prefiero el daño mismo.

Me dices que no te vea,
para que olvide tu amor:—
¡Ay! los que pierden la vista
sólo piensan en el sol.

Sirviérame de consuelo
saber, cuando estoy ausente,
que el no verme te dolía
tanto como á mí no verte.

Antes que me lo dijeras,
conocí que me querias;
y siempre que te dejaba,
«*¡me quiere!*» diciendo iba.

Nunca olvidaré el instante
en que, con los labios secos,
pálida como una muerta,
me dijiste:—«*Sí: te quiero.*»

No me engañaste al decirme
que á mi amor correspondias...
¡Nadie miente por lograr
una corona de espinas!

¡Ojalá no me quisieras!...
que lo peor del infierno
no es abrasarse en sus llamas,
sino saber que hay un cielo.

De tanto fiero tormento
el que no puedo sufrir
es saber que algunas noches
llorarás pensando en mí.

¡Ojalá hubiera ignorado
que es mío tu corazón!
¡Los ciegos de nacimiento
no echan de menos el sol!

Si Dios pusiera en mi mano
olvidarte y ser feliz,

te juro que prefiriera
padecer pensando en tí.

Pensando en tí se me olvidan
gloria, fortuna, ambicion...
Por tí lo desprecio todo...
¿Quién tan rico como yo?

Nunca nos hemos besado,
y los dos tenemos boca,
y me quieres y te quiero,
y nos hemos visto á solas.

Díme: ¿qué piensas hacer
de la vida que nos resta?
¿Hemos de estar siempre así?
No me lo digas: no mientas.

Si es que piensas olvidarme,
no lo pienses; que te engañas.
Se olvida lo que se tuvo;
pero nunca una esperanza.

Para no amarnos es tarde:
para olvidarnos temprano.
Tuyo seré y serás mía...
Yo no sé cómo ni cuándo.

.
.
.
.

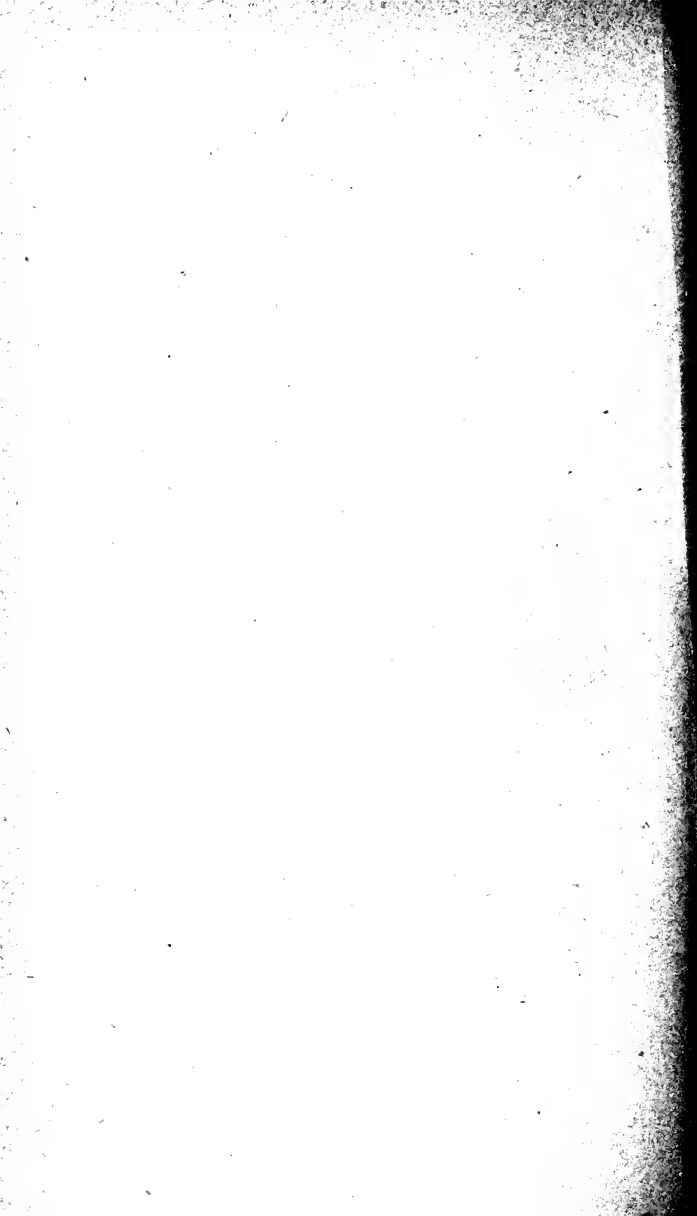
El día que tú te cases
y no te cases conmigo,
¡qué lástima le tendrá
el Amor á tu marido!

Á UN ECO.

(MADRIGAL.)

Eco de estas montañas, que sonoro
mis suspiros repites á los cielos:
si entre las quejas de mi amargo lloro
decir me oyeres: «*Flérída, te adoro...*»
¡calla por Dios, ó moriré de celos!

1856.



LA VÍSPERA.

«*Hasta mañana.*»—«*Júralo.*»—«*Lo juro.*»
¡Tal fué tu juramento!—«*Hasta mañana.*»
repetí yo temblando, hermosa mía.

Y, con la vista en el Oriente oscuro,
la noche lenta paso en mi ventana,
esperando la luz del nuevo día.

1857.

AYER TARDE.

Los álamos de aquel parque
perderán todas sus hojas,
y huirán á lejanas tierras
las aves que en ellos moran...

La escarcha secará el prado
que te vió conmigo á solas,
y un «adios» dará el Otoño
á sus flores melancólicas...

La llama del sol amigo
que iluminó aquellas horas,
mañana verá el invierno
trocada en fúnebre antorcha...

Se borrarán en la arena
tus breves huellas ¡oh diosa!
que yo seguí hasta encontrarte
del bosque en la oscura fronda...

Y la blanca nieve intacta
cubrirá la dura roca
en que amantes nos sentamos
á esperar la luna hermosa...

¡Todo mudará!...—y el tiempo
seguirá su marcha sorda...
Pasarán días tras días,
cual pasan olas tras olas...

De la vida el crudo invierno
vendrá con la edad traidora;
y morirán en el alma
bienes, cuitas y zozobras...

Y aún entónces, como estrellas
de un cielo de ardor y gloria,
relucirán en mi mente
las horas de ayer dichosas...

¡Aún fijos tendré y clavados
en el alma y la memoria
tus ojos negros y ardientes
como una cita en la sombra!

1857.

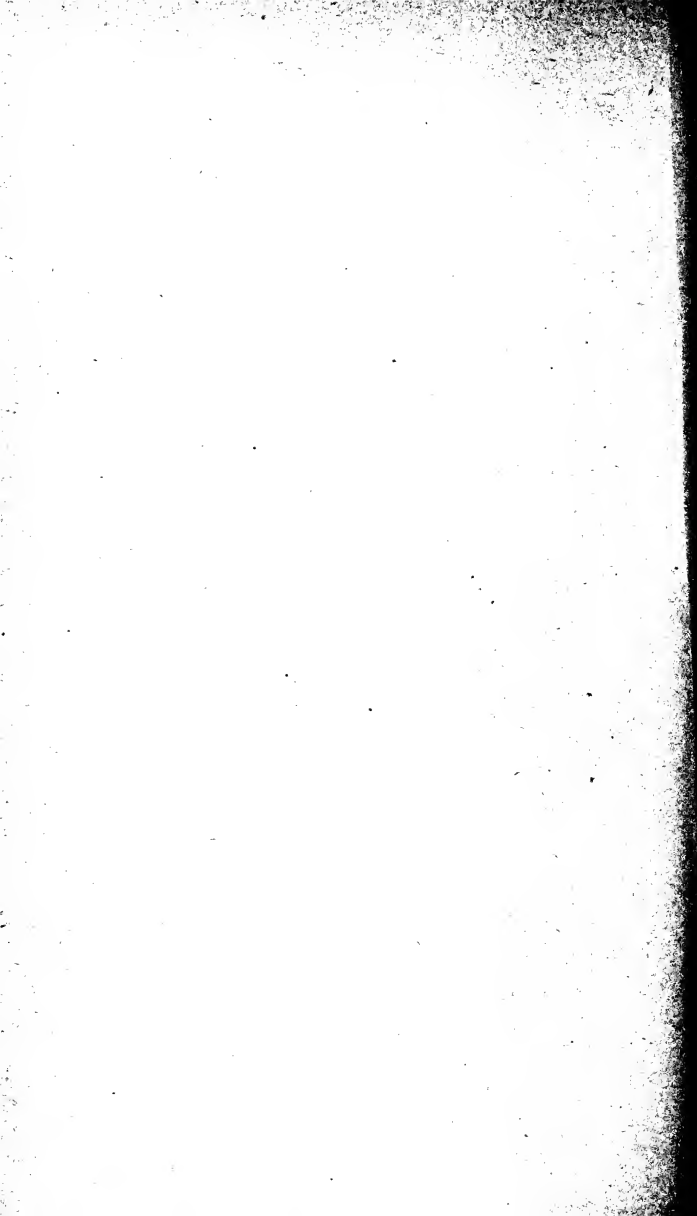
PRESENTIMIENTOS.

¡Adios! ¡Hasta el Otoño, prenda mia!
 Adios... hasta que yerta
 quede y sin hojas la alameda umbría,
 que hora miramos de verdor cubierta...

¡Adios!.. Cuando en las noches del Estío,
 blanca la luna como vírgen muerta
 cruce del cielo el ámbito vacío,
 cuéntale tus recuerdos de ventura,
 y encontrará tu pensamiento al mio
 en la extension de la celeste altura!

¡Adios... que acaba ya la Primavera
 y me llama la voz del Oceano!—
 Tu mirada de amor... ¡es la postrera!
 —No jures... ¡Fuera en vano!—
 ¡Cuando regrese á esta feraz pradera,
 no hallaré ni una flor... ¡ni una siquiera!—
 ¡Todas cruel las secará el Verano!

1857.



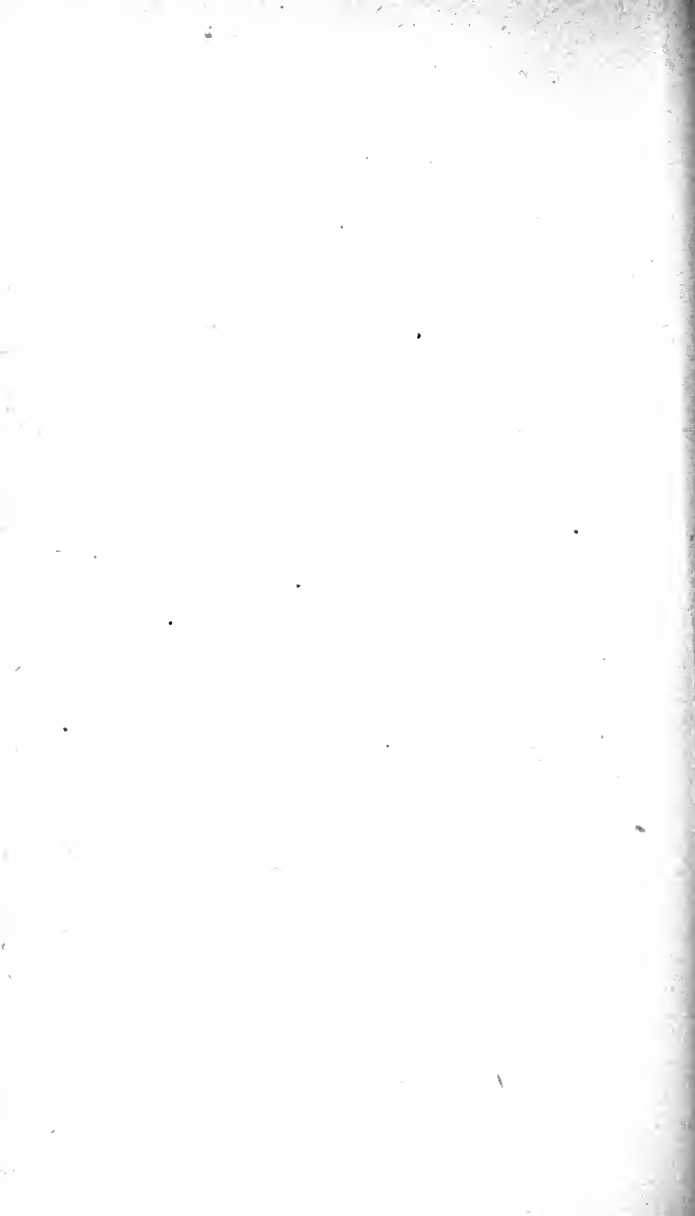
DESPEDIDA.

¡Todo pasó! Ya los campos
se tornan amarillentos:
el cielo entoldan las nubes...
¡Cuán triste será el Invierno!

El bosque perdió sus hojas,
como el alma sus ensueños...
Es la tarde: el sol se oculta...
¡Su *adios* nos anuncia el nuestro!

¡Flérida! el último día
de amor y ventura ha muerto...
—Así murió la esperanza...
Así morirá el recuerdo.

1857.



ADIOS AL CAMPO.

Los pájaros del bosque
tocan *diana*,
y, al eco de sus cantos,
despierta el alba...
¡Pobre alma mia!
deja tambien tus locos
sueños de dicha.

Con su luz implacable
la nueva aurora
borra tu última noche
de amor y gloria...
¡Alza! ¡despierta!
Llegó de la partida
la hora funesta.

Dadme mi viejo báculo
de peregrino,
que los días de gracia
ya han trascurrido...

¡Cuán breves fueron!
¡qué despertar tan triste!
¡qué hermoso sueño!

Adios, verde montaña,
claro horizonte,
solitaria campiña,
fragante bosque...

Rocas agrestes,
pájaros y arroyuelos,
adios por siempre!

Cuando la nueva luna
venga á este valle,
no me hallará esperándola
bajo los árboles,
ni allí en silencio
mitigaré mi cuita
con dulces besos.

Viajeros solitarios
somos ¡oh luna!
yo en la escabrosa tierra,
tú en esa altura.
Léjos y á solas,
áun podremos amarnos
con la memoria.

Y cante eternamente
nuestros amores
el río sonoro
rey de estos montes,
 dios de estos árboles,
 sultan de las praderas,
 alma del valle.

Mas ¡ay! que todo pasa,
y es nuestra vida
fugaz y transitoria
como la brisa,
 como las nubes,
 como esas transparentes
 ondas azules.

Y atravesando el tiempo
van nuestros días,
como cruzan los mares
las golondrinas,
 que un nido dejan,
 y otro nido demandan
 á extraña tierra.

¡Ay del hogar paterno
que abandonara!
¡ay del hogar que sueñan
mis esperanzas!
 ¡Vanos delirios!
 ¡*cuna* y *tumba* se llaman
 esos dos nidos!

Pero no te acongojes,
 mi pobre vida,
 y al borde de la muerte
 duerme tranquila:
 duérmete y sueña;
 que el amor es el sueño
 de la existencia.

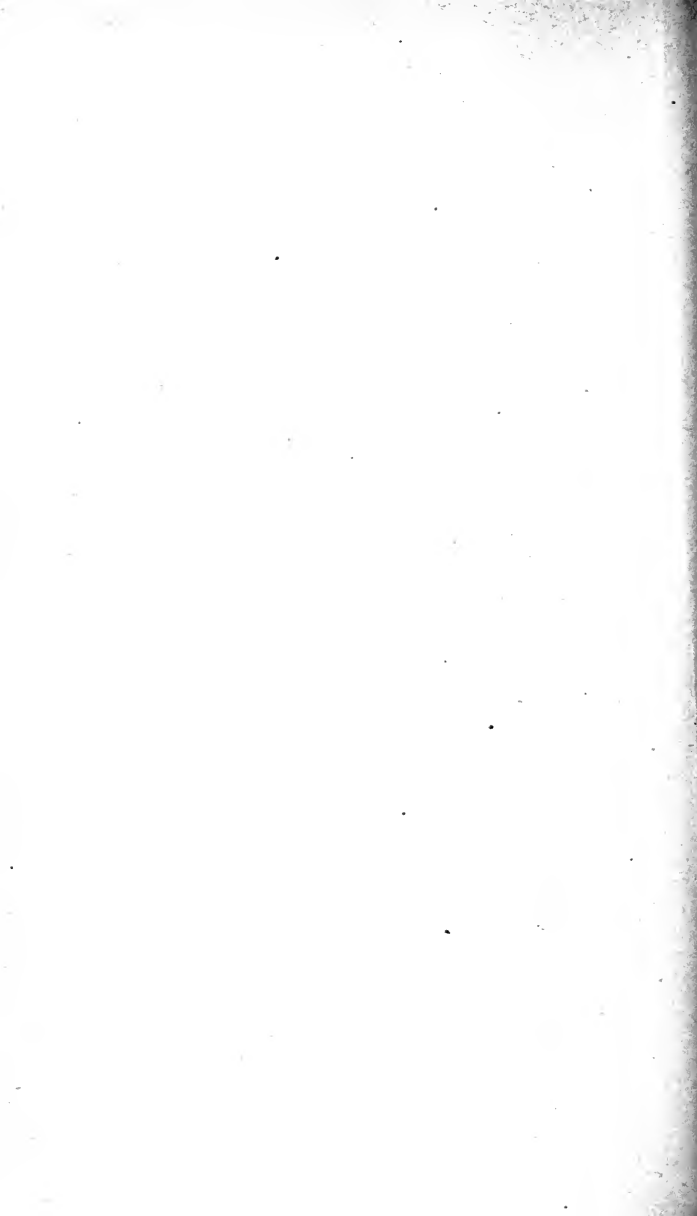
.....
 Ya brilla el sol... ¡Ay, mísero!
 llegó el momento...
 A dar el «adios» último
 voy á los ecos.
 ¡Ecos del monte,
 guardad en vuestras grutas
 su dulce nombre!

De mi boca aprendisteis
 á pronunciarlo,
 y, cual yo, lo cantábais
 enamorados.:.
 ¡Ecos dormidos,
 adios!... ¡poblad el aire
 con mis suspiros!

SUPER NIVEM.

Celoso de su blancura,
é imaginando eclipsarla,
cayó ese copo de nieve
en el hueco de tu palma...

Pero conoció, ya tarde,
que tu mano era más blanca,
y, de vergüenza ó de envidia,
espiró deshecho en lágrimas.



ARCAS Y PALEMON.

IDILIO.

(Traducción de Andrés Chenier.)

PALEMON.

Detras de Damalis andas,
sin mirar que su cabeza
al blando yugo de Vénus,
amigo, no está dispuesta.

Damalis es una niña...
á tus abrazos se niega,
y sus inocentes ojos
nada en los tuyos penetran.

Tu becerra la más jóven
no busca por las praderas,
ni á la orilla de las aguas,
sino la sombra más fresca...

Y con sus tiernos hermanos
juega durante la siesta,
de los mugientes esposos
sin escuchar las querellas.

La vid ácida y temprana,
la fruta verde y acerba,
de tu paladar gastado
pican la avidez inquieta...

¡Anda!... el Otoño hartos pronto
seguirá á la Primavera,
y te ofrecerá maduro
su más regalado néctar.

¡Ah! tú la verás entónces
lasciva, incitante, tierna,
tender á los dulces besos
la enamorada cabeza.

¡Aguarda! Aún la espiga jóven
su orla dorada no ostenta...
Del dulce moral la sangre
aún no mana... Amigo, espera.

La flor todavía no ha roto
su salvaje vestimenta:
el pajarillo no tiene
aún su plumaje de seda...

Quien anticipa el momento,
tal vez llegar no le deja.

¡El que lo deja escapar
quizás ya nunca lo encuentra!

No hay flores en todas partes...
ni ya habrá más flores nuevas;
que del Abril, el Otoño
ha cumplido las promesas.

El fruto está ya maduro,
y en su áspera piel encierra
del jugo un poco temprano
la dulce y grata crudeza.

Las alas del pajarillo
de pluma á cubrirse empiezan,
y el verde follaje brota
de las impacientes yemas.

Las rosas y mi Damalis,
en sus broches prisioneras,
rompieron un mismo día
el misterio de sus celdas;

y, encontrándola confusa
por el miedo y la vergüenza,
su madre se ha sonreído
y ha calmado su inocencia.

Himeneo ha reparado
que el seno de la doncella

podrá pronto de un amante
llenar la mano indiscreta...

Sobre el membrillo aromoso
colora la Primavera
un vello süave, intacto...
y la granada entreabierta
en el fondo de sus cárceles
sus nuevos rubíes muestra.

Isla de Croissy, 1860.

EN EL HUERTO.

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto.

Con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas,
que se doblaban al peso.

Yo subia detrás de *ella*.
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna miraban,
y *ella*, cantando y riendo,
les decia con sus ojos
á los míos:—*Estaos quietos!*

Luégo hácia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo

suspendida una cereza;
y entre sus labios bermejos
trémula me la ofrecia;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella*, siempre sonriendo,
me dejaba la cereza
y se llevaba mi beso.

SEGUIDILLA MANCHEGA

PARA GUITARRA.

Ayer te he visto en cuerpo:

¡qué cuerpo tienes!

Ayer te ví en el baile...

¡cómo te mueves!

¡Casi se duda

que haya en cuerpo tan pícaro

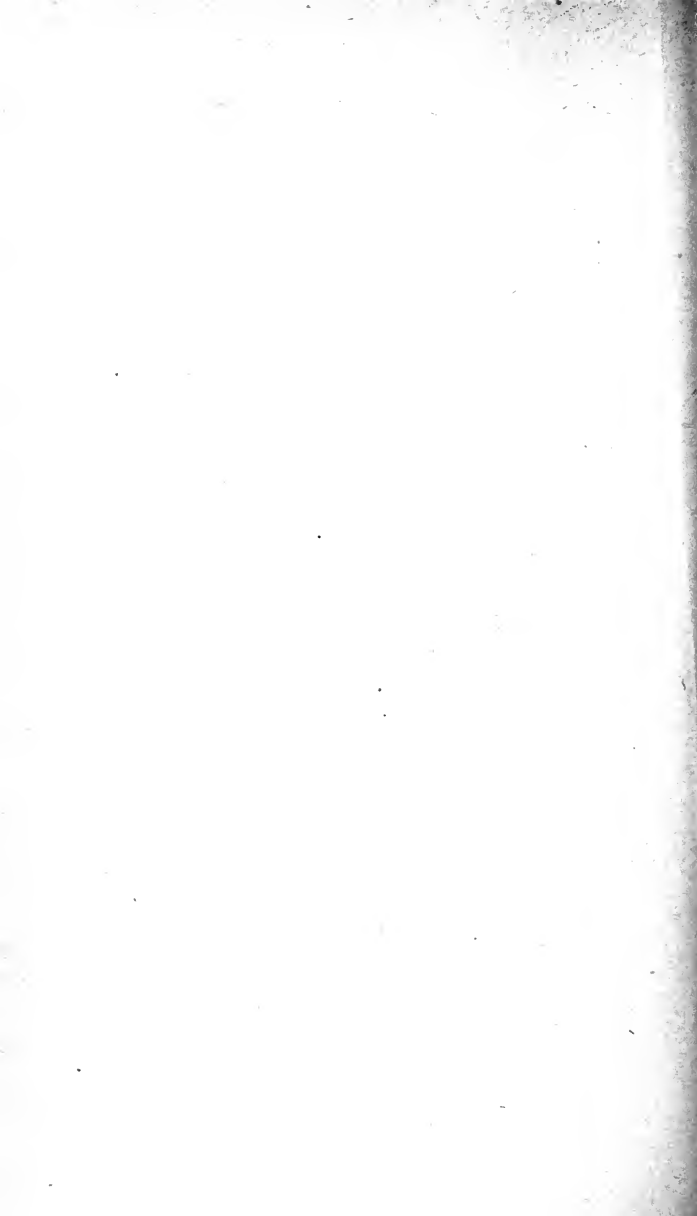
alma tan pura!

EN EL ÁLBUM
DE
CONSUELO.

Sé que ya tienes la edad
que previene el reglamento:
sé que te adornan talento,
gracia, inocencia y bondad.

Sé que eres una beldad;
que son tus ojos de cielo;
que es como el oro tu pelo,
y tu faz de rosicler...

¡Sólo me falta saber
por qué te llaman *Consuelo!*



IDEA DEL ÁLBUM.

I.

Voy á cumplir quince años
¡oh qué dicha! ,
madre, y cuando los domingos
voy á misa,
los mozos y los espejos
de la villa
salen á decirme al paso:
—«¡qué bonita!»

Va usted á comprarme un libro,
madre mia,
en que apuntar los requiebros
que me digan.
Pues, aunque me gustan mucho,
soy tan niña,
que al volver á casa... todos
se me olvidan.

II.

Poetas y caballeros,
buenos días:
en blanco os entrego el libro
de mi vida.
Jardineros sois de la alma
poesía:
de flores dadme una dulce
limosnita.

Decidme qué misteriosas
armonías
son estas que en mí siento
conmovida.
Desde ayer al par me acuden
llanto y risa,
y en un hora me veo pálida
y encendida.

De amor los cielos se tiñen
á mi vista,
y amor respiro en los besos
de la brisa.
El universo es amores,
y caricias,
y luz inmortal, y ánsias
infinitas...

Cantadme este amor, poetas,
que en mí vibra
como en las cuerdas de oro
de una lira.

Ved mi frente que se dobla
pensativa...

¡Todo ama, y yo no he amado
todavía!

III.

Así Natalia, así la niña bella
dice, y su libro al huracan arroja...
¡Dichoso yo, que, porque quiso ella,
pongo mi nombre en la primera hoja!

1857.

EL LLANTO DEL COCODRILO.

Tu mano trasparente
muéstrame ¡oh niña'—
¡Qué pura y qué süave!
¡Dios la bendiga!

¡Quieran los cielos
que tal mano le otorgues
á un digno dueño!

¡Harto sé que á mí nunca
podrás amarme'...
Y yo tambien ¡ay triste!
te he visto tarde...

¡Tarde, bien mio,
para darte las flores
de mi cariño!

Las espinas tan sólo
 darte pudiera
 que otras manos clavaron
 en mi alma enferma...

¡Y tú, hija mia,
 no has de trocar tus flores
 por mis espinas!—

¡Lloras al escucharme!...
 ¡Ay! ¿por qué lloras?
 El dolor es un buitre...
 tú una paloma...—

¡Paloma blanca!
 ¡del dolor que yo siento
 'guarda tu alma!—

Mas ¿qué es esto? ¡Tu mano
 tiembla en las mias!...
 ¡Qué pura y qué süave!
 ¡Dios la bendiga!—

¡Déjame, hermosa,
 que esta mano de nácar
 lleve á mi boca!

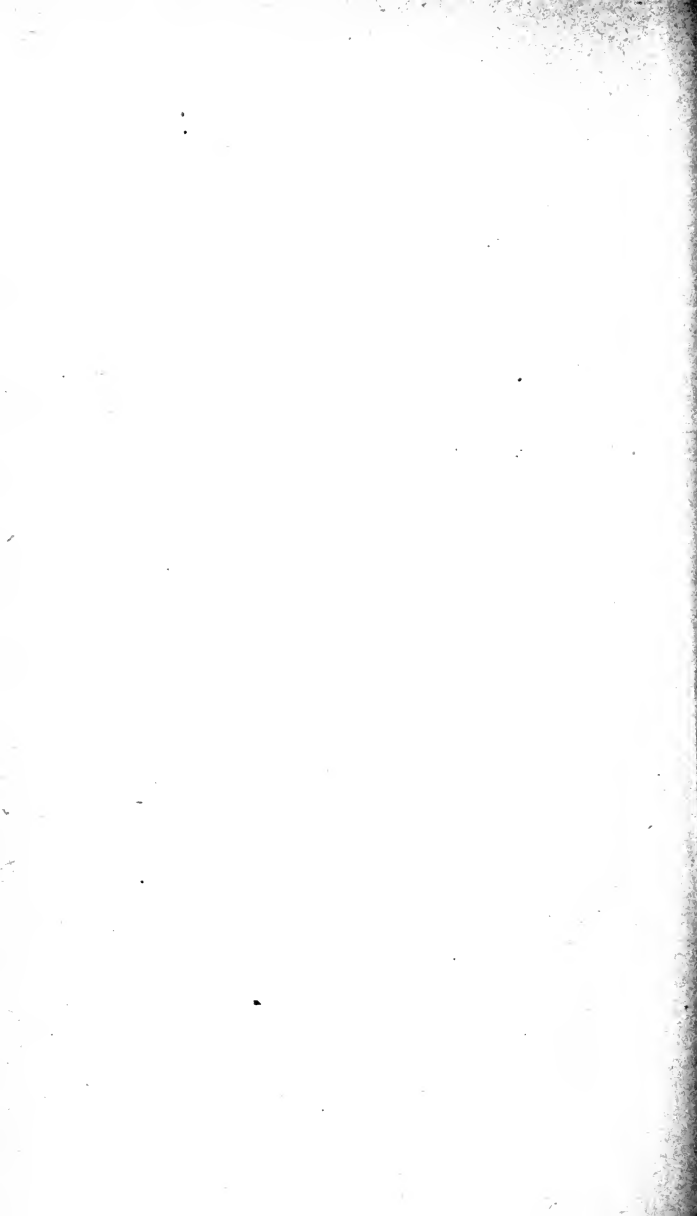
¡Oh, qué rica! ¡qué tierna!
 ¡Parece raso!—

¿Qué serán tus mejillas,
si así es tu mano?

¡Serán dos rosas!...—
¡Dos rosas son!...—¡Dios mio!
¡pues y tu boca!...

¡Ay de mi sin ventura!
¡Y ahora te alejas,
cuando ardiendo en tus labios
mi alma te llevas!—

¡Traidora! ¡Ingrata!
¡Devuélveme mi beso!
¡Dame mi alma!



AMOR ETERNO.

¡Carta tuya!—¡Oh bondad!!—¡Y en ella leo que *te acuerdas de mí*...—¡Pues ya lo creo! ¿Cómo olvidar al que te quiso bien, y siempre dijo *Amén* á tu deseo, y luégo á tus perjurios dijo: *Amén*?

Dices que *me amas ménos*, vida mia...— ¿Lo ves? ¡el tiempo calma las pasiones!— En cambio... sigue *el mismo* todavía aquel mi amor sin celos ni ilusiones, que tan *glacial* ayer te parecia.

No me lo dices tú; pero me han dicho que tienes otro *amor*...—Seré sincero: ¡no eres de eso capaz!—Por lo que infiero que este presunto *amor* será un capricho... que pasará, como pasó el primero.

Y un estúpido déspota sería
 quien aspirase á hacer de tí su esposa,
 ó á vincular tu voluntad un dia...—
 ¡El que te quiera ver siempre dichosa,
 déjete en libertad... como yo hacía!

Tú eres, mi bien (confiesa que soy justo),
 demasiada mujer para un mortal,
 y el que tratare de fijar tu gusto...
 dormiría en el lecho de Procusto,—
 incómodo, á mi ver, para nupcial.

Por eso no te amé *cuanto pedías*,
 ni tú me quieres ya *cuanto pensabas*;
 y por eso repito, aunque te rias,
 que, si mañana con *el otro* acabas,
 en mí tienes... *al mismo* que tenías.

¡Eres tan linda!—Y, aunque no lo fueras:
 ¡eres tan tierna, plácida y graciosa,
 que hagas, digas, ó pienses lo que quieras,
 nunca te faltará este amor *en prosa*...
 que no creyó en tus lágrimas primeras!

Y necio será el hombre que te afija,
 á tí, tan bella, dulce y cariñosa,
 ó con rostro de juez cuentas te exija...
 ¡Tú dar cuentas de amor! ¡Tú cuentas, hija!...
 —¡No pienses nunca en semejante cosa!

Conque más no te ocurra ya quejarte
 de mi tibieza y lentitud de ayer;

pues, si hubiera yo dado en adorarte...,
hoy, que vas con la música á otra parte,
me veria...—¡figúrate, mujer!

Lágrimas de despecho y amargura
celoso..., miserable derramara...
¡y áun quizás te matase en mi locura...!—
Mientras que así... ¡bendita sea tu cara!
me hace gracia tu nueva travesura.

Adios.—Mil besos á tu faz rosada
y á tus ojos de luz... (A tu alma... nada!
¡Nada á tu corazon!)-Pero si ves
que está *el otro* delante y que se enfada,
dale sólo mis besos á tus piés.

SUPONGAMOS...

¿Qué buscas afanada cuando la mar se aleja,
sus olas recogiendo de nácar y zafir?

¿qué buscas en la orilla que silenciosa deja
y abandonada y sola el piélago al huir?

¿Qué buscas en la playa? ¿qué bien se te ha perdido?

¿Qué mágico tesoro te arrebató la mar?

¿Tal vez hallar pretendes las huellas de *un olvido*?...

¿Tal vez perder tus huellas pretendes... y *olvidar*?

¿Qué buscas en la playa?—¿Misterios de otro mundo?

¿mensajes de un ausente? ¿recuerdos de su amor?

—¿Ó bien de las arenas revuelves lo profundo,
para enterrar en ellas un íntimo dolor?

¿Qué buscas y no encuentras? ¿Tu náufraga esperanza?

—Las olas no la ocultan, ni está de ellas en pos...

¡No aguardes, no, que cruce su vela en lontananza!...

Quizás esté á tu lado... ¡Busquémosla los dos!

¡Sí! deja ya la playa! No más del Oceano
 te agrade y embelese la adusta inmensidad...
 ¡Los bosques y los rios, el valle, el monte, el llano
 te ofrecen su gustosa y amiga soledad.

Ven al risueño mundo que Dios cubrió de flores...
 —No sólo el goce muere: tambien muere el dolor.—
 ¡Ven, sí! que, por halagos que aquí busques ó llores,
 más tuyos y del alma serán los de mi amor.

.....
 Todo esto es suponiendo que al mar á buscar vayas
 las cosas que he supuesto y acabas de leer...—
 Mas si chinitas buscas y conchas en las playas...
 supon que nada he dicho... ¡y es mucho suponer!

1863.

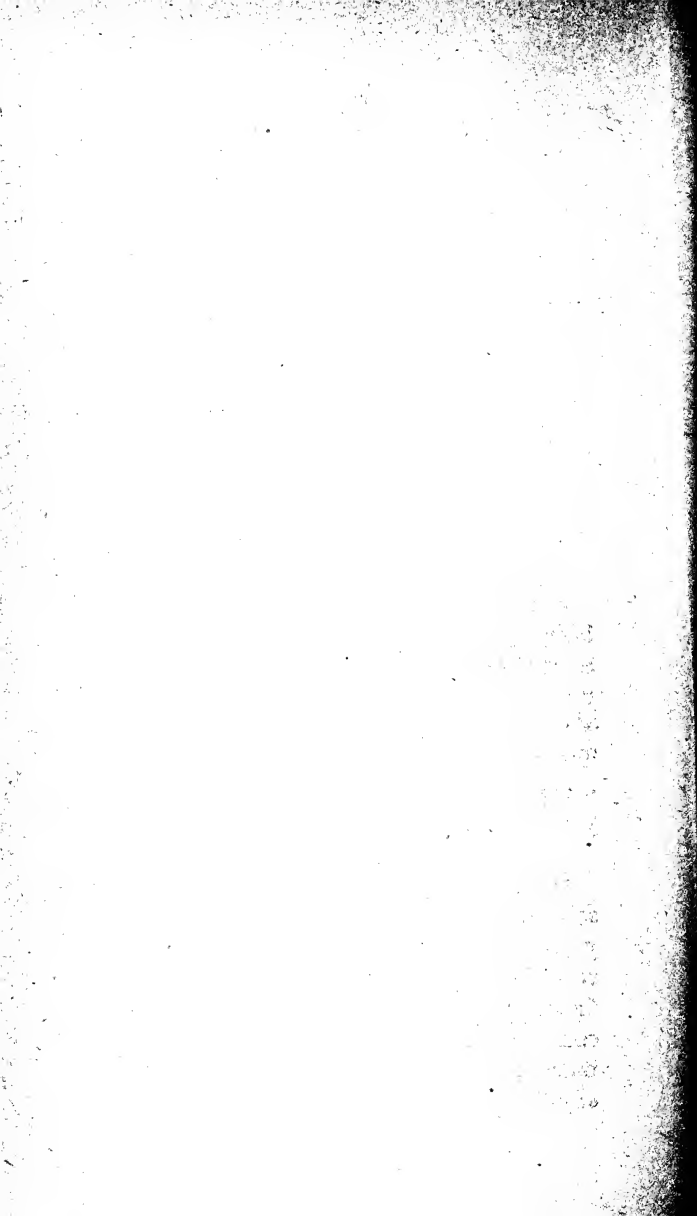
A...

Sin fe ni amor, y á la esperanza muerta,
como una estatua sepulcral yacias,
ensueños y venturas de otros dias
muda representando, hermosa y yerta.

Turbar osé tu soledad desierta;
consuelos te he brindado y alegrías,
y bella surges de las sombras frias
y á un nuevo amor tu corazon despierta.

¿Fué que tu alma sacudió la muerte?
¿Es que renace su extinguido fuego?
¿O inmóvil sigues en adusta calma?

No: fué que al abrazar tu cuerpo inerte,
pasmosa emulacion del mármol griego,
en mis besos de amor te dí mi alma.



EL OLVIDO.

CANCION.

El silencio reinaba, y el mundo
fatigado en sus brazos dormía...
Solitaria la luna lucía,
y á su luz contemplábate yo.
Yo te hablaba de amor, delirante...
Tu mirada inflamó el desvarío...
«*Tuya soy*» me dijiste, bien mio...,
y en mis labios tu acento espiró.

Hoy la luna tambien en los cielos
solitaria, tranquila riela...,
y amoroso mi espíritu vela
recordando las dichas de ayer.
Como entónces amante palpito,
como entónces tu amor esperando...;
mas las horas me dicen pasando:
«Sueños son el amor y el placer.»

¿Dónde estás, deleitosa hermosura,
tú tan dulce, tan mansa y tan tierna,
que una vida de goces eterna
en tus brazos me hiciste soñar?
¿Por qué solo me dejas ahora?
¿A quién mientes amor y delicias?
¿A quién finges aquellas caricias,
que imposible me ha sido olvidar?

1854.

LAS EXEQUIAS DEL AMOR

ó

EL DIA DE LUNA.

¡Oh misterio! Es alta noche,
y en su inmensidad augusta
no reinan el mudo sueño
ni las tinieblas nocturnas...

No viste, no, como suele,
negras tocas de viuda
la Tierra desamparada
del muerto Sol en la tumba...

ni orlada de adormideras
inclina la frente mustia,
con lágrimas de rocío
llorando su desventura.

No el silencio la acompaña,
testigo fiel de su angustia,
velando para que nadie
su hallada paz interrumpa...

ni el hermano de la muerte,

mientras piadoso la arrulla,
 soñados bienes le finge,
 con que sus males endulza...—

Es alta noche ¡oh misterio!
 y en su inmensidad augusta,
 despiertos Cielos y Tierra,
 de amor y placer fulguran!

Insomne, bella, gozosa,
 Naturaleza relumbra,
 como régia desposada
 en la fiesta de sus nupcias.

Olas de argentado encaje
 doquier desata la Luna,
 colmada y resplandeciente,
 ébria de amor y ventura.

Los rutilantes luceros
 y las estrellas innúmeras,
 como en extático eclipse,
 muestran su luz moribunda...

Y del infinito espacio
 tras la bóveda cerúlea,
 móviles se transparentan
 del Olimpo las columnas.

¡No: no es de noche en los cielos!...
 Sus leyes trocó Natura,
 y el hemisferio asombrado
 contempla un **DIA DE LUNA.**

Tampoco es noche en la Tierra...
 ¿Qué importa que el Sol no luzca?...
 ¡Despiertos están los hijos

del Amor ó de las Musas'

Despiertas están las aves,
aunque en sus nidos ocultas,
cantando como si el día
rayase ya en las alturas.

Despiertas están las flores
que al Sol siguen á la tumba,
y aquellas que una mañana
(¡sólo una mañana!) duran.

Despiertos están los céfiros,
jugando con las más púdicas,
y, entre una y otra lisonja,
el casto aroma les hurtan.

Despierto está el arroyuelo,
que enamorado susurra
al pié de altivas palmeras
ó entre las fragantes juncias...

Y despierta la cascada,
que, desvalida en la altura,
cual de otra peña de Léucades,
sollozando se derrumba.

Despiertas están las vírgenes,
las vírgenes andaluzas,
asomadas á la reja
do de amor la ciencia estudian...

Y despiertos los galanes,
que no saben lo que juran,
ó al són acordado cantan
de guitarras y bandurrias.—

¡Oh misterio! Es la alta noche,
y en su inmensidad augusta,
«*Amor...*» suspira la Tierra:

«Amor...» el Cielo murmura.

En tanto duermen los tristes
que el amor ya no conturba,
y aquellas infortunadas
almas que no amaron nunca.

Los espíritus apáticos
yacen en su paz estúpida;
el viejo en su frío lecho;
el niño en su mansa cuna.

También duermen los dichosos
que, bajo santas coyundas,
del hondo río del olvido
cruzaron las ondas turbias...

Duermen los *padres-tiranos*;
duermen las madres adustas;
duermen los sepultureros...
¡duerme la muerte sañuda!

¡Sí! la muerte está dormida;
y abiertas se hallan las tumbas
de las que murieron jóvenes,
ricas de amor y hermosura...—

Como inmortales Julietas
que de su destino triunfan,
las amantes heroínas
surgen de la fosa oscura...

Y, tan bellas como fueron;
trocado el sudario en túnica,
su trágica historia olvidan
al resplandor de la Luna!

Aquí un *Jardin* se descubre,

allá un *Bosque* se columbra,
y entre los dos un *Palacio*
sus blancas líneas dibuja.

Mágico hechizo doquiera
filtra su delicia suma
con los fulgores de plata
que el diáfano ambiente inundan.

De taza en taza de mármol
besos amantes simula,
al verterse de alta fuente,
destrenzada el agua fúlgida.

Las trémulas ramas fingen
abrazos en la espesura,
y entre las hojas se oyen
conversaciones confusas...

Erguidas sobre sus tallos,
las gayas flores ondulan,
y hasta parece que andan,
y que al andar se saludan...

Severos troncos de árboles
y marmóreas esculturas,
inmóviles se vigilan,
palpitando en la penumbra...

Y, entre el murmurio süave
de hojas y de aguas, se escucha
del ruiñeñor arrobado
la tierna y amante música.

Un hombre, una sombra, un alma...
recorre con planta muda
el *Jardin de los amores*,
y frente al *Palacio* cruza.

Detiéndose allí anhelante,
y en las ventanas oscuras
fija una larga mirada
llena de infinita angustia.—

¡Abiertas están y solas,
como profanadas tumbas!...—
Nadie mora en el alcázar...
—«¡Nadie!...» el Viajero pronuncia.

Un hondo suspiro lanza,
y va á marchar... cuando súbita
iluminacion diabólica
tras las ventanas relumbra;
y fantástica aparece
una sombra en cada una,
repitiendo aquel suspiro
con inefable tristura.

—«¡*Ellas son!*» (dice el Viajero,
llorando y las manos juntas.)
¡*Las mujeres de mi vida!*...
¡*Las sombras de mi ventura!*... .

Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:
«*Tuyas fueron...*» y, sarcástico,
el viento responde:—«¡*Suvas!*...»

Como de retablo gótico
las místicas esculturas,
en actitudes dramáticas,
las hornacinas ocupan,
la fachada del *Palacio*
ornan aquellas figuras,

aunque jerárquicamente,
según su clase y alcurnia.—

En el balcón principal
hállanse las nueve *Musas*,
primer amor de los hombres,
hadas que mecen su cuna.

En las contiguas ventanas
están sus hijas augustas,
las trágicas *Heroínas*
de la amorosa ternura:

aquellas que los poetas
vistieron de eterna púrpura,
destinándolas al culto
de las edades futuras:

las que les mostró la Historia;
las que inventó su facundia,
y aquellas que en su existencia
ángeles fueron ó furias.—

Allí *Fedra*, *Dido*, *Safo*,
Cleopatra y *Mirra* están juntas,
y toda la antigua y clásica
pléyade medio desnuda.

Allí están *Elisa* y *Flérida* (1);
de Escocia la reina impura;
la *Julieta* de Verona,
y de Rímini la adúltera.

Allí del genio romántico
se ven todas las hechuras,
con lágrimas engendradas,
concebidas en la duda.

(1) Las de *Garcilaso*

Allí están del triste *Byron*
 las cien víctimas inultas,
 y la amada de *Espronceda*,
 y *Elvira*, amante y perjura (1).

Allí gime *Inés de Castro*;
Carlota calla y escucha (2);
 reza la triste *Desdémona*;
 llora *Isabel de Segura*...

Y allí están *Lelia*, *Eloísa*,
Ofelia, *Leonora* (3), *Julia* (4),
 y la ideal *Dulcinea*
 de *El de la Triste Figura*.

Todas allí están, y todas
 ciñen blancas vestiduras,
 al Cielo elevan los ojos,
 que las lágrimas anublan.

Orlan su dulce semblante
 sus trenzas negras ó rubias,
 y en ademan de plegaria
 cruzan las manos ebúrneas.

Santas parecen... (y acaso
 hubiéranlo sido algunas...)
 —Son las deidades profanas...
 Son las románticas musas.—

Las Santas son de los vates...
 El Arte lavó sus culpas,

-
- (1) La de *Macías*
 (2) La de *Werther*.
 (3) La de *Tasso*.
 (4) La de *Rousseau*.

y las ha canonizado
la bella Literatura!!!

A más de las nueve Diosas
que el balcon de en medio ilustran,
y de las cien legendarias,
amorosas Thaumaturgas
que en el fróntis del *Palacio*
ventanas de honor ocupan,
trocándolo en paraninfo
de viviente arquitectura,
vése (en esfera ya humilde,
como es su mortal alcurnia),
detras de las ámplias rejas
de estancias bajas y oscuras
(cual apariencia fantástica
de espectantes andaluzas),
otra blanca y misteriosa
constelacion de Hermosuras.—

Deidades ya no son éstas,
del alto Olimpo oriundas,
ni, de eterna fama ansiosas,
Heroínas insepultas...

Mujeres nada más son,
que de la muerte no triunfan,
sino en la amante memoria
del triste que las saluda...

Mujeres que del Viajero
el corazon áun perfuman
con los recuerdos lejanos
de las pasadas venturas...

Las *Mujeres* de su vida;

de su juventud la suma;
 las flores de su existencia...
 ¡como su existencia mustias!...

—
 Mas no entónces—que las mira
 resucitadas y fúlgidas,
 como en la feliz mañana
 en que lució cada una...—

No entónces—que vuelve á verlas
 jóvenes, cándidas, puras,
 como en los dichosos dias
 en que Amor las hizo suyas...—

Y, sin embargo, allí están
 las que no amarán ya nunca,
 las que el tiempo ha marchitado,
 las que holló la desventura:

las que no existen, ó existen
 de ajenos destinos súbditas;
 las monjas y las casadas,
 las locas y las difuntas.

Allí están las que á los cielos
 alzaron sus almas pulcras,
 restituyendo á la tierra
 incólume su hermosura...

Y las que en áurea carroza
 al Cielo y la Tierra insultan,
 y al viejo esposo acarician...
 de un buen testamento en busca.

Allí están las que, magnánimas,

sus ilusiones apuran,
doblando sobre los libros
la frente llena de arrugas...

Y las que su fe inmolaron
á una prosa vil é insulsa,
con la cual se creen felices...
porque el vulgo así lo juzga.

Allí están las que sin nombre
fueron á la sepultura,
huéspedas de muchas almas,
no lloradas de ninguna...

Y allí las que sucumbieron
bajo el puñal de la duda,
fieles amantes de un alma,
lloradas luégo de muchas.

Allí está la que le dijo,
con una mirada impúdica:
«ELÉVATE HASTA MIS LABIOS...»
al que lo creyera injuria...

¡La misma que agora, impávida,
lo desconoce y se encumbra...
—águila caudal que lleva
un corazon en las uñas!

Y allí tambien está aquella
inmortal, innata, única,
que, al amanecer del alma,
el primer amor incuba...

¡Eva, del hombre congénita,
que surge bella y fulgúrea

del adolescente espíritu,
como Vénus de la espuma!

...Todas allí están, y el triste,
el mísero sin fortuna
que el *Jardin de los Amores*
solo y pensativo cruza,
recónocelas á todas;
sus caros nombres murmura;
—«¡Héme aquí solo!» les dice,
y por su amor les pregunta.

Inmóviles tras las rejas
permanecen las figuras,
como estatuas sepulcrales
apoyadas en sus urnas...

Y el ruiseñor en su rama
canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron...*», y, sarcástico,
el viento responde:—«¡*Suyas!*»

En esto sonó las cuatro
el reloj de una *Cartuja*
que asomaba tras el *Bosque*
su melancólica cúpula.

Dió luégo el *Ave-María*
una campana vetusta,
y dijeron: «*Gratia plena*»
los monjes desde sus grutas.

Por los cerros de Occidente
traspuso entónces la Luna,
y el *Palacio* al mismo tiempo

se volvió á quedar á oscuras.

Dispersáronse en el acto
tantas vírgenes y adúlteras
como acababan de estar
por la vez primera juntas,
juzgando yo que se irían
á su Parnaso las *Musas*,
las *vivas* hácia sus casas,
y á sus nichos las *difuntas*.

Lo que sé es que amaneció
una mañana de lluvia;
mañana sin rosicleres,
parda, fea, triste, sucia,
que parecía la noche
de aquella noche tan fúlgida,
ó el dia que abrirá paso
del mundo á la noche última...

Y lo que sé es que el Alcázar
de faz renegrada y turbia,
estaba solo y cerrado
como una olvidada tumba!

El Viajero (que era un hombre
lleno de canas y arrugas;
mas no viejo todavía
de una manera absoluta...)
alzó de la tierra el báculo,
la esclavina hizo capucha;
y, saliendo del *Jardin*,
se encaminó á la *Cartuja*.



¡OTRO AMANECER!

SONETO.

El gallo canta..., y la mañana impía
despierta con su luz á los humanos,
haciéndoles trocar delirios vanos
por el forzoso afán de un nuevo día.

Tornan, pues, á embestirles con porfía
la ambicion y el amor, fieros tiranos,
los ímprobos trabajos cotidianos...
la deuda, el jefe, el tédio, la manía...

Y, en tanto, al amador desposeido
que en sueños compartía la almohada
con tal ó cual mujer que hubo querido,
el implacable día lo despierta
para hacerle mirar á su ex-amada
vieja, casada, monja, loca ó muerta.

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

100

EL LLANTO DEL SOLTERO.

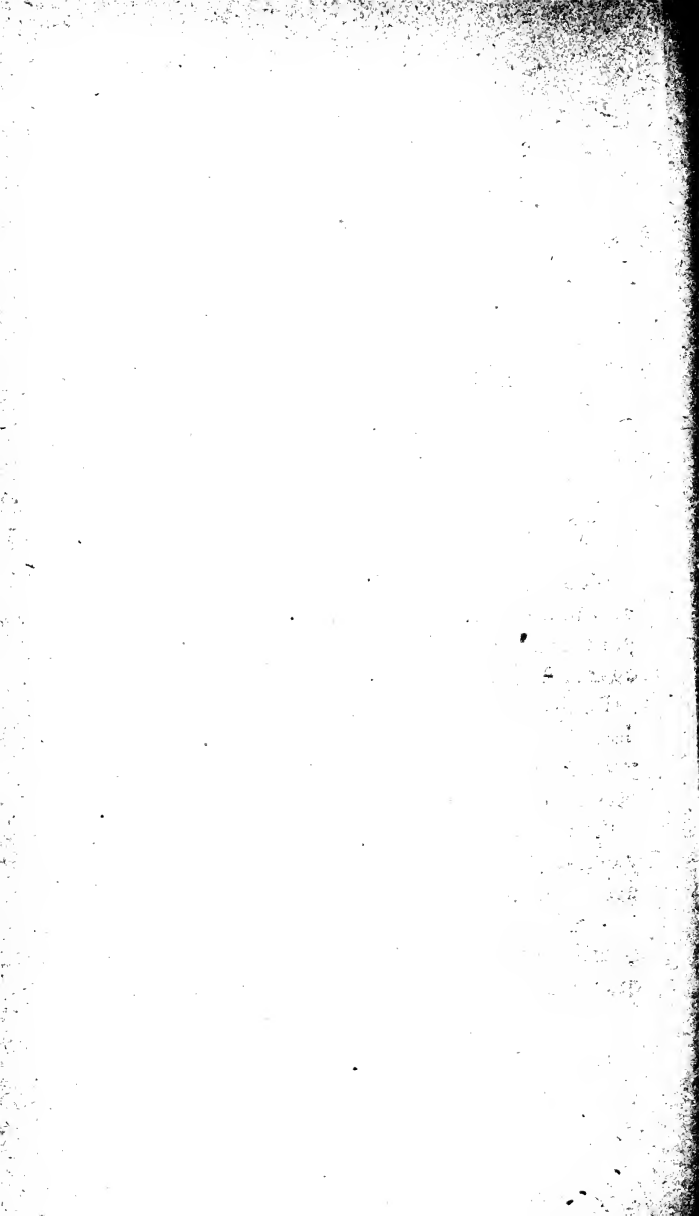
SONETO.

Sin tí... ¡cuán negra y angustiosa y larga
pasé la noche toda, amada mía!
Sin tí me encuentra el implacable día;
sin tí y en honda soledad amarga.

Ya el sueño, que mis párpados embarga,
sin tí mis pasos hacía el lecho guía;
y, pues no te hallo en él, en él querria
dejar por siempre del vivir la carga.

Pero ¿quién eres tú? ¿Luz postrimera
eres del bien perdido, ó vaga sombra
de un nuevo bien que al porvenir demando?

¡No sé, no sé quién eres!—«*Compañera*»
te llama el corazon cuando te nombra,
y las noches sin tí paso llorando.



LAS PALMERAS.

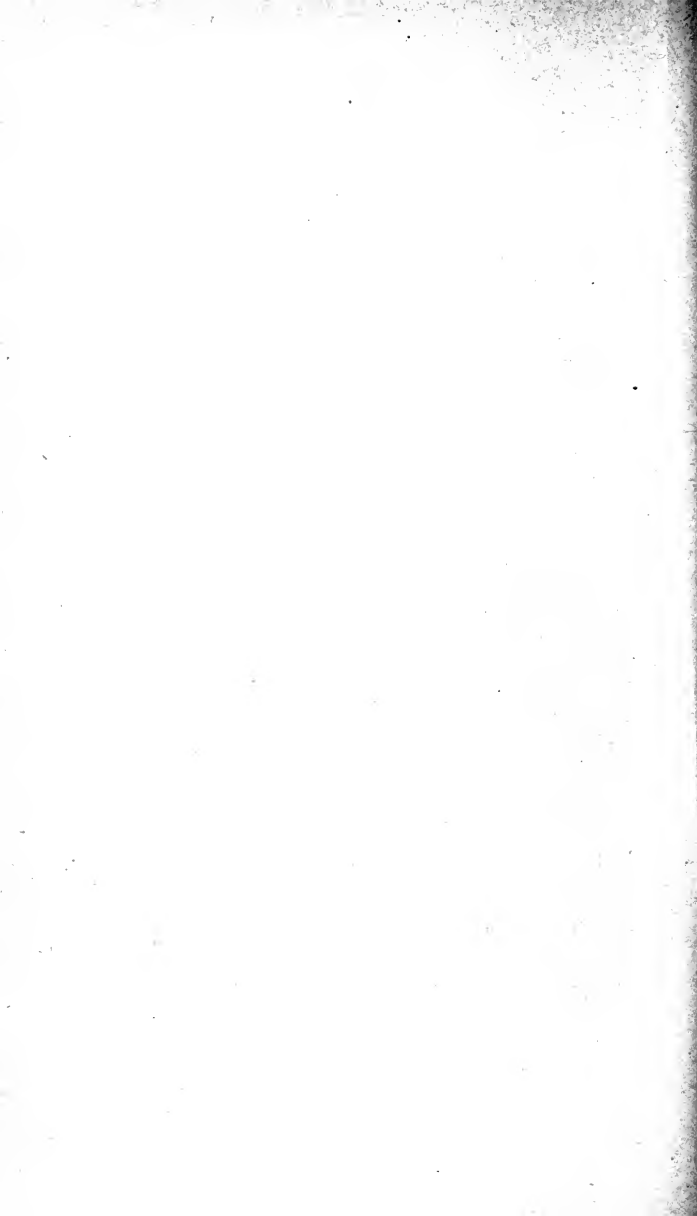
SONETO.

Gentil palmera lánguida crecía
entre los muros de cercado huerto,
y, amortajada en su ramaje yerto,
cual alma sin amor desfallecía.

Luchó empero tenaz..., hasta que un día
descubrió al fin su copa el campo abierto,
y vió marchita en medio del desierto
otra palmera, que de sed moría.

Convalecer les hizo una mirada,
y el aura fué galante mensajera
del dulce amor que para siempre uniólas.

—Aprende el caso, niña desamada;
guarda el tesoro de tú fe, y espera;
que almas como la tuya no están solas.



EL FRUTO DE BENDICION.

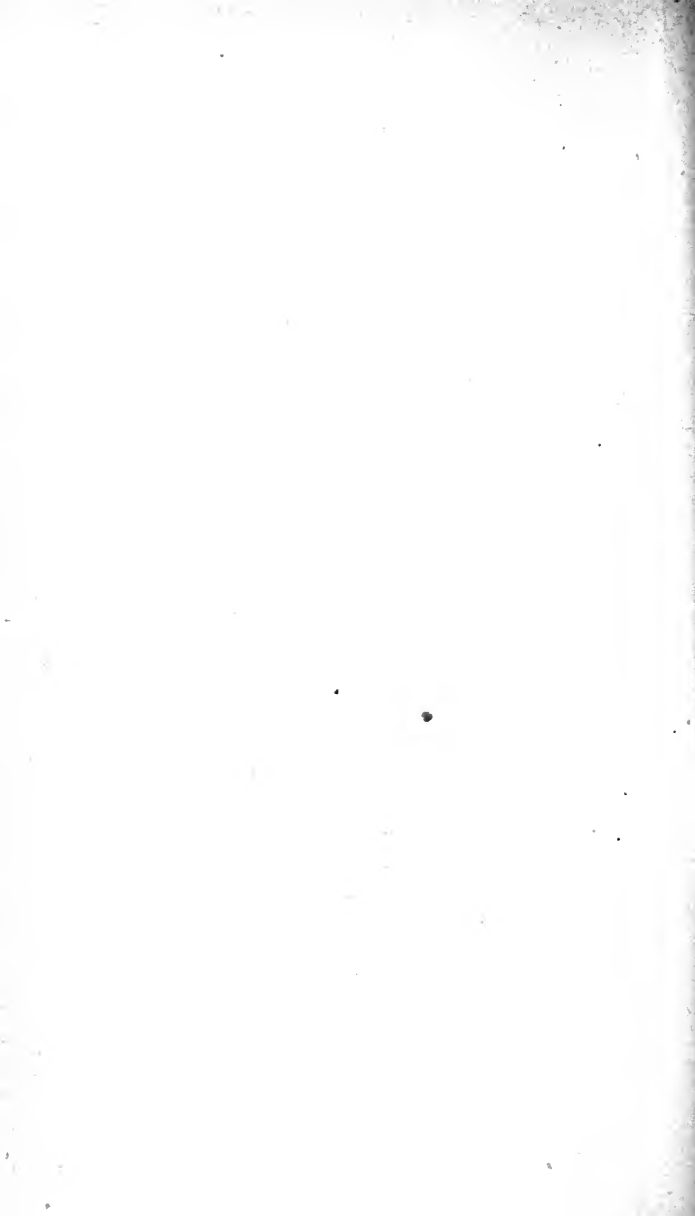
SONETO.

¡Cuántas veces fugaz la Primavera
vistió de flores mil el campo abierto,
hora tornado en árido desierto,
ni sombra ya de lo que en Mayo fuera!

En tanto aquella flor, la flor primera,
logro de afanes en cerrado huerto,
ve trocada el colono en fruto cierto,
de árboles mil semilla duradera.

¡Así la juventud! ¡Así la vida!—
La que en vanos placeres se consume,
olvidada á la tarde desfallece:

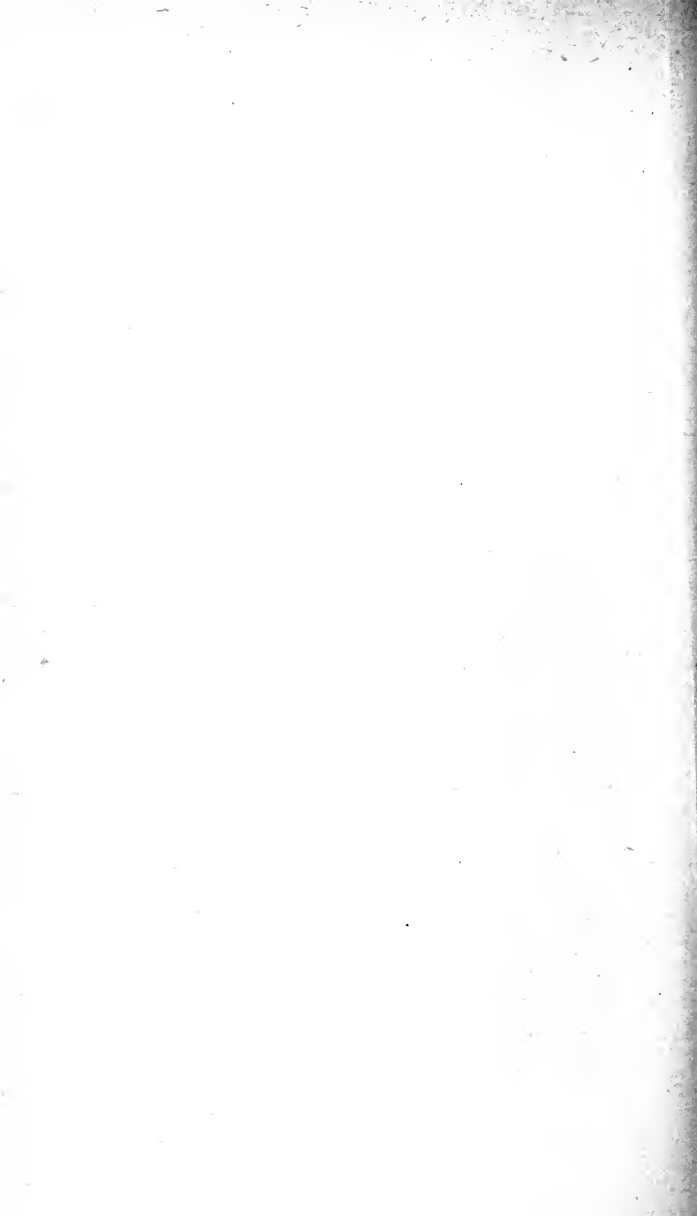
en tanto que la fiel y recogida
que á un solo amor consagra su perfume,
más allá de la tumba reverdece.



LIBRO III.



POESÍAS VARIAS.



LA LUNA...

(AL GENERAL ROS DE OLANO.)

Esta, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
 blanca, limpia, mondada calavera,
 un tiempo fué poblada, seductora,
 romántica, sombría cabellera.
«Agravio fiero de la edad traidora»
 César llamó á su calva (¡y César era!)...—
 No haré yo tal; pues desde edad muy verde
 vivo, como quien dice, al gana-pierde.

No la muerte; la vida me acobarda;
 y, en mi viaje desde niño á viejo,
 suspiro por la orilla que me aguarda,
 no por la orilla que á mi espalda dejo:
 y el viento débil y la nave tarda
 halla siempre el afan con que me alejo;
 pues sé ¡triste verdad! que de la vida
 sólo es hermosa la porcion perdida.

Nadie trocara su dolor pasado
 ni por memorias de placer siquiera:
 nadie tampoco en desandar lo andado
 y repetir su vida consintiera:
 si alguno renacer ha deseado,
 ha sido por vivir de otra manera...
 —La vida es mosto insípido y dañoso
 que al fin se trueca en bálsamo gustoso.

Tampoco diera yo mi calva fria
 por los antiguos rizos de mi frente...—
 ¿Para qué? Cuando á mano los tenía,
 apénas los miraba indiferente,
 y hoy por ellos, amor, pena, ufanía
 el corazon enajenado siente...
 —Tal es la dicha: sombra transitoria
 que agranda con su prisma la memoria.

Jamás tan bello en su fulgente cuna,
 bajo el alegre pabellon del alba,
 saluda el hombre el sol de su fortuna,
 que el alto monte del Oriente salva,
 como despues, al contemplar la luna,
 ó al apuntar la luna de su calva,
 lo recuerda, envidiando tristemente
 la misma luz que desdeñó en Oriente.

Pero, volviendo á la empezada historia,
 dado me sea, ya que no un responso,
 cantar un himno á la pasada gloria
 de mis cabellos de mancebo intonso.
 ¡Oh Fabio! Si tal vez haces memoria

de haber visto la efigie de un *Alfonso*,
 podrás imaginarte sin gran pena
 mi larga, undosa, lúgubre melena.

¡Coincidencia fatal! ¡Escrito estaba!
 Treinta años Espronceda ya tenía
 cuando, imitando á Byron, se quejaba
 de que insensiblemente encanecía.
 Y ¡ay de mí! yo los veinte aún no contaba
 cuando el ingrato bien del alma mía,
 con su mano de nácar trasparente,
 las canas apartaba de mi frente.

Ó con sus dedos, albos como armiño,
 me las iba arrancando una por una,
 cual nos arranca el maternal cariño
 una tras otra pena inoportuna.
 ¡Blancas pavesas de la sien de un niño!
 ¡cabellos agostados en la cuna!...
 ¿qué fué de esa mujer? ¡Otra pavesa!—
 Murió... y entónces me pelé á la inglesa.

.....

Decia que murió la hermosa ingrata
 que cuidaba mis lánguidos cabellos...
 —Hoy no los tengo negros ni de plata...—
 ¡Mis ilusiones simbolizan ellos!
 No es la tijera ya la que los mata,

ni frustra ya el dolor mis sueños bellos...
Lo que hoy sucede en la cabeza mia
es que ni sueños ni cabellos cria.

¡Mejor! Así con tiempo me habitúo
á mi futura, irremediable suerte
(que igual á la de todos conceptúo);
y cuando exhumen mi osamenta inerte
para echarla al osario, y algun buho
cante sobre ella el himno de la muerte,
no será nuevo hallar mi calavera
hueca por dentro y calva por afuera.

Y si, al fin, de un doctor en medicina
enriquece el lujoso escaparate,
ó, á solas en su cueva, la examina
un monje del breñoso Monserrate,
podrán más bien tras su aridez calina
reconocer mi busto en yeso mate;
ver que es mi cráneo, que perdiera el seso,
y darle el monje ó el doctor un beso.

¡Beso piadoso que en el alma mia,
fuese cualquier entónces su morada,
el amargo recuerdo endulzaria
de la existencia terrenal pasada!
—Y aún más vivo mi júbilo sería
si del doctor, un dia, la criada,
al despolvar el cráneo, lo volcase...
y, por cogerlo, al seno lo estrechase.

.....

Jóvenes cuyos rizos ondulantes
 necia moda rapó á lo Cárlos Quinto;
 impenitentes viejos petulantes
 que el pelo blanco convertís en tinto,
 miradme calvo á mí, que imágen ántes
 fuera del melenudo Chindasvinto,
 y suplicad desde mañana al cielo
 que principie á mataros por el pelo.

¡Ah! que es muy noble usar en esta vida
 el último peinado..., el de esqueleto,
 y una parte mortal llevar perdida
 y otra inmortal ganada en tal conceto.
 Pues si el alma, del cuerpo desprendida,
 es más bella y más digna de respeto,
 quien pierde parte del humano lodo,
 pierde en suma la parte por el todo.

En lo demas, no temas, Fabio mio,
 que yo me porte con mi pelo muerto
 como el viudo que celebra impío
 segundas nupcias en su lecho yerto.
 ¡No: no lo temas! A pesar del frio
 y de las moscas, y aunque el gran desierto
 de mi calva se extienda hasta la nuca...
 ¡jamás—lo juro—me pondré peluca!

100
A;
sup
1st
1st
sup
1st
A;
sup
1st
1st

AYER Y HOY.

(EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUBIA,
HIJA DEL MARQUÉS DE BENALÚA.)

¿A quién le pides versos? ¿Al tímido poeta
que, de sus quince abriles en el risueño albor,
al pié del alta cima del cándido Veleta,
feliz cuanto ignorado, cantó el primer amor,

ó al vate cortesano, político incipiente,
señor de una rüina que fué su corazon,
que, en baile aristocrático, ceremoniosamente,
bailó, gentil Condesa, contigo un rigodon?

¿A quién le pides versos? ¿A aquel rústico niño
quê, en pastoril zampona, temblando de inquietud,
cantó el cielo y las flores y el maternal cariño
y de la edad pasada la clásica virtud,

ó al grave publicista que baila y filosofa,
vestido de etiqueta como un simple mortal;
que del dolor se olvida y del placer se mofa,
y estudia en los amores problemas de moral?—

Si es al campestre bardo, sabrás que á la otra orilla
del rio que el pié besa de su ciudad natal,
reclínase indolente tu solariega villa,
nombrada hoy *Benalúa* y enantes *Ben-al-guad*.

(Quien dice «*Benalúa*», ha dicho «*Hija del rio*»;
pues *rio* es *GUAD* en árabe; *el* *AL*; é *hija*, *BEN*.
—No olvides este dato, descubrimiento mio,
y aclámame académico, si te parece bien.)

Decíate, señora,—ó bien decir quera—
que, en los hermosos años de mi pasado Abril,
soñaba ya contigo mi jóven fantasía
én las amenas márgenes del plácido *Guadix*.

En tanto que allí humilde la multitud villana
me hablaba de su ausente, magnífico señor,
forjaba yo á mi antojo la bella castellana
que aquí compartiria su nombre y su esplendor.

Consorte ó *fija* suya, quién fueses ignoraba;
mas sér y forma y nombre en mi ilusion te dí.
Feudo al señor la villa solícita pagaba...
¡Yo en mis canciones feudo te tributaba á tí!

Y en tí, sin conocerte, la espléndida poesía
cifrabá de la corte mi ardiente inspiracion,

y todas las novelas y cuentos que leía,
en tí los encarnaban mis sueños de ambicion.

Y tú para mí fuiste la altiva castellana
cantada por Zorrilla, Walter-Scott y Ossian;
la reina, la cautiva, la monja, la sultana...
¡y yo me entristecía de no ser... ni sultan!

¡Oh... si en aquellos tiempos, gentil señora mia,
mostrado te me hubieras en tu feudal mansion,
y oír de mis cantares la lánguida armonía
hubieras deseado, al pié de tu balcon!...

¡Oh, Dios! ¡qué trova entónces mi lira diera al viento!
¡cuán dulce y regalado sonara mi laud!
¡qué versos te diría!... Mas hoy—mucho lo siento—
recuerdo en triste prosa mi ausente juventud.

Hoy soy un cortesano, político incipiente,
que casi se avergüenza del jóven en cuestion...
¡Hoy... con la sombra aquella que imaginó mi mente
me he visto mano á mano bailando un rigodon!

No esperes, pues, señora, suavísimos cantares
del arpa arrinconada de un trovador de frac:
espera, sí, requiebros y flores á millares...
en cuanto lo permita *la buena sociedad*.

Tú eres hermosa y tierna, discreta y elegante,
y afable, y distinguida, y atenta, y *comm'il faut*,
y el ideal realizas de la ilusion brillante
que en los paternos bosques mi alma idolatró.

Sí, sí: tú eres, cual fuiste para el poeta un día,
la musa, la sultana, la náyade, la hurí...
¡Yo soy el desdichado! ¡Yo soy, Condesa mia,
quien no se reconoce... al conocerte á tí!

1863.

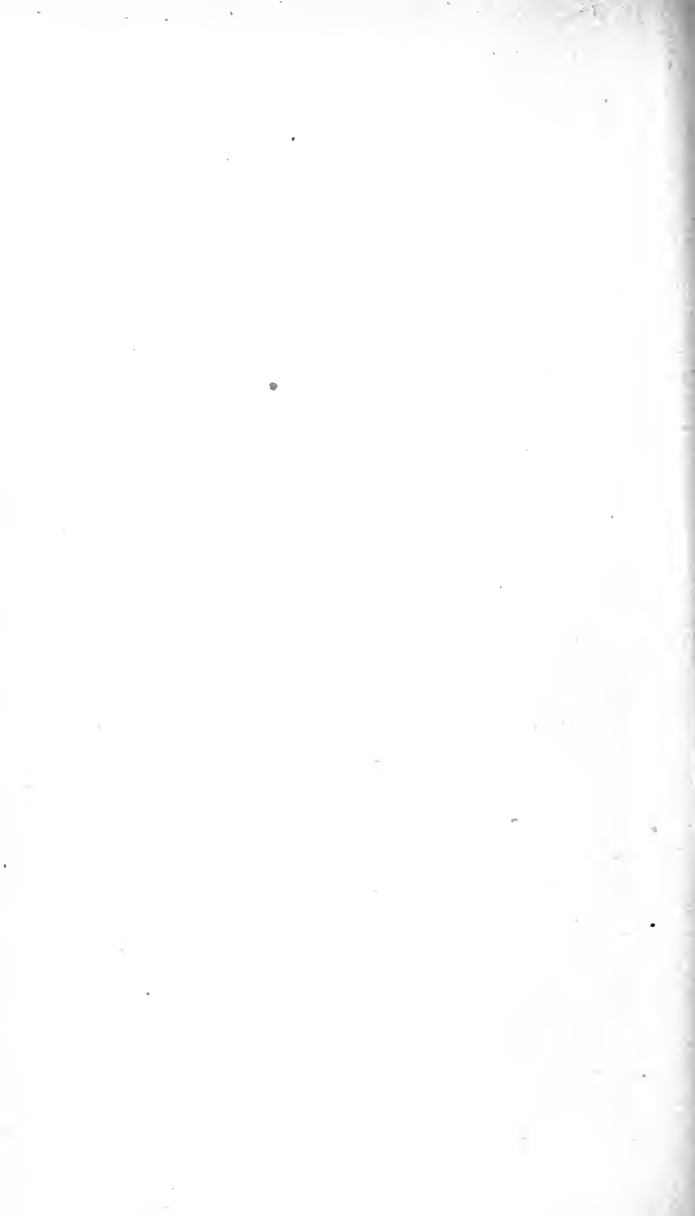
AL GENERAL CABALLERO DE RODAS,
EN EL ÁLBUM DE SU MUJER.

SONETO.

Soltero y coronel te he conocido:
dé brigadier y novio te he tratado:
hoy eres, que yo sepa, diputado,
general, director, padre y marido.

En la paz y en la guerra siempre he sido
tu amigo, tu crónista, ó tu soldado,
y hoy me siento en las Córtes á tu lado,
á seguirte al Infierno decidido.

Pues bien (dicho *inter nos* a questo sea):
jamás te hallé tan grande y tan hermoso
(ni en medio de las bombas y granadas),
como al verte, á la vuelta de Alcolea,
embelesado padre y fiel esposo,
recrearte en tus prendas adoradas.



Á MARÍA HOPPE.

Te conocí, María, en las primeras
dulces mañanas de tu tierna vida...
(Tú no te acordarás... ¡tan niña eras!)—

Cándida rosa, del amor nacida,
bella, pura, fragante, delicada,
parecias del cielo descendida
á encantar de los hombres la jornada.
Y de todos amada,
de almas y vidas celestial princesa,
reina y ángel al par en tu morada,
trono de bendiciones fué tu cuna,
que mecieron la paz y la fortuna.

Te ví despues en las amargas horas
que vertiste tus lágrimas primeras...
(De esto te acordarás... y, al oirme, lloras!)

Niña tambien, muy niña entónces eras;
mas no lo fué para llorar su cuita
tu corazon de nueve primaveras.

—¡Horas sagradas de emocion bendita!
 ¿Por qué no recordarlas cuando el mundo
 de otros amores con la fe te invita,
 si del dolor reside en lo profundo
 la verdad infinita?

.....

Pasó la nube del umbroso duelo:
 pasó, y, cual siempre, de tu hogar tranquilo
 te ví ser ángel, bendición del cielo;
 miéntas la edad, con mágico sigilo,
 te iba ciñendo el misterioso velo
 y el cinturón de flores
 con que la vírgen llega al peristilo
 del templo divinal de los amores.

Hoy, doncella gentil de quince años,
 vienes á mí, cual tierna sensitiva,
 de ensueños melancólicos y extraños
 abrumada la frente pensativa,
 y el libro en blanco de tu amor me entregas,
 cuyo prólogo quieres que yo escriba...
 —¡Oh noble corazón! ¡oh pecho hidalgo!
 ¡qué bien pagas las deudas del cariño!
 ¡cuán bien sabes que yo, si nada valgo,
 al igual que en mis hijos en tí adoro!...
 ¡Sí... ya lo ves: soy viejo... y, como un niño,
 al hallarte mujer, de pena lloro!

María, el blanco libro inmaculado
 que, en nombre de tus padres, inauguro,
 es de tu alma símbolo sagrado
 y emblema fiel de tu existir futuro.

En blanco, como el libro, está tu vida,
y en ella frases cantará de amores
la turba de galanes fementida
que vive, cual la oruga, de las flores.

No confundas la ingrata mariposa
con la leal, agradecida abeja
que el beso hurtado á la gallarda rosa
en ricas mieles convertido deja.

Ama el amor, María; no al amante
que más lisonjas á tu orgullo diga;
que el bien es del amor faro constante
y la austera verdad su única amiga.

El amor es el bien: si un día enojos
causan á tu conciencia sus latidos,
cierra, María, á su fulgor los ojos,
cierra, cierra á sus cantos los oídos!

El amor es el bien... ¡oh! no lo dudes;
y él pedirá á tu alma sus favores
con la voz de las íntimas virtudes,
no con el brillo de galanas flores.—

Así serás feliz...— Y ¡ay desgraciada
la que pise de flores larga alfombra:
que no hallará al final de su jornada
ni una flor que á su tumba preste sombra!

Diciembre de 1877.

Á DAGUERRE.

Desterrados de los cielos
los indómitos Titanes,
se agitan sobre la tierra,
cual prisionero en su cárcel;
y ora en las tinieblas buscan
de su porvenir la llave,
ora su celeste origen
del pasado en los anales.

No importa que por la vida
cruzen cual sombras fugaces
y unos tras otros se hundan
en negro abismo insondable...:
que, al resplandor de la Historia,
va esa raza de Inmortales
legándose, como herencia,
sus luchas y sus afanes,
del sagrado jeroglífico
en las gráficas imágenes,

ó del invento de Cadmo
en el diáfano lenguaje.

Desparece el manuscrito
en un mar de fuego y sangre,
y obeliscos y columnas
pasto son de los volcanes...
¡No importa! Entre el humo denso
Gutenberg al mundo nace,
y, en las alas de la imprenta
el pensamiento elevándose,
es como pródiga nube
que en rocío se deshace;
es como estrella luciente
que en mil destellos se parte.

En balde corre ya el tiempo;
la muerte lo empuja en balde;
pues muerte y tiempo trabajan
en la altísima pirámide
que sin cesar acumulan,
del libro en la ingente base,
pródiga de sí la Ciencia,
la Historia, avara implacable.

Ante el vapor entre tanto
la distancia se deshace,
y, cosmopolita el hombre,
es rey del globo gigante.
La chispa eléctrica gime
sierva de su mano frágil,
y alrededor del planeta
el fulminado mensaje,
rápido como el espíritu,
vívido, etéreo, impalpable...,

de horizonte en horizonte,
va de la aurora delante.—

Vencidos tiempo y espacio,
rinden al hombre homenaje:
mas áun resisten su yugo
la belleza agonizante,
la forma que desaparece,
la flaca materia instable:
panoramas de una hora,
flores que marchitas caen,
monumentos que se hundén,
generaciones errantes...

.....

¿Cómo del mundo sensible
podrá eternizar las fases?—

¿Cómo aplacar la rüina?

¿Cómo redimir el Arte?—

¡Gloria á *Daguerre!* El, osado,
trabó tan rudo combate,
y él, vencedor de la muerte,
perpetuó lo mudable.—

¡Miradlo! el pincel arroja;

del sol los cabellos ase;

un rayo de luz empuña;

roba sus tintas al aire;

y, con la misma paleta

que Dios pintó tierra y mares,

copia las divinas obras,

fija el pasajero instante,

retrata la faz del tiempo,

y hasta en la noche insondable

hace que brille la lumbre

del sol que en Poniente yace.

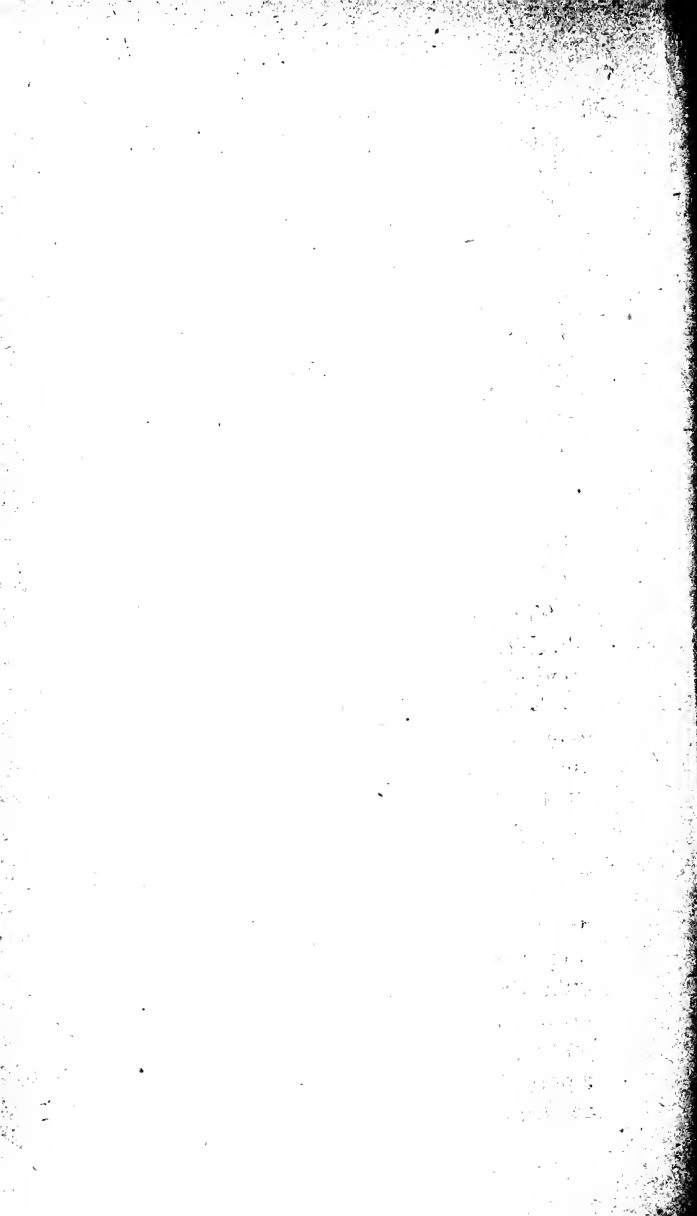
De Faeton y Prometeo,
de Icaro y de los Titanes
tú los delirios sublimes,
Daguerre, al fin realizaste...
Tú robas su fuego al cielo;
domas el rayo; los hazes
de luz, cual hazes de espigas,
vibra tu diestra arrogante,
y ufano alumbras con ellos
el rostro de los mortales.—

Ya la maravilla inmóvil,
ya los bronce y los mármoles,
y la severa rüina,
y el alto monte, y el valle;
ya la escondida cabaña,
y los dorados alcázares,
y cuanto el mundo contiene,
y cuanto del mundo parte;
así el astro que se eclipsa,
como el humano cadáver;
copiados en fiel traslado,
revisten formas constantes,
y el hombre en torno á sí mira
agrupadas mil imágenes
que condensan en un punto
séres, tiempos y lugares.—

Ya, cuando el hijo se aleje
de los brazos de la madre,
podrá ver á todas horas
su faz cariñosa y grave,
trazada, no con vil tierra,

por extraña mano inhábil,
sino por el sumo Artista
que el íris pinta en los aires.
Y luégo, cuando la muerte
para siempre los separe,
el triste que sobreviva
guardará una dulce imágen,
reflejo del bien perdido,—
como la luna süave
nos trasmite en la alta noche
la lumbre del sol que yace.—

¡Ah! si la vida es la sombra
de nuestras dichas fugaces;
si el presente es un recuerdo
de los pasados instantes,
¡bien hayas, Daguerre, bien hayas
tú que esa sombra fijaste
y, eternizando el crepúsculo
de melancólica tarde,
nos harás ver algun día
los juveniles celajes,
al fulgor de muertos soles,
del sepulcro en los umbrales!



Á VELAZQUEZ.

1599—1660.

Hijo póstumo de un siglo
de Génios y de Titanes;
cual ellos capaz de empresas
y pensamientos gigantes;
naciendo al mundo en los tiempos
de los Lermas y Olivares,
DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA
¡vive Dios, que nació tarde!

El laurel de Cárlos Quinto
era ya fúnebre sáuce
que el féretro del Imperio
cubria con su ramaje:
caduca yacía el águila
junto al leon espirante,
y polvo eran los caudillos
de Otumba, Lepanto y Nápoles.

En torno de sí el Artista
 miró tal vez,—anhelante
 de eternizar en el lienzo
 hombres, cosas, hechos grandes...—
 y ¿qué vió?—Misericordia y vicio,
 infortunios y desastres,
 y, entre empolvados trofeos,
 la Patria, yerto cadáver!
 ¡Oficiosos cortesanos
 á los Tellez y Guzmanes,
 y al pueblo de los Padillas
 supersticioso y cobarde!

En hora buena cantara
 pléyade ilustre de vates
 lances de amor y fortuna,
 duelos y citas galantes,
 ó de ninfas y pastores
 la inocencia recordase,
 por huir en las praderas
 vergüenzas de las ciudades...
 Pero el pintor atrevido
 que en la verdad cifró el arte,
 ¿dónde de la inspiración
 beber pudo los raudales?

¡Ay del génio que á los tiempos
 de abominaciones nace,
 y del miedo y la baja
 se agita en la estrecha cárcel!
 ¡Pronto, pronto ante su vista
 el mundo verá nublarse,

y serán turbios torrentes
los ántes puros raudales!

Tal el acerbo destino
fué del insigne Velazquez,
y tal en sus torvos lienzos
decirlo supo arrogante.
¡Vengado quedó en sus obras
de los públicos desmanes!
Vengado como se vengán
las almas de su linaje:
escupiéndolos al rostro
de su siglo miserable,
como Shakspeare y Quevedo,
como Byron y Cervántes!

¡Mirad!—Dolor y sarcasmo
asoman por todas partes:
¡víctima eterna es el hombre
de su desdén implacable!
Pigmeos de cuerpo y alma
encuentra á sus semejantes,
y en *Enanos é Idiotas*
les vuelve su torpe imágen.—
Baco y su estúpida corte,
ébria de un goce salvaje;
del odiado *Favorito*
el ridículo donaire;
el *Bobo* que llora y rie;
el inmundo *Comediante*;
el descamisado *Esopo*,
que discurre por las calles,

apedreado del vulgo ,
 de quien aún sigue mofándose ;
Vulcano, del alto Olimpo
 único dios que le place,
 y *Mercurio* porque roba,
 y aquel irrisorio *Marte*...
 son, por cierto, digno asunto
 de su lúgubre carácter,
 risotadas de su cólera,
 despiques de sus afanes,
 sátiras que á llanto mueven,
 de tedio bruscos arranques,
 en que del alma sombría
 toda la negrura esparce.

¡Oh! ¡y con qué siniestro júbilo,
 con qué afan inexorable
 nos lega tambien la imbécil
 faz de los Párias Reales!
 Ved de la austriaca familia,
 que ya en la estulticia cae,
 cuál brotan de su paleta
 los macilentos semblantes.
 De los últimos *Felipes*
 la vaga mirada exánime,
 la frente angosta y marchita,
 los flacos miembros sin sangre,
 dijeran hoy, si la Historia
 sonrojada lo callase,
 por qué de los Españoles
 rodó al fango el estandarte,
 y unas tras otras perdieron

las conquistas de sus padres!
 ¡Mirando á *Felipe Cuarto*
 junto á la efigie arrogante
 que de su gran bisabuelo
 pintó de Ticiano el arte,
 adivínase ya próximo
 el mísero desenlace
 que tuvo en *Cárlos Segundo*
 la obra de Cárlos de Gante!

¿Pudo no ver el Artista
 ese tremendo contraste?
 ¿ó al escarnio lo legaba
 de las siguientes edades?
 —¡Todo lo vió! Y al legarnos
 tan propios y tan cabales
 los retratos de una corte
 y unos reyes semejantes,
 que nos dejaba sabía
 en unas mismas imágenes,
 al par que retratos fieles,
 caricaturas audaces!

¡Oh pintor de la verdad!
 ¡oh valeroso Velazquez!
 de tanta abominacion
 crítico fuerte, no mártir...
 ¡Gloria á tí! ya que no en rica
 tumba de preciosos mármoles,
 ¡gloria á tí en el panteon
 de tus obras inmortales!
 —En vano Daguerre un dia

robará su luz radiante
al sol, feliz Prometeo,
y en un espejo inmutable
fijará con esa luz
el rostro de los mortales...
Loor eterno el orbe todo
tributará á ese gigante...
Inmensa será su gloria...
Pero es tu gloria más grande.

Sí: que el inspirado artista
que pinta la luz y el aire,
é, idealizando á los hombres,
copia su alma impenetrable;
el que un lienzo inanimado,
donde tierra vil esparce,
trueca en movimiento y vida
y en afectos y en catástrofes,
no roba su fuego al cielo;
que en el corazon lo trae:
al sol no pide sus rayos;
que un sol en su frente arde!

EL CIGARRO.

(Á DON ÁNGEL MARÍA CHACON.)

Lio tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y en seguida
tiro la punta; bárrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver.—El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura:
el humo que se eleva, su esperanza:
lo que arderá despues... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma... piérdese en el cielo!

Málaga, 1854.

Á MERCEDES,

EL DIA QUE SE PUSO DE LARGO.

«¡Vedla'—dijeron las Hadas.—
»Su corazon ya palpita...
»languidecen sus miradas,
»y sombras enamoradas
»cruzan su frente bendita.

»Efluvios de primavera
»circulan ya por su alma,
»y en su mejilla hechicera
»súbito rubor altera
»la dulce, inocente calma.

»Melancólica ilusion
»persigue con raudos giros

»su inquieta imaginacion,
 »y curioso el corazon
 »se entreabre á los suspiros.

»Como el rosal en Abril,
 »por sus venas otra vida
 »siente que cunde sutil...
 »y en la rama estremecida
 »brota la rosa gentil.

»¡Colmada está de hermosura'...
 »promesas de amor las flores
 »son y nuncios de ventura...
 »¡luzca para esta hada pura
 »la estacion de los amores!...»

Así las Hadas dijeron...
 las Hadas que tan hermosa
 en la cuna te mecieron
 y á tu adolescencia dieron
 sueños de color de rosa!...

Y luégo añadieron:—«Pues
 »que Hada cual nosotras es,
 »vistámosle nuestras galas,
 »alargándole las alas
 »hasta taparle los piés.»

Y te vistieron de largo,
 muy de largo... que es el tono:
 y estás muy bien... Sin embargo,
 se nos va á hacer muy amargo

no ver tu pié, que es tan mono!

¡Paciencia! ¡cómo ha de ser!
te has convertido en mujer,
como yo me vuelvo viejo...
y, pues lo soy, un consejo
oye... que te ha de valer.

Los fantasmas de colores
de la rica juventud
son espectros vengadores
cuando del Abril las flores
no dan frutos de virtud.

Locura es y vanidad
cuanto se palpa y se mira...—
lo invisible es realidad...—
el cuerpo es fugaz mentira,
y el alma... eterna verdad!

No busques la dicha ansiosa:
nadie la dicha nos da:
la dicha es perla preciosa
que en el corazón reposa
del que buscándola va.

La bondad y la inocencia
que hoy brillan en tu existencia
son toda la dicha humana:
¡luzcan siempre en tu conciencia,
cual lucen en tu mañana!

Mírate en el claro espejo
de tus ínclitos mayores...—
y aquí termina el consejo;
que tengo gana, aunque viejo,
de volver á echarte flores.

Granada, 1863.

EN EL ÁLBUM DE MARÍA.

«No busques la dicha ansiosa:
»nadie la dicha nos da:
»la dicha es perla preciosa
»que en el corazón reposa
»del que buscándola va.»

Así dije yo, María,
cuando, abrazado á mi fe,
sin esperanza vivía
de encontrar (pues la encontré)
un alma igual á la mía.

En el álbum lo escribí
de una niña..., y me arrepiento;
pues hoy sé, y lo sé por mí,
que la engañé en el momento
en que enseñarla creí.

Que si es profunda sentencia,
que no hay gloria en la existencia
como ver mirarse en calma
el cielo de nuestra alma
en el mar de la conciencia,

pruébase mayor consuelo
si amor el amor inspira
y, ufanas de un mismo anhelo,
un alma en otra se mira
como un cielo en otro cielo.

Y es venturanza sin par,
en el gozo y el pesar
ver juntas y confundidas
en una vida dos vidas,
como un mar en otro mar.

Desconocí, pues, María,
la más hermosa verdad
cuando á la niña decia
que sólo en sí encontraría
contento y felicidad.

Negué la mayor ventura
que el alma le debe á Dios:
dejar su cárcel oscura,
fundirse en otra alma pura
y hacer una de las dos.

Negué lo que luego ví
que tu esposo hallaba en tí,
de su honra y amor espejo...
Negué... ¡lo que siento en mí
hoy que principio á ser viejo!

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

EPÍSTOLA.

¡Ay!... pasaremos, sí: de nuestra nada
 ¿qué podremos dejar á nuestros nietos?
 Escombros, cementerios, esqueletos,
 padron de esta sangrienta bacanal,
 do en breve sobre un suelo de cenizas
 podrá, vagando atónito el viajero,
 romanas piedras encontrar primero
 que el polvo de esta raza criminal.

PASTOR DIAZ.

Al triste rayo de menguada luna,
 de la alta noche en la solemne calma,
 léjos de vos, seguido de mis penas
 y á solas con mi alma,
 héme aquí conturbando las serenas
 olas del muerto mar de lo pasado...
 ¡Heme aquí anonadado
 bajo el peso de mil generaciones,
 que fueron y no son, como algun dia
 polvo será la nuestra,

que otras profanarán con planta impía,
y polvo cuantos pueblos y naciones
baña esa luna macilenta y fría!

—Tal es al cabo la benigna suerte
de todo lo que existe...

¡Tras un breve dolor, la paz inerte!...

¡Hoy... de la vida la faena triste,
y mañana el descanso de la muerte!

Por eso el alma, que recorre el suelo
sedienta de verdad y de reposo,
al contemplar se aterra
este insepulto espectro pavoroso
de un imperio borrado de la tierra!
Pasó la Roma que venció á Cartago;
pasó de Atíla el funeral estrago;
del Africa y la Arabia las legiones,
como arenas que el viento arremolina,
sobre España cayeron,
é imperaron, lucharon y se hundieron:
y discordia intestina
cien veces renovada,
y la defensa de la patria hollada,
todo volvió y pasó: llanto y ruina
y desastres doquier dejó la espada....
¡y aún se eleva esta obra peregrina,
hermana de la Historia,
grandioso panteon de las edades,
de muertas razas sepulcral memoria,
sombra de otras ciudades
que dieron á las nuestras nombre y gloria!

¡Oh! al ver esta gran máquina, parece
que sus cientos de arcos son centurias
que trémulas se abrazan
por no caer del tiempo á las injurias.

Sus brazos entrelazan
en pasmosa, extensísima cadena,
y la frente serena
dibujan en el cielo,
como los montes do el nublado truena
levantan sus pirámides de hielo.

—No; no es la tierra quien su pié sostiene:
Dios es, sin duda, quien así mantiene,
colgado de las ráfagas del viento,
aqueste monumento:

¡Dios vela por el viejo Patriarca
que el bien del cielo por doquier reparte,
piadoso alzando en el espacio el Arca
que al monte, al valle y la ciudad convida
con los puros raudales de la vida!—

¡Hércules bienhechor, entre sus brazos
por los aires suspenso lleva un río!...

Cuando caiga en pedazos,
¿quién en la enhiesta y habitada roca
el ardor templará del seco Estío?
En vano el lecho del barranco umbrío
ahondarán el Eresma y el Clamores
con sus raudas corrientes....

De Segovia los tristes moradores
secas verán de su ciudad las fuentes,
y secas en sus cármenes las flores!

¡Ay! ¡la naturaleza degenera

segun crece del alma la osadía!
 El aliento de Dios nos abandona,
 nuestro barro mortal se desmorona,
 y del planeta el corazon se enfria.—
 ¡Pasó el impulso de la edad primera!
 Del sol la eterna hoguera
 á nuestros turbios ojos palidece,
 y el árbol y la fiera,
 y todo, en fin, lo que gigante era,
 enano y pobre y sin vigor perece.—
 Así es que miro con pavor secreto
 este disforme, lúgubre esqueleto
 de aquel pueblo de Dioses y Titanes
 que el orbe todo conmovió en su furia...,—
 como, lleno de horror, ví de la Etruria
 en los muertos volcanes
 fósiles, armas, ídolos, ruinas,
 restos de aquella madre corpulenta
 que incubara las águilas latinas,
 ó como, en la osamenta
 del antidiluviano megaterio,
 de otro mundo mayor hallé el misterio.

¡No! ¡no es el cielo de Cartago ó Roma,
 cual mi ilusion lo sueña,
 ese que de luceros tachonado
 bordan los arcos de la antigua peña!
 ¡Es el cielo de España! Y no ya ornado
 con la mejor-estrella del destino,
 sino de astros adversos coronado.
 ¡Ay! ¿dónde están del héroe saguntino,
 de Guzman, de Viriato y de Padilla

los claros soles, la fulgente gloria?
 ¡Melancólica luna sólo brilla
 sobre el libro cerrado
 de la española historia,
 que, entre rotas espadas
 y palmas y coronas marchitadas,
 asemeja una piedra mortuoria!

¡Y todo así! La vida y la esperanza
 se agostan por doquier: árida y triste
 la despiadada idea
 es hoy reina del mundo: el hombre avanza
 destruyendo á su paso cuanto existe,
 sin fe, sin entusiasmo en la pelea...
 ¡nada á su empuje asolador resiste...
 y nada en cambio crea!

¡No sé retroceder! Pero lamento
 las flores de la vida
 que la hoz del interes segó en mal hora!
 ¡Lloro por el divino sentimiento,
 ángel caído que en mi llanto llora
 agravios del altivo pensamiento!

No más, no más, señora,
 mi negra fantasía,
 al ver esta necrópole gigante,
 absorba su fatal melancolía.
 ¡Ay! ¡al llegar, cansado caminante,
 á este sepulcro de los muertos siglos,
 toqué la vanidad de la existencia
 y el humo ví volar de los amores:
 mi ambicion se hizo polvo á su presencia:
 cual fuego fatuo desprecié la gloria,

y mi esperanza huyó! Sentí amargura
y tedio de existir....— En tal momento
mi alma os recordó, y vuestra memoria
alivio fué y solaz del pensamiento.

1855.

LA MOÑA.

(Á LA EXCMA. SEÑORA MARQUESA DEL SALAR.)

SONETO.

¡Cuán airosa y ufana en la corrida
irá la noble fiera, engalanada
con tan bella divisa, regalada
por tan ilustre dama y tan garrida!

Cárdena sangre de la oculta herida
matizará la seda recamada,
y aún el toro, al mirarla disputada,
más sentirá el perderla que la vida.

¡Oh, si al coger la codiciada prenda,
tu corazón ganara y tu albedrío
el esforzado justador!...—¡Oh gloria!

Todos fueran al par á la contienda,
y yo, ante todos, redoblando el brío,
diera la vida allí por la victoria.

Granada, 1864.

Á LA EXCMA. SEÑORA
BARONESA DE CÓRTEZ,

QUE REGALÓ UN ABANICO Á MI HIJA PAULINA.

De vuestras manos
que, por lo bellas,
manos parecen
de estatua griega;
de aquesas manos,
que así manejan
la docta pluma
como la rueca;
manos de dama,
de rica-hembra,
que al par labora,
cura y gobierna...

De vuestras manos,
que á un tiempo llevan,
así en los duelos

como en las fiestas,
de honrada casa
cortas las riendas,
del limosnero
flojas las sedas,
franco el aplauso
que al bueno premia,
y del socorro
pronta la venda...

De tales manos
¡oh Baronesa!
vuestro abanico,
próvido emblema,
cetro dorado,
mágica enseña,
llave del cielo,
vara hechicera,
hoy á las manos
de mi hija llega.

Es esta niña
la luz primera
que mis amores
diéronme en prenda.
Fué, tras los sueños
de mi existencia,
de la esperanza
cumplida oferta:
¡tierno capullo
de otra flor bella
que es de mi vida
fiel compañera!—

Ambos tenemos
puestos en ella,
no ya los ojos,
el alma entera...
Y nuestras ansias,
las preces nuestras,
cuanto afanamos
sobre la tierra
es por que flores
sigan su huella
cuando á su lado
ya no nos vea...

No, pues, palabras
hay en mi lengua,
sino temblores
del alma mesma,
cuando mis ojos
ven, dama egregia,
noble cantora,
maga benéfica,
que el abanico,
de dicha emblema,
cetro dorado,
mágica enseña,
llave del cielo,
vara hechicera,
de vuestras manos
pasa á las de ella.

Dulce hija mia,
bien del poeta;
luz de mi alma;

mi primogénita;
noble Paulina;
flor de mi idea;
prez de mis canas;
sol que me alegras:
vé, y á la diosa
que de esa prenda,
para tu dicha,
te hizo heredera,
(dándole un beso
y un Excelencia)
dile... en fin, dile
lo que tú quieras!

MAÑANA SERÁ OTRO DÍA.

A PETRA, DE NUEVE AÑOS.

Tras lenta noche nublada,
que eterna el alma creía,
brilla pura y nacarada
la estrella de la alborada,
presagiando un nuevo día.

Y entre las rosas de ayer,
que orgullo fueron del prado,
sonríe al amanecer
gentil *capullo* cerrado,
que *flor* mañana ha de ser.

¡Sol radiante! ¡Fresca rosa,
que tantos admirarán!
Hoy en vuestra aurora hermosa
vierten lágrima ardorosa
los ojos que no os verán.

Pasion, encanto, alegría
sereis de mil amadores,
en tanto que el alma mia
seguirá en noche sombría
llorando sus muertas flores.

¡Que no brindan al desierto
verdor las brisas de Mayo,
ni calor al polo yerto,
ni flores al tronco muerto
del árbol que abrasó el rayo!

Pero no turbe mi pena,
niña hermosa, flor temprana,
estrella de amor serena,
la dicha que te enajena
en tu cándida mañana.

Antes que fiera amargura,
probarás las ilusiones,
y el amor, y la ventura...
pues siempre habrá corazones
ricos de amor y ternura.

Que es inmortal la inocencia,
y tiene su Abril cada año,
y no se compra la ciencia,
ni se enseña la experiencia,
ni se hereda el desengaño.

El sol que en el Occidente
su sien fatigada hunde,

vuelve otra vez al Oriente,
y desde allí alegremente
vida y juventud difunde.

Y por más que un triste muer
desengañado de amores,
tendrá cada Primavera
tantos pájaros y flores
como tuvo la primera.

Conque así, querida mia,
hazte mujer sin recelo;
espera, sueña, confía...;
que, mientras exista el cielo,
mañana será otro día.

Junio.—1863.

EL ÁLBUM HEREDADO.

Dulces hermanas, á la par gentiles,
discretas á la par y candorosas,
que el pleno encanto de los veinte Abriles
mostrais, cual ramo de gallardas rosas,
en talle y faz y gracias juveniles:

¿Qué álbum es este tan precioso y rico
(bordado de seguro por las hadas),
donde encuentro (y á fe no me lo explico)
autógrafos, pinturas y baladas
que tienen ya de fecha treinta y pico?

¡Cantan aquí la gracia y la hermosura,
con el ardor de sus mejores años,
Quintana, Gil y Zárate y Ventura,
y, haciendo coro al General Castaños,
Martinez de la Rosa amor murmura!

¡Astros fulgentes de la patria fueron,
que nunca ingrato eclipsará el olvido!...—
Pero ¿cómo estas coplas os hicieron,
si algunos de ellos ¡ay! hasta murieron
cuando vosotras dos no habiais nacido?

«*Voces son de otros sueños y otros dias...*»
—responde el eco de la edad pasada.—
¡Ah! lo comprendo todo, amigas mías:
este libro de flores y poesías
el álbum fué de vuestra madre amada.

En él un tiempo á la gentil doncella,
que hoy es perfecta y ejemplar matrona,
una corona, por afable y bella,
tejiéronle esos vates, y hora ella
os da con alma y vida su corona.

Y aquí ya empiezan á deciros flores
otros poetas y otros amadores,
como, del bosque en el ramaje umbrío,
nueva generacion de ruiseñores
canta nuevos amores cada estío.

Así tambien, en el cerrado huerto,
de renovadas y fragantes rosas
el rosal cada Abril se ve cubierto,
y en torno de ellas nuevas mariposas
vuelan con loco afan y giro incierto.

Vate (y aún jóven) de la edad presente,
tócame á mí cantar vuestra hermosura...

Però luégo vendrá la edad siguiente,
y oireis á otros poetas, dulcemente,
cantar de vuestras hijas la ventura...

Pues ya dije otra vez que, aunque se muera
cada otoño un ejército de amores,
«tendrá cada Primavera
» tantos pájaros y flores
» como tuvo la primera.»

1872.

1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

LA PALMA.

A LA ESPOSA DE UN POETA.

SONETO.

La palma audaz que en el desierto crece,
hospitalaria acoge al caminante;
grata sombra le presta, y abundante,
sabroso fruto pródiga le ofrece.

Al són del huracan fiero se mece,
y, cuanto él ruge más, más arrogante
resiste, y más hermosa y elegante
en los azares de la lid parece.

Premio de la virtud es cada rama
del árbol inmortal; dón á que aspira
el que trueca la paz por la victoria....

Y ese dón eres tú, perfecta dama,
para el esposo que en tu amor se inspira,
viendo en tí misma á tu rival la *Gloria*.

EN VARIOS ABANICOS.

I.

Lo que hayas de mirar por las varillas,
 míralo cara á cara:
 que una niña no debe ser avara
 del suave carmin de sus mejillas...
 —ni mirar á hurtadillas.

II.

Cuando mires estos versos
 al tiempo de abanicarte,
 piensa que la dicha es humo,
 piensa que la vida es aire.

III.

¿En dónde habrá un abanico
 semejante á un *solo* á copas,

de espada, basto, malilla,
punto, rey, caballo, sota?

IV.

¿A qué llevas abanico
si, en tu casa y en la calle,
suspiros y bendiciones
siempre están abanicándote?

V.

Cuando tú te abanicas,
sopla en la Côte,
si estás triste, *Solano*,
si esquiva, *Norte*.

Si airada, *Noto*,
y si amorosa y tierna,
dulce *Favonio*.

EN LA TUMBA DE UN ASESINADO.

SONETO.

No lágrimas merece la memoria
del que justo vivió y honrado muere,
ni gritos de venganza el alma quiere,
si escucha ya los cánticos de gloria.

Quien al caer, cual víctima expiatoria,
perdona generoso al que le hiere,
cándidas flores del amor espere,
sacras, más que el laurel de la victoria.

Hoy esas flores tejen tu diadema
y adornan tu callada sepultura,
como ayer adornaban tu camino.

Ellas de tu virtud son el emblema...—
¡Así dejáran su semilla pura
en el alma del bárbaro asesino!

1859.

Á LA POETISA VASCONGADA
DOÑA MATILDE ORBEGOZO.

En tanto que el espléndido Oceano
terso mires cual diáfana laguna,
rendido en las veladas del verano
á las caricias de la insomne luna;

en tanto que, depuestos sus enojos,
se esplaye en dulce y religiosa calma,
insondable y azul como tus ojos,
infinito y en paz como tu alma,

el lúgubre naufragio de mi vida
no cruce, no, Matilde, por tu mente,
ni turben tu existencia bendecida
las tempestades de mi pecho ardiente.

.....

Mas si, en los dias del sañoso invierno,
por estas playas áridas y solas
triste cruzares, el clamor eterno
del Noto oyendo en las revueltas olas;

al ver el cielo cárdeno y sombrío,
el Oceano lóbrego y desierto,
y, entre sus ondas, el cadáver frio
del náufrago que tarde llega al puerto,

acuérdate de mí, que, errante y solo
—¡muy léjos, ay!-- los mares de la vida
surcaré sin hallar rumbo ni polo
á mi esperanza siempre combatida.

Portugalete, Agosto de 1863.

Á AGUSTINA,
VIUDA DE UN TÍSICO.

Brilló y desapareció.—Tocó tu alma
con sus alas de fuego, y encendida
te sentiste en su amor: el áurea palma
de tu virginidad cogió en sus brazos,
y ufano, y anhelando eterna vida,
su espíritu rompió los pobres lazos
del cuerpo inerte y frío,
y en el éter sin fin lució y perdióse
cual fugaz meteoro del Estío!

.....

Fué ráfaga de lumbre que un momento
abrasó tu mirada:
fué en el abismo azul del firmamento
estrella enamorada.

Fué relámpago en noche de tinieblas;
íris de un solo instante de bonanza;
faro que brilló un punto entre las nieblas

del proceloso mar de tu esperanza.

Fué rayo de pasion; suspiro ardiente;
eco blando de dulce cantilena;
perfume evaporado en el ambiente;
ola de espuma que tragó la arena.

Sueño, vision, delirio, nube errante,
flor de una sola tarde fué en tu vida:
la llevaste á tus labios, y triunfante
murió, en su propio fuego consumida.

¡Él dichoso! ¡Ay de tí!—Breve y sin fruto
pasó de tu existir la primavera,
y horas de llanto, de viudez y luto
nublan el cielo de tu edad primera.

Agustina ¡ay de tí!... ¡temprano alcanzas
la muerte de tus dichas ilusorias!
¡temprano tus hermosas esperanzas
ves trocadas en fúnebres memorias!

Mas... pon el alma en Dios, y tu adorado
te sonreirá otra vez radiante y puro;
no en la sombra letal de lo pasado...,
sino en la eterna luz de lo futuro!—

Así, cuando el crepúsculo muriente
se apaga en brazos de la noche fria,
el peregrino vuélvese al Oriente,
esperando la luz de un nuevo dia.

CARTA

AL SEÑOR D. GREGORIO CRUZADA VILLAAMIL.

No á la orilla del agua (pues sospecho
que éste el origen fué de las tercianas)
¡oh caro Villaamil! mi carta fecho,—

aunque sé que las Musas castellanas
despachan el correo comunmente
á la márgen de un rio... (¡y no son ranas!)

Féchola, sí, á catorce del corriente,
en la *Vega de Pas*... (y no en la vega,
sino en mi casa, de la vega enfrente.)

—Lánguido el Pas las hortalizas riega
que cultiva y se come á dos carrillos
la famosa en Madrid hembra pasiega.

Viérasla aquí, entre chotos y novillos,
 arar, sembrar, coger... ¡siempre á la espalda
 el cuévano cargado de chiquillos!...

ó bailando en los campos de esmeralda,
 los domingos y fiestas, la hallarias,
 con las trenzas más largas que la falda,

recios los huesos, las miradas frias,
 y rebosando del corpiño el pecho,
 rica promesa de robustas crias.

—Mas ¡oh cálculo vil!... sólo provecho
 buscando en el amor, franco de porte
 abren á estos gahnápiros el lecho;

y, sin que el hijo luégo les importe,
 anuncian *leche fresca* en el DIARIO
 á las bellas *madrastras* de la corte!...

—Pero ¿adónde mi humor atrabiliario
 me lleva ya?... Perdona, amigo mio,
 las digresiones de mi estilo vário...

Te hablaba de estos campos y este rio,
 do, de rocas y selvas sombreado,
 eterna primavera es el Estío.

Flores esmaltan el verdor del prado,
 que rudo monte con su planta oprime;
 mécese el aire puro y regalado...,

y allá, á la tarde, cuando todo gime,
los pájaros, el agua, el bosque, el viento
alzan á Dios un cántico sublime.

Entónces ¡ay! su rayo macilento
manda á la tierra, donde triste moras,
la luna desde el alto firmamento...

¡Si amor sentiste ó desengaños lloras,
probado habrás la religiosa pena
que acude al alma en tan solemnes horas!

Aquella luz fantástica y serena
reflejo es de la dicha malograda
que el corazon con sus memorias llena...

Pero poco te importan, y á mí nada,
mi antigua fe ni la beldad que lloro...—
Conque hablemos un poco de Granada.

—Verte me finjo del Imperio moro
la historia descifrar, que sus rüinas
guardan en letras de carmin y oro...

¡Aún, de Alepo y Damasco peregrinas,
llegan las bendiciones del Profeta
en alas de las fieles golondrinas!...

Aún oirás, en tus sueños de poeta,
de Boabdil el patético suspiro
resonar en la cumbre del Veleta!

Silencioso y estático te miro
frente á esa sierra en que rodó mi cuna...
¡de mi paterno hogar santo retiro!...

Ahí, contemplando la ciudad moruna,
miéntas yo busco aquí la luna entera,
buscando estarás tú la *Media Luna*...

Que así los dos de nuestra edad primera
la fe empleamos y el afan de gloria
en perseguir quimera tras quimera...

Y así, en los brazos de la madre Historia,
ó de la tierra en el regazo amante,
sin esperanza tú, yo sin memoria,

solos y ajenos al presente instante,
corremos lo futuro y lo pasado,
tú mirando hácia atrás, yo hácia adelante.

—¡Ah!... ¿por qué? ¿Ni á la patria ni al Estado
(que sinónimos fueron algun dia)
falta hace un hijo, un mártir, un soldado?

Méjico, Gibraltar, la chusma impía
que, afrentando la sombra de Cisneros,
con júbilo cruel nos desafía,

¿será que siempre nos aguarden fieros,
sin que salten ¡oh Dios! á la venganza
trémulos de la vaina los aceros?

Creendo voy que sí..., y aún se me alcanza
que hacemos como sabios, pues vivimos
yo sin memoria, tú sin esperanza!

También nosotros nuestro tiempo hubimos
de falaz ilusion... (¿quién dijo miedo?)
¡y acaso el mundo estremecer quisimos!!

¡Con qué afición y militar denuedo
el manejo aprendimos y los trances
de las viejas espadas de Toledo!

¡Cuántos soñados y posibles lances!
¡Cuántos héroes trocados en *molinos*!
¡Qué ocasión de epopeyas y romances!

—Pasaron ¡ay! los sueños peregrinos
de tan noble ambición... y halló la mente
de otra ambición los cálculos mezquinos.

¿Qué mucho, pues, que, en ocio indiferente,
los que nacimos ó temprano ó tarde,
seamos extraños á la edad presente?

—¡Extraños, sí! Ya el fuego aquel no arde
que arrojó al Español á altas empresas:
flaco yace el Leon, viejo y cobarde;

y ni ruegos, ni golpes, ni promesas
harán que brote la extinguida llama
del perdido entusiasmo en las pavesas!

¡Oh! ¡Quién nos diera de la antigua fama
digno un lugar, en que la estéril vida
rendir en feudo á *Patria, Dios y Dama!*

¡Quién el desierto de la edad perdida
poblar pudiera de esforzados hechos,
dignos de un alma á batallar nacida!...

La fe, el honor, la patria, los derechos
del débil contra el pérfido tirano,
siempre animaron juveniles pechos.

¡Oh... sí!... La cruz del Héroe valenciano,
ó de JAVIER el báculo bendito
empuñar: al hidalgo lusitano

seguir, cuando en el piélagos infinito
demarcaba del Africa el lindero;
ó, respondiendo al angustioso grito

de Italia ó de Polonia, allí, el primero,
pelear y morir... ¡propio sería
de un Español cristiano y caballero!

Y si esto no es de moda ya en el día,
fuérame igual, para llenar el hueco
de mi existencia pálida y vacía,

dejar el mar Mediterráneo seco,
ó subirme á las barbas del dios Marte
por el cañon de un telescopio sueco!

—Pero ¡inútil afán! ¡Aun para alzarte
de nuestro siglo á la altitud mezquina,
debes ir con la música á otra parte!

Vuelve los ojos: la muralla china
rompen al fin los héroes de Crimea:
en Africa el francés entra y domina:

sangre de los cristianos, que aún humea,
ya lavó con la suya el Agareno,
que lidia y muere en bárbara pelea (1):

los rudos Andes, que corona el trueno,
tiemblan heridos, y los dos rivales
mares sin fin se buscan en su seno:

de Asia y Libia los lazos perennales
rotos serán también, que ya impaciente
gime la nave opresa entre arenales...:

y hoy... salvando del mar la voz rugiente...
bajo sus olas mil... ¡el grito humano
pasa del uno al otro continente!

¡Vencido está el indómito Oceano!
La vela y el vapor su frente hirieron:
su corazón, el fuego soberano!

(1) A la sazón castigaba Francia las agresiones de los islamitas contra los cristianos del Libano.

—Entre tanto, Cruzada, los que vieron
vírgen aparecer ante su vista
aquel mundo que imbéciles perdieron.

no aspiran á más gloria ni conquista
que saber (la cuestion es de importancia)
si el Conde (1) es moderado ó progresista!!

Y no habrá ni proyecto, ni ganancia,
ni honor, ni patria que urja como eso:
¡que se hunda el mundo, que nos coma Francia,

los debates del próximo Congreso
serán... sobre qué dió más gusto á Roma,
si esa *Moderacion* ó ese *Progreso*!

—¡Oh fe del alma, mística paloma,
que en torno de la mente del poeta
nubes agitas de impalpable aroma...,

¿qué restará de tí cuando te meta
(pues todos á la postre nos cansamos)
en tu jaula á ganar una peseta?

¡Famoso porvenir! ¡Los que abrigamos
tan altiva ambicion, al fin vendremos
siervos á ser de semejantes amos!...—

Deliremos, Gregorio, deliremos,

(1) O'donnell, Conde de Lucena.

emigrando á la Historia, ó en el Arte
dando á nuestra pasion goces supremos...

¡Tú en Granada feliz! Ahí su estandarte
clavó la ilustre reina de Castilla
del Moro en el hundido baluarte...

Ahí verás la primera maravilla
de la rica oriental arquitectura...
Ahí verás... ahí véras... (*Véase ZORRILLA*).

—Las de ojos negros y gentil cintura,
te recomiendo yo, pálidas diosas...
(trasposicion se llama esta figura):

hijas del cielo, del Profeta esposas,
aman desde el nacer á quien las mira,
como desde el nacer huelen las rosas.

Poesía es el amor (mas no mentira)
en ese viejo Eden, donde aún no es raro
ántes del Sacramento ver la *Egira*:

donde puedes pasar la noche en claro,
recibiendo de un labio balbuciente
dulces promesas en tu labio avaro;

y donde nace la Española ardiente
que vió á sus plantas la imperial corona,
ó la que vence al vencedor de Oriente!

—¡Ah! goza, triunfa, de galan blasona,

admira, estudia, alégrate, y olvida
la política vil en esa zona;

mientras que yo, juguete de la vida,
devorado de tedio y de pereza,
yazgo, como Reinaldo en los de Armida,
en brazos de mi fiel Naturaleza.

Setiembre de 1858.

Á SAN RAMON NON-NATO.

SONETO.

Tú, que á Dios te pareces y á mis nietos
 por tu rara excepcion de *no-nacido*;
 segundo Adan, pues nadie te ha parido;
 de Jonás viceversa en los aprietos;

retoño de la Nada en los efetos,
 si la *Nada* es igual al *haber sido*;
 desfacedor de agravios de marido;
 patrono y abogado de los fetos:

vuélveme el pelo; quítame el bigote;
 arráncame los dientes; la comadre
 haz que me vista el primitivo hato;

y, trocado en inerte monigote,
 sepúltame en el vientre de mi madre...;
 que, mejor que *nacido*, es ser *non-nato*.

1864.

1911

1911
1911
1911
1911
1911

1911
1911

(1)
1911
1911
1911
1911

LOS DIAS DE ASUNCION ⁽¹⁾(NIÑA DE CINCO MESES.)

I.

CORO DE ALDEANOS.

¡Qué hermosa y qué risueña,
 qué engalanada
 desciende de los montes
 hoy la mañana!
 ¡Dios la bendiga!...
 Venid... Salgamos todos
 á recibirla.

Mañanica dichosa;
 tú, la primera

(1) *Asuncion* era hija del Médico de un partido rural de la provincia de Santander; hombre excelente por su mucha caridad y gran ciencia, al cual tenían aquellos aldeanos tanta veneración como cariño y agradecimiento.

que de Asuncion los dias
plácida alegras:
leda y cantando,
como has venido este,
ven muchos años!

Zagalas y pastoras
de la comarca:
de flores campesinas
tejed guirnaldas;
tiernos corderos
traed al hombro, y palomas,
leche y romero.

Que hoy por la vez primera
valles y montes
de *Asuncion* glorifican
el dulce nombre:
¡nombre inefable
con que entró en el Empíreo
la Virgen Madre!

II.

HABLA EL POETA.

Pastores y zagalas,
cercad su puerta
con danzas y cantares,
música y fiesta...—
Y, el sol ya puesto,
por su futura dicha
rogad al Cielo!

III.

CORO DE ALDEANAS.

(ORACION.)

«Estrella de los cielos,
»luz de la tierra,
»fe de nuestros mayores,
»patrona nuestra,
 »Virgen María,
 »bajo tu amparo queda
 »la tierna niña!

»Hija de estas montañas,
»regalo nuestro,
»al bienhechor del valle
»Dios la dió en premio...
 »Y en su cariño
 »gratitud enseñamos
 »á nuestros hijos.»

1858.

EL VIERNES SANTO.

Solo, negado, escarnecido, muerto,
enclavado en la Cruz ¡oh Jesus mio!,
la frente inclinas sobre el mundo impío,
en la cumbre del Gólgotha desierto.

Ebrio, entre tanto, y de baldon cubierto,
el mortal, en su infame desvarío,
adora una beldad de aliento frio,
pálida y mustia cual cadáver yerto.

¡Perdónalo, Señor! Que si en tal hora
la majestad de tu dolor ultraja
é ingrato y loco tu Pasion olvida,

su espíritu inmortal se agita y llora
por sacudir del cuerpo la mortaja...
¡y vive en él como enterrado en vida!

1863.

A ANTONIO TRUEBA,
EN SUS DIAS.

El trece es *San Antonio*, Antonio mio:
el de Pádua es tu santo, segun creo,
y no el Abad: á tiempo, pues, te envío

mi felicitacion por el correo,
pidiendo á Dios te encuentres, cual presumo,
con la salud que para mí deseo.

No sé si tú dirias ¡*la del humo!*
al mirarme marchar: yo, por mi parte,
te quiero, y te dejé con duelo sumo.

Por eso no vacilo en dedicarte
esta, sin franquear, franca poesía
desde el pueblo que rige Bonaparte.

¡Antonio... que bendiga Dios tu día!
yo no estoy á tu lado, cual quisiera,
partiendo tu dolor ó tu alegría

(que alegría será, cual si lo viera,
pues eres de los hombres más felices
que comen pan en la terrestre esfera);

mas desde aquí la cuarta de narices
que es de rúbrica y ene te deseo,
y pavos, y capones, y perdices.

Tú eres feliz, Antonio; bien lo veo,
y toda tu existencia me lo fia,
y en tus versos dulcísimos lo leo.

Tú eres feliz: la santa poesía
que en tu dichoso espíritu fulgura
cánticos tiernos á tu labio envía...

Ella en su fuego celestial depura
las miserias del hombre y de la suerte,
y deja tu alma, cual naciera, pura!

Amas, ries y lloras: libre y fuerte,
desprecias la comedia de la vida,
sin temer la tragedia de la muerte.

Quizás tu hermosa libertad perdida,
pájaro de los cielos, aquí cantas,
esperando gozoso tu partida...

Quizás en horas de ilusion quebrantas
los hierros de tu cárcel, y á otro mundo
el desatado espíritu levantas.

Yo te envidio al mirarte vagabundo,
con tu guitarra al brazo, ya te halles
en el retiro plácido y profundo

de los paternos bosques, ya á los valles
desciendas á cantar como el jilguero,
ya de Madrid discurras por las calles,

siempre á tus anchas, solo, aventurero,
sin ambicion que turbe tu reposo,
sin vanidad, ni vicios, ni dinero.

Si alguna vez este vivir dichoso
al vivir de los hombres encadenas,
no es para festejar al poderoso;

es para bendecir las obras buenas,
para ayudar al débil y al mendigo,
para partir del mísero las penas.

Eres del niño y la mujer amigo,
porque ella es compasiva, él inocente:
de las fiestas del pueblo eres testigo,

porque te agrada el júbilo que siente;
porque encuentras virtud en su ignorancia,
porque él es para tí *la buena gente*.

La luz del sol, del aire la fragancia,
las historias del pobre Manzanares,
los sencillos recuerdos de tu infancia,

tu larga ausencia de los patrios lares,
la fe, el amor, la paz y la alegría
son tu mundo, tu vida, y tus cantares.

¡Bendígalo Dios todo en este día!...
y, para que comprendas tu ventura,
de tu vida pasemos á la mia.—

Pero no, caro Antonio. Mi tristura
no debe oscurecer el limpio cielo
de las horas de paz y de dulzura

que gozas hoy.—Renuncio al paralelo.
—Y aquí murió mi epístola: si es corta,
cree que es mayor mi cariñoso anhelo:
mas si dices que es mala, no me importa.

Paris 1855.

¿LLORAMOS Ó REIMOS?

(LEIDA EN EL LICEO DE GRANADA.)

No quiera el Cielo,—á fuer de bisabuelo
de las célebres hijas de Granada,
(las cuales son, si no del todo hielo,
nietas de la gentil Sierra-Nevada)—
que de mi alma el importuno duelo
figure en este cántico por nada...
¿Para qué? Ya el dolor no está de moda,
y llora cada cual su pena toda!

¡Qué mutacion!—Antaño, ¡oh granadinas!
os bañabais en llanto de poetas,
y lágrimas de amor, cual perlas finas,
dabais por suscripcion las más discretas.
Hoy sonaron aquí trovas divinas,
tiernos suspiros de ánimas inquietas,
y no os he visto al génio dar consuelos...
ni á los ojos llevaros los pañuelos!

Por la inversa; al oírle sus dolores
há poco relatar llorando á mares,
¡señoras! en sus mismos sinsabores
os ví hallar el mejor quita-pesares.
Cuanto penaban más los trovadores,
más placer os causaban sus cantares;
de lo que yo deduzco ¡oh suerte negra!
que dudais de su mal, ó que os alegra.

Amar, llorar, cantar... ¡verbos augustos!
¡sublimes afecciones abolidas!
La nueva sociedad tiene otros gustos...
—¡Así tambien tuviera un salva-vidas!—
Mas no lo tiene; y vemos, entre sustos,
que hay ya ménos poetas que suicidas,
y que al triste que cae bajo la rueda,
todos le dicen: *¡sálvese el que pueda!*

¡Amar, llorar, cantar! Decid: ¿no es cierto
que estos verbos ya son de tan mal tono
que nadie los conjuga en el desierto
del siglo del Señor décimo-nono?—
¡Triste verdad! La poesía ha muerto.—
¡Dios la perdone! ¡Yo no la perdono!
Yo hago más: yo la abrazo y la bendigo,
me declaro su cómplice, y la sigo.

La sigo hasta el cadalso ó el destierro;
parto su proscripción; sufro su insulto:
si presa está, en mi corazón la encierro;
si está muerta, en mi alma la sepulto.—
Mas no temais que aquí cometa el yerro

de tributar á esa infelice culto...
 He dicho que el dolor no está de moda,
 y guardo para mí mi pena toda!

Pero ya que no llore los reveses
 que me jugó la pérfida fortuna,
 tolerad que con fórmulas corteses
 salude esta poética tribuna,
 que hace ya doce años ménos meses
 fué de mi vida literaria cuna,
 y donde, como dicen los Autores,
 mis primeros canté dulces amores!

Aquí, en medio de ilustres compañeros,
 que luégo dispersó la vária suerte,
 y hoy por la tierra vagan extranjeros,
 ó bajaron al reino de la muerte,
 en los juegos del arte placenteros
 fuí justador, si bien el ménos fuerte,
 y áun hoy es mi mejor, mi única gloria
 de aquellas nobles lides la memoria.

Fueron muchas mañanas como ésta...—
 ¡Oh juventud hermosa!—Conmovido
 pulsaba yo mi cítara modesta,
 y el aplauso primer sonó en mi oído!
 ¿Donde están ya las reinas de la fiesta?
 ¿Dónde tanto cantor enardecido?—
 Algunos me oyen en silencio mudo...
 ¡A los muertos y ausentes... los saludo!

Aquí de *Andreu* dominó el consejo:

Moreno Nieto habló: su triste canto
 alzó *Soler*: con singular gracejo
 leyó *Palacio*: del concurso encanto
 fué el docto *Ivon*, y de la historia espejo
Gonzalez, el poeta de Lepanto;
 y lucieron *Bedmar*, *Paso* y *García*,
 y *Salvador*, -- que trova todavía.

Aquí, desde esta cátedra, á las puertas
 de la gloria mortal llamé confuso;
 aquí me oyeron niñas inexpertas,
 que luégo se han casado, como es uso;
 aquí me oyeron *vivas* que hoy son *muertas*,
 feas, cuyo rostro el interés compuso,
 é infinidad de jóvenes preciosas,
 que empiezan á no serlo... y á otras cosas.

Y aquí, en fin, me escuchaba yo á mí mismo;
 yo, que mi voz ya extraño si la escucho;
 yo, que del tiempo en el profundo abismo
 para escapar con alma dejé mucho;
 yo, que, sin realizar el idealismo
 de mi ambicion de gloria, lucho y lucho...
 mientras mis camaradas de la infancia
 son ya... hasta Jueces de primera instancia!

Pero pongamós una cuerda grave
 en nuestra pobre lira quebrantada,
 y entone al fin una cancion süave
 á los nuevos poetas de Granada.
 Los dulces versos, la facundia alabe
 y la inventiva siempre renovada

de que muestras nos da la gente moza
en la tierra de Hurtado de Mendoza.

No, amigos; no murió la poesía;
como no muere Dios cuando le niegan.
¡Aún hay almas sedientas de armonía
que al sentimiento plácidas se entregan!...
Verdad es que hay cantores de ironía,
cuyo rostro las lágrimas no riegan:—
mas, ¿quién sabe si el mismo que así escribe,
dentro del corazón tendrá un aljibe?

Granada, 28 de Mayo de 1864.

LA VELADA DE LOS ÁNGELES
DE CÁDIZ,
VISTA DESDE ROTA.

Tres noches há que vése desde Rota,
al léjos, en la oscura inmensidad,
una ráfaga espléndida que flota
entre el cielo y el mar.

Constelacion de estrellas refulgentes,
que bajó de los reinos de la luz
á bañarse en las olas transparentes
del Océano azul.

Hilo de perlas, sarta de brillantes,
que orla de Cádiz la gentil cintura,
mostrando á los remotos navegantes
la mansion del amor y la hermosura.

Aparicion radiosa que despierta
los antiguos anhelos de placer ,

el dulce afan de la esperanza incierta,
las memorias de ayer...

Porque esa perspectiva misteriosa,
esa iluminacion del Oceano,
es la *Velada* alegre y bulliciosa
del pueblo gaditano.

Es un reflejo que á la mar envia
aquel foco de lujo y de esplendor,
aquel centro de gloria y de alegría,
aquel templo de amor.

Y, al verlo de las márgenes lejanas,
parece que fulguran en las olas
los ojos de las bellas gaditanas,
ninfas del mar, nereidas españolas.

Y parece que vienen en las brisas
suspiros de sus tiernos corazones,
la música gozosa de sus risas
y el eco de sus lánguidas canciones.

Mas cuando, tarde ya, sale la luna,
triste y menguada como adversa vida,
ó más bien como un alma sin fortuna
que cruza el mundo sola y dolorida,

se amortiguan y apagan á lo léjos
las luces de la mágica ciudad,
y brillan solamente los reflejos
de la pálida luna sobre el mar.

¡Velada de los Ángeles! Velada
te pudieras llamar de los Amores...:
pero no para el alma fatigada
que va ya de la vida en retirada
por una senda de marchitas flores!

1877.



CARTA AL EXCMO. SEÑOR
D. FERNANDO CALDERON COLLANTE
MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA.

—
Mi querido don Fernando:
ahora mismo tierra dando
están á Narciso Serra,
y mi puñado de tierra
al pobre le está faltando.

Desde nuestra juventud
nos unió tierna amistad:
yo disfruté su salud,
padecí su enfermedad
y hoy lloro ante su ataud.

Dejo, pues, el Ministerio
y me voy al cementerio,
aunque mi recomendado
quede tambien enterrado
en su humilde presbiterio.

Ni ¿qué importa que en la Tierra
haya un prebendado más,
cuando la tumba se cierra
sobre aquel Narciso Serra
que autor fué de *Don Tomás*?

Nada importa, ¡vive Dios!
y ya que no podeis vos
al campo santo acudir,
iré en nombre de los dos
con el poeta á cumplir.

Salud, señor don Fernando;
y Dios os dé tanto acierto
la justicia administrando,
como gloria alcanzó el muerto
á quien están enterrando.

27 Setiembre 1877.

EL NINFO DE SEBASTIANI (1)

I

Ya del hidrófobo cancro
sintió el sol la mordedura,
y anda cual perro rabioso
por las regiones cerúleas.
Más larga que la de Leyes
es su carrera diurna,
pues casi, casi un crepúsculo
de otro se enciende en la punta.
A cuarto están las cerezas,
y pelechando las uvas;
todo señor en el campo,
todo estudiante de tuna.

(1) La acción de este romance (que el autor incluye en la presente colección á instancia de respetables literatos) pasa debajo del puente que Horacio Sebastiani construyó cerca del paseo de la Bomba, en la ciudad de Granada.

En las ardientes campiñas
 andan hechos unas furias
 los morenos segadores
 tras de las espigas rubias.
 La gente habita en los patios;
 las bellas más bellas sudan;
 las gordas están ¡ay miseras!
 escocidas como nunca.
 Cantan las ranas de noche;
 también canta la lechuza,
 y los grillos en el campo
 tocan *tutti* de bandurria.

¡Oh estación del tabardillo,
 del gazpacho y de las pulgas!
 ¡Felices mil y mil veces
 los que ignoran tus dulzuras,
 moradores de los lagos
 de la Groenlandia ó de Rusia,
 ó médicos titulares
 dé los valles de Guipúzcoa!

II.

Es la tarde: un sol de Julio
 su disco inflamado oculta
 del caliginoso ocaso
 tras los celajes de púrpura.
 Aún duerme la siesta el viento;
 aún las aves están mudas,
 y las hojas de los árboles
 cuelgan inmóviles, mustias.
 Las cigarras y las moscas

apénas la calma turban
 de la callada arboleda
 que el Genil sudando cruza,
 y si acaso alguna rana
 deja las regiones húmedas,
 pronto es asado cadáver
 en las arenas enjutas.

¡Oh, qué calor, qué bochorno
 ¡qué poca el agua y qué sucia!
 ¡qué polvo allá sobre el puente!
 ¡qué peste aquí en la espesura!

Súbito el són compasado
 de una campana retumba...

(Es que está dando las siete
 el reló de *las Angustias*.)

Como por ensalmo entónces
 todo cambia de postura...

Dijérase que la tierra
 se despereza y rebuzna.
 Irgue su tallo la planta;
 la flor se entreabre impúdica;
 tiende sus alas la brisa;
 el álamo se columpia...

Cantan las tímidas aves,
 que el nido amoroso buscan,
 y el *Picacho de Veleña*,
 que, cual un pilon de azúcar,
 muestra su perpétua nieve
 del sol á la llama última,
 pronto se ve coronado
 por la trasparente luna,
 miéntras que el héspero hermoso,

el viento fresco y la bruma
que sobre el agua se extiende
la hora del placer anuncian.

Quizás los inciertos pasos
que allá en la orilla se escuchan,
y que en la delgada arena
su huella apénas dibujan,
de las náyades del río
la ansiada vuelta me auguran...
Quizás aquí, ante mis ojos,
van á aparecer desnudas,
más lascivas que esas olas,
más blancas que esas espumas...

¡Oh, venid, sílfides bellas,
ninfas, driadas y musas;
sacad de las verdes ondas
vuestras espaldas ebúrneas,
y la aljofarada de agua,
luenga cabellera oscura
apartad... para que vea
vuestras bellezas ocultas!

III.

Los pasos más cerca suenan...
más cerca... (¡mi sér se turba!)
y por el ojo del puente
se divisa una figura,
que triscando se adelanta,
miéntras sus labios modulan
el más villano estribillo
que sonó en boca andaluza.

—«¡Ay qué gusto, y qué placer!
 »*Es cosa rica...*» murmura,
 y el viento se lleva el resto
 de la letra y de la música.

¡Él es! no eran las ondinas,
 ni las sirenas coludas,
 ni las ninfas, ni las náyades...
 ¡Es el *Granuja!* ¡El *Granuja!*—

Esquilado trae el cogote
 por peluquero de burras;
 pero un mechón por delante
 vela su mirada astuta.
 De una antigua chifarrada
 la pelada media luna
 luce, cual melón calado,
 de la corona á la nuca.
 Cicatrices de apostemas
 todo su pescuezo ilustran;
 que nació malhumorado
 y es muy propenso á la fruta.
 Lleva un *chicote* en la boca
 y tras la oreja una *punta*,
 que ha cogido en la Carrera,
 pues es dado á la rebusca.
 Silba, aunque le falta un diente,
 y eso que pasó la muda;
 mas diz que de un par de coces
 se lo derribó una mula.
 Con soflama guiña un ojo,
 y las narices arruga
 para sorber lo que limpia
 con cendal de cinco puntas.

Viste un calzon de su padre,
 que le sirve hasta de chupa;
 ancho, como si lo hubieran
 cortado á la mameluca.
 Los perniles trae doblados
 con arreglo á su estatura,
 y de un tirante de vendo,
 que su pecho y dorso cruza
 á la manera de banda,
 pendiente va aquella funda
 que es á un tiempo bata, gorro,
 pantalon, chaleco y túnica.
 Completan su ático traje
 camisa de tela cruda,
 un zapato y una bota,
 la honda en torno á la cintura,
 y un tirajo negro al cuello,
 que lleva por la difunta...
 —Tal es el aparecido:
 tal es el hijo de alguna.

IV.

¿Visteis cómo la culebra
 suelta en Julio la casulla,
 ó en Marzo los gorriones
 sacuden toda la pluma?
 Pues así; pero no así,
 sino con accion más súbita,
 nuestro audaz protagonista
 el tirante desanuda,
 y caen como por encanto

al suelo sus vestiduras.
 Dos puntapiés pega al viento,
 y la bota y la babucha
 vuelan... y quedan colgadas
 de un peral en la espesura.
 Con esto, y dar un voleo
 á aquella camisa *ut supra*,
 en cueros vivos se queda
 el ninfo, y gritando «¡hurra!»,
 se adelanta hácia las ondas
 con marcial desenvoltura.

¡Madre Tétis! ¡Oh Anfitrite!
 ¡Oh Neptuno! ¡Oh vieja turba
 de Tritones y Nereidas,
 acogedle en vuestras urnas!
 Miradle cruzar el río
 de pié, sin que el agua turbia
 consiga, por más que salta,
 pasarle de la cintura.
 Ved esos miembros de cobre,
 que ni áun mojados relumbran;
 pues mugre de trece años
 no hay agua que despercudada.
 Vedle, en fin, buscar la orilla,
 no bien siente la frescura,
 é ir en busca de la ropa
 en un pié como las grullas...
 —¡Breve fué el baño! ¿Quién sabe
 si ejerció funciones sucias
 en sus líquidos palacios?...
 ¡Quién sabe!—Silencio, musas!

V.

Ya se viste el tierno ninfo;
ya se viste; ya se enjuga;
que el enjugarse y vestirse
son en él cosas conjuntas.
Cuatro pedradas asesta
luego al peral, y una lluvia
de peras, con el calzado,
la tierra asombrada inunda.
Guarda la fruta en el pecho;
cálzase; enciende la *punta*,
que ha seguido tras su oreja
y que permanece enjuta,
y hácia el Salon se dirige
más arrogante que un húsar,
gritando: *¿Quién quiere lumbre?*
¡Eh, caballero! ¿Usted gusta?—

Así llega á la Carrera;
sobre un asiento se tumba;
y una tras otra se come
quince peras prematuras.
Vuélvese del otro lado;
santíguase con la zurda,
y quédase más dormido
que la Reina-Madre Turca.

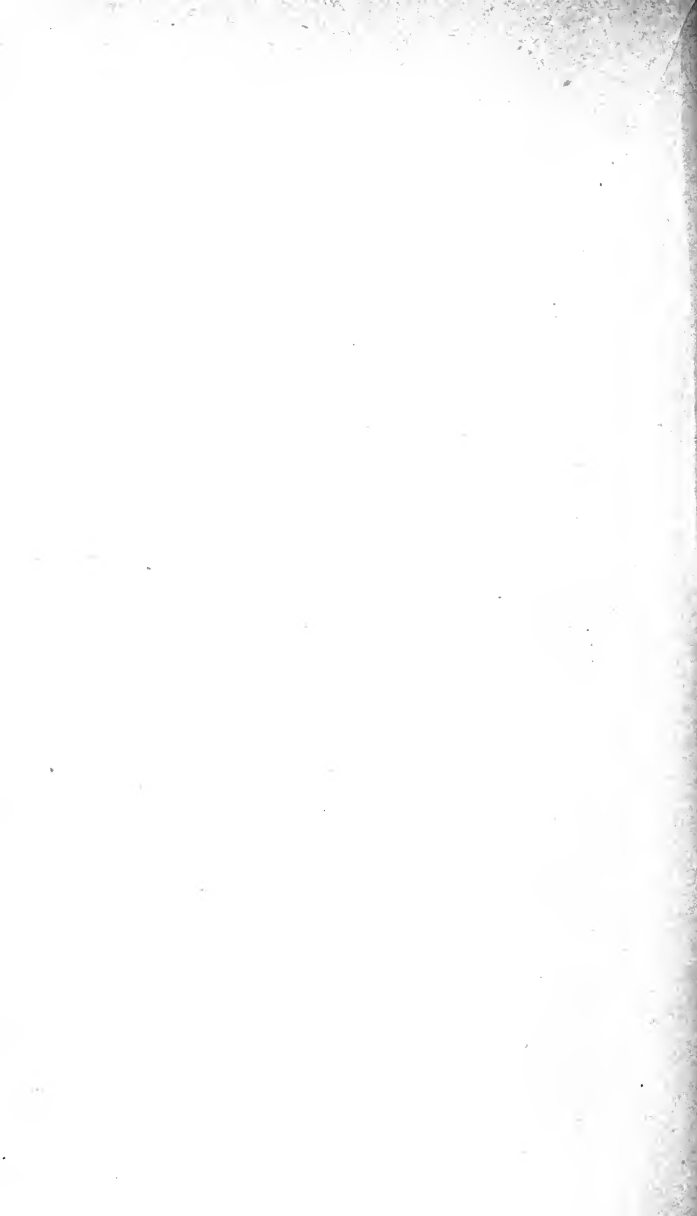
¡Duerma en paz! Su tierna madre
duerme tambien en la tumba;
pero sobre el pobre huérfano
vela la madre Natura.
Con su sábana de encaje

cúbrelo la blanca luna,
y cual lámparas de oro
los astros su sueño alumbran.
La brisa amante lo besa,
los ruseñores lo arrullan,
los árboles lo abanicán
y las flores lo perfuman.

¡Oh qué tranquila existencia!
¡Oh qué cumplida ventura!
Seguid, seguid esa senda,
jóvenes de egregia alcurnia,
y tú, Fabio, y tú, Teótimo;
que, á no ser la de la Inclusa,
no hay vida más envidiable
que la vida del *Granuja*.

Granada, 1859.





ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Prólogo de la primera edición	V
Biografía de D. Pedro Antonio de Alarcon.	XXIII
Dedicatoria. (A mi mujer.)	I

LIBRO PRIMERO.

CANTOS Y CUENTOS.

El suspiro del Moro. (Canto épico.)	11
Al Océano Atlántico. (Oda.)	23
A la bandera del batallon de Ciudad-Rodrigo. (Soneto.)	29
La cita soñada. (Novela en verso.)	31
La caza del sáurio. (Soneto.)	41
A Chorby, poeta marroquí.	43
A fray Luis de Leon al inaugurarse su estatua en Salamanca.	45
Cuento moro. (En un álbum.)	49
Una flor ménos.	53
Un morisco de ahora. (Soneto.)	59
El día de año viejo.	61
Promesa de una santa. (Soneto.)	65
El secreto.	67

	<u>PÁGINAS.</u>
Camino del cielo.....	69
Gloria.....	71
El amanecer. (<i>Crescendo.</i>).....	73
A mi hija, en sus dias. (Soneto).....	75
Al recibir mi retrato. (Pintado por mi amigo el Sr. D. Ignacio Suarez Llanos.).....	77
El Mont-Blanc.....	79
Venecia.....	83
Roma. (Soneto.).....	87
Desde el Vesubio.....	89
A Pompeya.....	91
A Alfonso XII.....	93
En el muladar. (Soneto.).....	95
Dios.....	97

LIBRO II.

LOS AMORES.

Las nubes.....	101
Historia inverosímil.....	105
Una niña ménos.....	111
Sueños de sueños.....	113
Balada.....	119
Profecía.....	121
Por via de epitalamio.....	123
Francesca e Paolo.....	127
Devolviéndole su álbum, sin haber escrito en él.....	129
Nuevos datos para la historia de unos amores célebres.....	131
Al volver una esquina. (Drama en un acto.).....	133
<i>Esse, fuisse, fore...</i> (Improvisacion en una orgía.)....	135
Adios al vino.....	139
Sinfonía.....	141
Amor imposible.....	143
¡Nunca solos!.....	145
Tántalo.....	149
Coplas.....	151
A un eco. (Madrigal.).....	155

La víspera.	157
Ayer tarde.	159
Presentimientos.	161
Despedida.	163
Adios al campo.	165
<i>Super nivem</i>	169
Arcas y Palemon. (Idilio.)	171
En el huerto. (Traducción de Víctor Hugo.)	175
Seguidilla manchega para guitarra.	177
En el álbum de Consuelo.	179
Idea del álbum	181
El llanto del cocodrilo.	185
Amor eterno.	189
Supongamos.	193
A.	195
El olvido. (Cancion.)	197
Las exequias del amor, ó el Día de luna.	199
¡Otro amanecer! (Soneto.)	213
El llanto del soltero. (Soneto.)	215
Las palmeras. (Soneto.)	217
El fruto de bendicion. (Soneto.)	219

LIBRO III.

POESÍAS VARIAS.

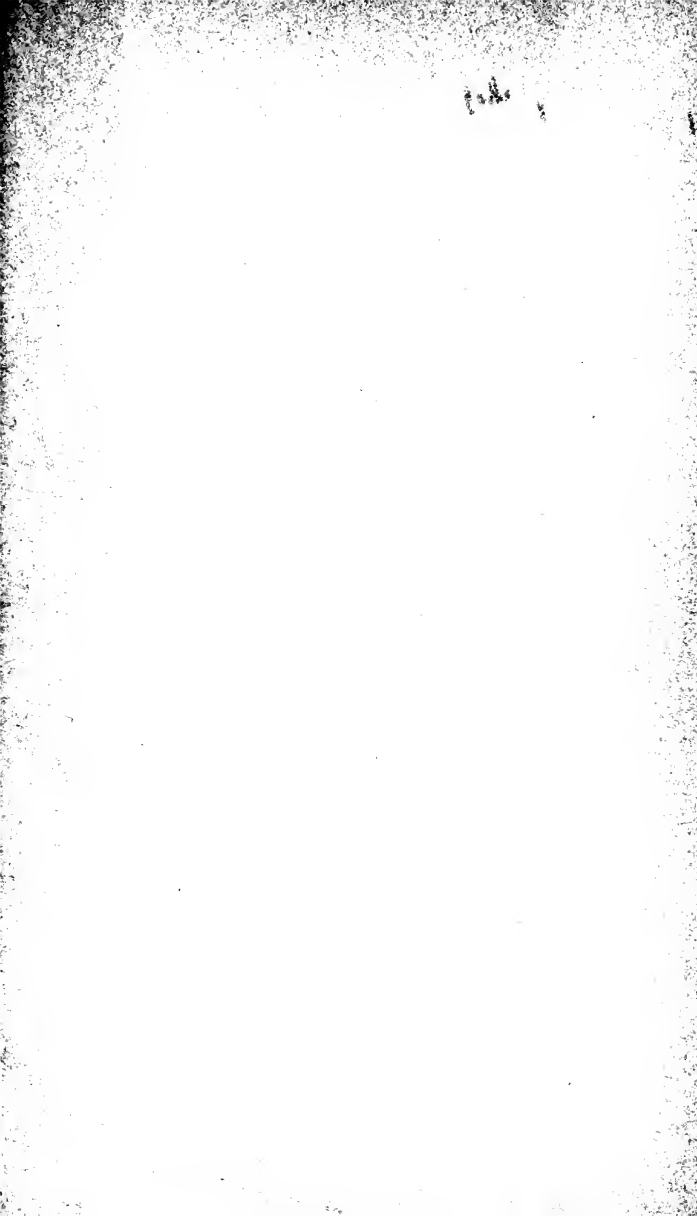
La luna... (Al general Ros de Olano.)	223
Ayer y hoy. (En el álbum de la condesa de Fuenrubia, hija del marqués de Benalúa.)	229
Al general Caballero de Rodas, en el álbum de su mujer. (Soneto.)	233
A María Hoppe.	235
A Daguerre.	239
A Velazquez. (1599—1660.)	245
El cigarro. (A D. Angel María Chacon.)	251
A Mercedes, el día que se puso de largo.	253
En el álbum de María.	257
El acueducto de Segovia. (Epístola.)	259

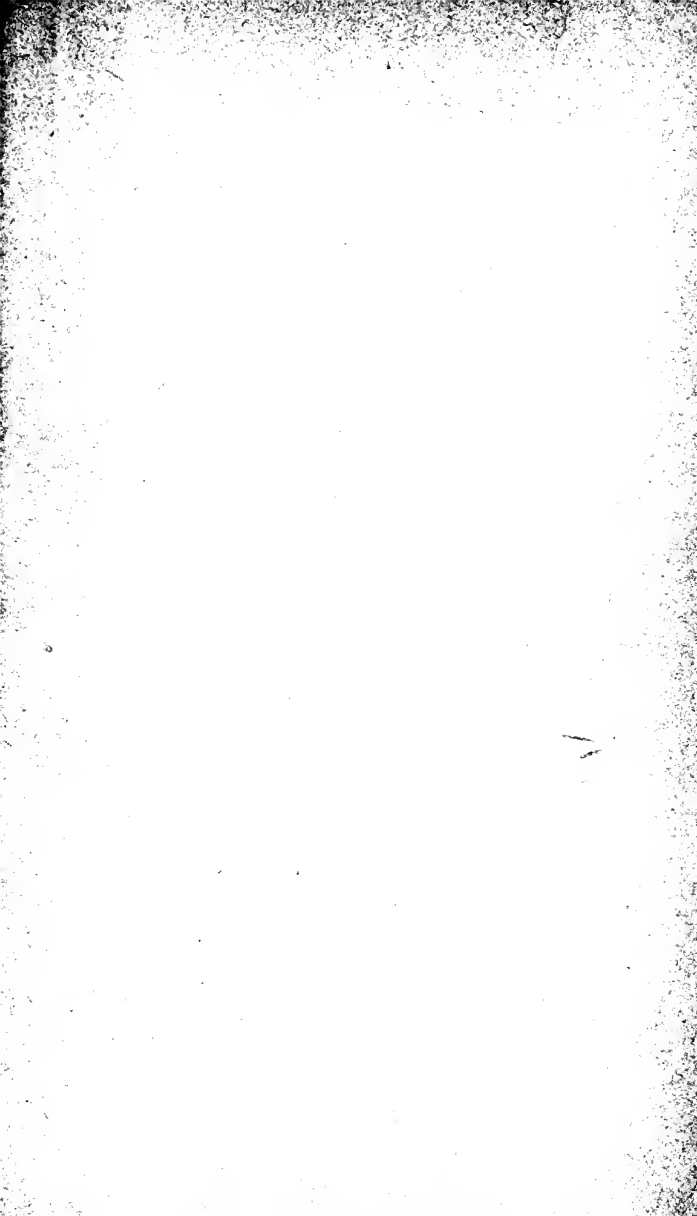
La moña. (A la Excma. señora marquesa del Salar, soneto.).....	265
A la Excma. señora baronesa de Córtes, que regaló un abanico á mi hija Paulina.....	267
Mañana será otro día. (A Petra, de nueve años.).....	271
El álbum heredado.....	275
La palma. (A la esposa de un poeta, soneto.).....	279
En varios abanicos.....	281
En la tumba de un asesinado. (Soneto.).....	283
A la poetisa vascongada doña Matilde Orbegozo.....	285
A Agustina, viuda de un tísico.....	287
Carta al Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil.....	289
A San Ramon Non-nato. (Soneto.).....	299
Los días de Asuncion. (Niña de cinco meses.).....	301
El Viernes Santo.....	305
A Antonio Trueba, en sus días.....	307
¡Lloramos ó reímos? (Leida en el Liceo de Granada.)....	311
La velada de los ángeles de Cádiz, vista desde Rota....	317
Carta al Excmo. Sr. D. Fernando Calderon Collantes, ministro de Gracia y Justicia.....	321
El ninfo de Sebastiani.....	323

OBRAS DE D. PEDRO A. DE ALARCON

- EL ESCÁNDALO.—Novela.—Cuarta edicion.—Un tomo en 8.º de 400 páginas.—16 rs. en Madrid y 18 en provincias.
- EL SOMBRERO DE TRES PICOS.—Novela.—Tercera edicion.—Un tomo en 8.º, 10 reales.
- NOVELAS. (*El Amigo de la Muerte.—El Coro de Angeles.—El clavo*, etc.)—Segunda edicion.—Un tomo en 8.º, de más de 400 páginas, 10 rs. en Madrid, 12 en provincias.
- DE MADRID A NÁPOLES.—Nueva edicion, con 24 magníficas láminas aparte del texto.—Un tomo en 4.º mayor, de 580 páginas.—28 rs. en Madrid, mitad del precio de la primera edicion, que se agotó hace muchos años.
- AMORES Y AMORÍOS. (*Historietas en prosa y verso.*)—Un tomo en 4.º menor, 16 rs.
- POESÍAS.—Precedidas de un prólogo del académico D. Juan Valera, y de la Biografía completa del Autor.—Nueva edicion, corregida y aumentada considerablemente.—Comprende las composiciones del Sr. Alarcon publicadas en 1870 bajo el titulo de *Poesías serias y humoristicas* (cuya edicion se ha agotado) y todas las que ha escrito desde aquella fecha.—Un tomo en 8.º, de 400 páginas.—20 reales en Madrid.
- DISCURSOS leídos en la Academia Española por los Sres. Alarcon y Necedal.—Un folleto, 8 reales.
- EL FINAL DE NORMA.—Novela.—Nueva edicion.—Se imprime actualmente, y pronto habrá ejemplares á 12 reales.
- DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA.—Agotada.—Se reimprimirá en el presente año.
- COSAS QUE FUERON.—Coleccion de artículos de costumbres, viajes, crítica, etc.—Agotada.—Se reimprimirá este año.
- MÁS NOVELAS.—Agotada esta coleccion, se reimprimirán muy luégo las historietas que comprendia, en union de otras escritas posteriormente, y formarán dos tomos, titulado el uno NOVELAS CORTAS, y el otro TRADICIONES NACIONALES.
- Los pedidos de todas estas obras se dirigirán á la librería de D. Miguel Guijarro, calle de Preciados, núm. 5, Madrid.

x. chog









LS.

A32179

21224

Author Alarcon, Pedro Antonio de

Title Poesias.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

